

**UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR
SEDE ECUADOR**

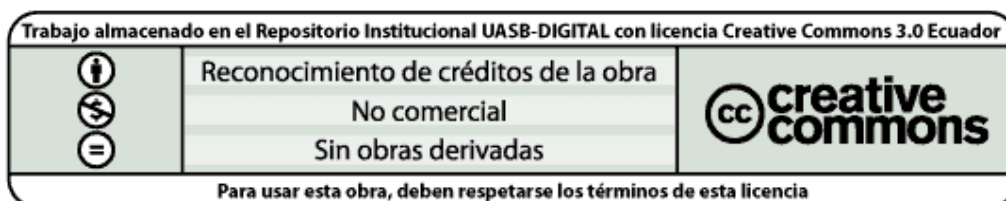
**ÁREA DE ESTUDIOS SOCIALES Y GLOBALES
PROGRAMA DE MAESTRÍA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
MENCIÓN POLÍTICA Y CULTURA**

**REPRESENTACIÓN DE LO POPULAR/INDIGENA/CAMPESINOS EN TIEMPOS
DE REFUNDACIÓN ESTATAL. EL CASO DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL DE
1952 Y LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA-CULTURAL DE 2006 EN BOLIVIA**

DANIELA CARRASCO MICHEL

QUITO

2012



CLAUSULA DE CESION DE DERECHO DE PUBLICACION DE TESIS

Yo, Daniela Carrasco Michel, autora de la tesis intitulada “**Representación de lo popular/indígena/campesinos en tiempos de Refundación Estatal. El caso de la Revolución Nacional de 1952 y la Revolución Democrática –Cultural de 2006 en Bolivia**”, mediante el presente documento de constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magister en Estudios Latinoamericanos con Mención en Política y Cultura, en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

Fecha, 03 de marzo de 2013

Firma: 
_____ o

**UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR
SEDE ECUADOR**

**ÁREA DE ESTUDIOS SOCIALES Y GLOBALES
PROGRAMA DE MAESTRÍA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
MENCIÓN POLÍTICA Y CULTURA**

**REPRESENTACIÓN DE LO POPULAR/INDIGENA/CAMPESINOS EN TIEMPOS
DE REFUNDACIÓN ESTATAL. EL CASO DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL DE
1952 Y LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA-CULTURAL DE 2006 EN BOLIVIA**

DANIELA CARRASCO MICHEL

TUTOR: PABLO OSPINA PERALTA

QUITO

2012

RESUMEN

Luego de un importante ciclo de insurrecciones populares producidas en la primera mitad del siglo XX y principios del siglo XXI en contra de las políticas excluyentes de los gobiernos liberales y neoliberales, se abrió paso a la consolidación de dos acontecimientos políticos de gran trascendencia para la historia de Bolivia: la Revolución Nacional de 1952 y la Revolución Democrática-Cultural de 2006. Si bien ambos procesos revolucionarios responden a determinadas especificidades, existe en ambos procesos un componente común, y es la intervención directa -en distintos espacios de poder político- de los sectores populares: obreros, indígenas y campesinos. La presencia y participación directa de estos sectores en el escenario político nacional, hizo que el mapa sociopolítico boliviano sea profundamente trastocado.

Enfocada en la Revolución Nacional de 1952 y la Revolución Democrática-Cultural de 2006, la presente investigación tiene como objetivo, realizar un análisis a las representaciones discursivas que se desprendieron desde las páginas de los periódicos *Los Tiempos* de la ciudad de Cochabamba y *El Diario* de la ciudad de La Paz, sobre la presencia y participación de los actores sociales populares en el desarrollo de los procesos de transformación estatal en Bolivia.

AGRADECIMIENTOS

A mis papás y a mi hermano por el amor, la confianza y el apoyo brindado en todos los momentos de mi vida.

A mi sobrino Matías, por alegrar y renovar mi alma.

A mis amigos “latinoamericanos”, por todos los gratos momentos compartidos, por la compañía y el apoyo que me dieron a lo largo de este proceso.

Un agradecimiento especial a Pablo Ospina, tutor de este trabajo, por su paciencia, consejos, guía, y las valiosas enseñanzas académicas brindadas a lo largo del trabajo y en la maestría.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	7
CAPITULO I	
Contextos previos a la Revolución Nacional de 1952 y a la Revolución Democrática-Cultural de 2006.....	15
1.1 La Guerra del Chaco para el desarrollo de la conciencia nacional	
1.2 El MNR, el partido de la revolución nacionalista	
1.3. Debilitamiento obrero y (re)emergencia del ideario indígena en la etapa neoliberal	
1.4 El MAS- IPSP el partido para la Revolución del siglo XXI	
CAPITULO II	
Obreros, indios y campesinos en las letras de los intelectuales de la prensa en 1952.....	43
2.1 La Nación y el Pueblo boliviano: dos ejes de reflexión	
2.2 Personificación del “pueblo” y su relación con el “líder”	
2.3 Preocupaciones en torno a la (re)emergencia del problema del indio	
CAPITULO III	
La prensa escrita en tiempos de la Refundación de Evo Morales	74
3.1 La Nación y el Pueblo los pilares de la Refundación	
3.2 El <i>continuum</i> de los indios como problema	
3.3 “Mandar obedeciendo al pueblo”	
CONCLUSIONES.....	112
BIBLIOGRAFIA.....	118

INTRODUCCIÓN

Resulta innegable que la cuestión popular/indígena/campesina/ se convirtió en un tema de permanente debate político-intelectual a lo largo del siglo XX y en los inicios del XXI en varios países latinoamericanos. En la actualidad, es un tema que cobra aún mayor relevancia debido a que varios de estos sectores al tiempo de que lograron incidir y/o transformar políticas estatales, también alteraron las relaciones entre clases sociales, provocaron la emergencia de (nuevas) identidades y dieron lugar a la reconfiguración de espacios simbólicos, llegando incluso a trastocar nociones referidas a la cuestión nacional.

En el área andina en general y en Bolivia en particular, el tratamiento que recibió la emergencia y participación de los sectores populares en el escenario político, estuvo cargado de estigmas raciales discriminatorios, sobre todo al momento de referirse a las sublevaciones e insurgencias populares o al denominado “problema del indio” (ver, Tórrez *et.al.*, 2010).

En esta tarea, la prensa escrita se consolidó como uno de los dispositivos discursivos e ideológicos¹ -utilizado por las elites- que mayor significancia tuvo a la hora de representar las temáticas arriba mencionadas. Es decir que por su implicancia sociopolítica y sociocultural, la prensa escrita se estableció como uno de los medios por excelencia para la configuración de los hechos sociales, principalmente porque los periodistas que laboran en la prensa, en correspondencia con su condición cultural-intelectual, al tiempo de reflejar la realidad, tuvieron la posibilidad de transformarla y de alguna manera construirla².

¹ La palabra *dispositivo* es un término decisivo en la estrategia del pensamiento de Foucault. El dispositivo es una suerte de formación que, en un momento dado, ha tenido por función principal responder a una urgencia. De este modo, el dispositivo tiene una función estratégica concreta, que siempre está inscrita en una relación de poder. Como tal, el dispositivo resulta del cruzamiento de relaciones de poder y de saber (Agamben, 2011:250,251).

² Eliseo Verón (1987) sostiene que los hechos sociales no son objetos que se encuentra ya constituidos en la realidad que los medios nos dan a conocer con mayor o menor fidelidad sino que solo existen en la medida en que esos medios los elaboran.

Se advierte esto porque la mayor parte de los periódicos que se instituyeron en Bolivia desde sus orígenes, pertenecieron a las capas de estrato medio-alto establecidas en los centros urbanos; “el desarrollo de estos medios en el país, desde el punto de vista de la propiedad, condujo progresivamente a la concentración de poder en manos de grupos económicos grandes, integrantes casi siempre de la letrada burguesía criolla” (Mesa, 1997). Todo ello significa que los intelectuales de la prensa no sólo dedicaron su tarea a la representación de los hechos sociales sino que también se inclinaron por la defensa de determinados intereses políticos y económicos. Así, la relación que llegó a establecerse entre el poder político y el poder de los medios escritos fue de estrecha dependencia. Se podría decir, siguiendo a Bourdieu (1985), que los intelectuales de la prensa constituyen una fracción dominada de la clase dominante, cuya función social llega a ser parcializada y la mayor parte de las veces ambigua, debido a que debe mantener una relación con las fracciones dominantes pero también, y cuando lo amerite, con las clases dominadas.

Ahora bien, los episodios constantes de sublevaciones indígenas y campesinas, de movilizaciones obreras, de violencia, protestas y conflictos populares a lo largo del siglo XX e inicios del XXI, fijaron las condiciones para que se configuren dos momentos históricos de inflexión sociopolítica por demás significativos para la historia de Bolivia: la *Revolución Nacional de 1952* y la *Revolución Democrática-Cultural de 2006*. Si bien ambos procesos revolucionarios responden a determinadas especificidades, existe en ambos procesos un componente común, y es la participación directa -en distintos espacios de poder sociopolítico- de los sectores populares: obreros, indígenas y campesinos. Esto dio como resultado, por un lado, el desplazamiento de las antiguas elites - liberales y neoliberales- de los centros de poder político y, por otro, el establecimiento de importantes reformas constitucionales referidas a reivindicaciones de tipo económico, político y social,

demandadas históricamente por los sectores populares; elementos que en definitiva, trastocaron profundamente el mapa sociopolítico boliviano. En consecuencia, ¿cuál es la percepción que la prensa construye sobre esos quiebres políticos?, ¿qué dice la prensa escrita sobre estos acontecimientos de inflexión social y política?, ¿cómo se ven trastocadas por esta construcción de los acontecimientos las nociones sobre lo popular, lo indígena y lo campesino en los discursos mediáticos?

El presente trabajo investigativo enfocado en la Revolución Nacional de 1952 y la Revolución Democrática-Cultural de 2006, centra la atención y el análisis en las representaciones discursivas que se desprenden desde las páginas de los periódicos sobre los procesos de transformación estatal y más específicamente sobre la participación y presencia de los actores sociales que hacen posible el desarrollo de dichos procesos. ¿Qué percepción tienen los intelectuales que trabajan en los periódicos sobre los procesos de refundación estatal y específicamente, sobre la participación de los sectores populares en los escenarios políticos de poder?, ¿qué tipo de representaciones se desprenden desde la prensa con respecto a la cuestión indígena, obrera y campesina?

Con el fin de encontrar respuesta a estas interrogantes, se tomó como principales fuentes de acopio de información dos periódicos bolivianos: *Los Tiempos* de Cochabamba y *El Diario* de la ciudad de La Paz. Se escogieron ambos periódicos debido a que dentro de la prensa escrita, son dos medios de circulación nacional que no sufrieron interferencias (censuras o clausuras) en sus ediciones en el transcurso de ambos periodos revolucionarios, lo que permite una continuidad en el estudio y en el acceso a sus ediciones. Además son medios que por su ubicación geográfica, marcan una tendencia importante a la hora de resaltar los acontecimientos nacionales. Recordemos que la ciudad de La Paz, por su condición de sede de gobierno, es el centro político y de agitación social más importante del

país, entre tanto el departamento de Cochabamba, es la región que históricamente ocupó el centro agrícola del país, lo que llevó a una amplia concentración de trabajadores campesinos y a una irradiación de las actividades, particularmente sindicales.

Es necesario hacer hincapié en las características más sobresalientes de ambos periódicos, para tener un panorama más amplio sobre el proceder y las maneras de operar dentro del contexto nacional como medios de información colectivo.

El periódico *El Diario*, conocido como “el decano de la prensa nacional”, fue fundado el 5 abril de 1904 bajo la dirección del constitucionalista Dr. José Carrasco Torrico. “El Diario fue una firme trinchera del liberalismo [...] cumplió una función política desde el momento de asumir la defensa de los principios doctrinales del Partido Liberal que habría de encumbrarse en el poder durante veinte años” (Moscos, 1985:347). Destacados intelectuales políticos colaboraron en su sección –de opinión- “Palabras Libres” entre los que destacan: Alcides Arguedas, Armando Chirveches, Franz Tamayo, José Luis Tejada Sorzano, entre otros. La dirección de la empresa estuvo, generalmente, a cargo de los integrantes de la familia Carrasco; entretanto, uno de los principales accionistas (hasta la segunda mitad del siglo XX) fue el magnate minero Simón I. Patiño.

El Diario declara ser un periódico independiente, sin adhesión sectaria ni partidista que consagra su lucha al interés nacional y que tiene como principal misión civilizar, o más propiamente “encauzar a la patria boliviana en el concierto de las naciones civilizadas” (Primera edición, 1904: <http://www.eldiario.net/diario/misi.html>). No obstante, este diario, lanzó su posición en contra de los “elementos adictos al Movimiento Nacionalista Revolucionario”, contra los hombres que trabajan (léase la COB) y que no están a la altura del presidente Paz Estenssoro (Editorial, ED, 27.02.1953, en Ocampo, 1985:673). A pesar de que *El Diario* declara una posición de “imparcialidad periodística” el trabajo que

desarrollará para el 2006 se verá marcado por líneas ideológicas y discursivas poco distantes a las que caracterizaron el acontecer político en 1952.

El periódico *Los Tiempos*, por su parte, fue fundado por el señor Demetrio Canelas en 1943 en la ciudad de Cochabamba. Este personaje -junto a quien fuera presidente de Bolivia Daniel Salamanca- fundó el Partido Republicano³ y llegó a desempeñar cargos parlamentarios de Ministro de Guerra y Canciller de la República en el periodo de la Guerra del Chaco. “Los Tiempos es una saga de la familia Canelas, iniciada por Demetrio Canelas y continuada hasta hoy por la segunda y tercera generación de esta ilustre familia” (*Los Tiempos 65 años cerca de ti*, http://www.lostiempos.com/biblioteca_libro.php).

Al igual que *El Diario*, *Los Tiempos* declara “imparcialidad y objetividad en sus informaciones, enfocando [...] con serenidad y valentía, las distintas manifestaciones del acontecer institucional del país”. Sin embargo, el periódico de Canelas se perfiló con una severa crítica y amplia confrontación con los movimientos populares insurreccionales, con el régimen de la Logia RADEPA y con los elementos que se relacionaron con el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), así como también “contra la nacionalización de las minas, la revolución agraria, la sindicalización de obreros y campesinos” (Ocampo, 1985:554). Este posicionamiento político-intelectual selló las bases para el futuro desarrollo de *Los Tiempos* como medio informativo.

Una vez hechas esas aclaraciones y dado que el trabajo concentra su análisis en las representaciones discursivas, el soporte físico en el que se apoya la presente investigación, serán los textos (editoriales, artículos de opinión e información) publicados en ambos periódicos: *Los Tiempos* y *El Diario*. Es por esto que los distintos elementos que proporciona

³ El Partido Republicano en Bolivia se fundó en 1914 y accedió al poder en 1920. Su propuesta política no se alejó prácticamente en nada de la propuesta liberal, en todo caso, se diferenciaron de los liberales por intentar promover una mayor apertura hacia las clases medias (Klein1968: 77).

el Análisis del Discurso, servirán como base teórico-metodológica para desarrollar la investigación.

La noción de representación discursiva hace referencia a la (re)construcción y/o (re)significación lingüística que se realiza sobre determinados acontecimientos, acciones y procesos que se producen en ciertas situaciones de comunicación y situaciones políticas. Como señala Gilberto Giménez (1983), los discursos son resultado de “todo el proceso de producción lingüística que se pone en juego para producir algo” y la “manifestación concreta” de estos discurso son los *textos*⁴; lo que significa que todas las ideas contenidas en un texto vienen a constituir una representación de la realidad. Pero el concepto de representación, no sólo alude a la posibilidad de que un texto esté “en vez” de una realidad social, sino que hace referencia también al sentido–al valor comunicativo que adquiere una palabra o expresión en virtud del lugar que ocupa dentro de un sistema lingüístico- con el cual esa realidad social es representada en un determinado momento histórico con peculiaridades políticas, sociales y económicas (Brun, 2011:373).

Los textos -entendidos en la investigación como discursos- que se publican en los periódicos, responden a una determinada situación de enunciación⁵ y están sujetos a la influencia de las visiones de mundo que tienen los redactores. Esto hace que los sentidos de las representaciones discursivas, estén imbuidos de significaciones particulares pero alineadas a las estructuras desde donde se desprenden; “los discursos como práctica enunciativa se desarrollan en función a condiciones institucionales, ideológicas-culturales e histórico-

⁴ “Se reconoce el texto como unidad de comunicación, la unidad pertinente en semiótica no es ni el signo ni la palabra, sino el texto. En un juego de actos de comunicación, lo emisores y destinatarios no producen palabras o frases (o no reciben e interpretan signos), sino textos. [...] En la teoría textual moderna, la noción de texto es, estratégicamente, el centro de las concepciones pragmáticas de la comunicación. La pragmática se realiza en la lingüística textual, cuyo objeto de estudio es el texto designado en el proceso comunicativo” (Vilches, 1988:51).

⁵ El Diccionario de periodismo, publicaciones y medios, define la “situación de enunciación” como el contexto en el que tiene lugar la emisión de un enunciado o un hecho comunicativo (2002:77).

coyunturales” (Giménez, 1983:124). Dichas condiciones son para la investigación, referentes muy importantes, sobre todo porque los discursos que hacen alusión a las particularidades del momento socio-político imperante en Bolivia a lo largo del 1952 y de 2006, se ubican dentro de un contexto de pugna -por la transformación- política e ideológica.

La mayoría de los discursos que se presentan en el trabajo se caracterizan por ser enunciados discursivos que argumentan y sustentan las percepciones sociales, políticas e ideológicas de la institución y de los redactores que trabajan en ella, respecto a los procesos de refundación estatal en Bolivia. En este afán reconocen, distinguen y representan a los actores/sujetos políticos que intervienen y consolidan los procesos (en este caso a los obreros, indios y campesinos) reforzando así la posición de quienes comulgan con su ideas como de los que son contrarios a ellas. Se dice esto porque la argumentación, es una de las tres funciones con las que cuenta el discurso, que al tiempo expresar la posición de sujeto de enunciación, esquematiza la realidad con el afán de persuadir a los lectores (Sefchovich, *et.al*, 1988).

Dado que la práctica argumentativa de los discursos periodísticos representa en sí misma un proceso de esquematización o de representación de la realidad, a partir de premisas ideológicas y desde un “lugar” institucional y social determinado, las representaciones que se van construyendo, lo hacen en base a datos fragmentados de la situación social, política y económica que se desarrolla en la coyuntura específica. Es por esto que se postulan tópicos/nociones/ejes discursivos/temas mediante los cuales los textos tienen coherencia y sobre todo dotan de significación a los discursos (Giménez, 1983:140-144). Estos elementos serán fundamentales para el desarrollo de la investigación, debido a que será a través de estos “datos fragmentados” que se analizarán los textos periodísticos y se interpretarán las percepciones que se tienen sobre los actores sociales en los procesos revolucionarios.

En definitiva, todos estos planteamientos teóricos serán el sustento para llevar a cabo la investigación, la cual se desarrollará en tres capítulos. En un primer capítulo se hace referencia al contexto político y social y a los *momentos constitutivos* que hicieron posible el establecimiento de los procesos de “refundación estatal” en Bolivia. En esta parte se pone énfasis en la descripción de la trayectoria de la participación, de las luchas e insurgencias populares en el terreno de la política nacional para socavar sus condiciones de exclusión, fracturar las tradicionales formas de conducir la política, establecer políticas de carácter más equitativo e inclusivo y consolidar “verdaderos” procesos de transformación estatal como los que se producen en 1952 y el año 2006.

En el segundo capítulo se analizan las representaciones discursivas que se desprenden desde *Los Tiempos* y *El Diario* sobre los actores sociales populares presentes a lo largo de 1952. Para esto se reconocen y establecen los principales ejes discursivos a través de los cuales gira la discusión periodística. Asimismo, en el tercer capítulo, a través del establecimiento de ejes temáticos –equiparables con el segundo capítulo - se analizan las reflexiones realizadas por los intelectuales de la prensa escrita sobre los sectores populares presentes en el primer periodo de la Revolución Democrática-Cultural de 2006.

Los hallazgos resultantes principalmente de los dos últimos capítulos, permitirán advertir sobre las tendencias presentes en las representaciones discursivas de los periódicos *Los Tiempos* y *El Diario* sobre lo que concierne a la presencia de los sectores populares en el escenario político boliviano. Esto conducirá a realizar las conclusiones finales de la investigación donde se expondrán las rupturas y continuidades en la práctica discursiva de ambos medios de comunicación sobre los actores sociales populares presentes en los procesos revolucionarios.

CAPÍTULO I

CONTEXTOS PREVIOS A LA REVOLUCIÓN NACIONAL DE 1952 Y A LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA- CULTURAL DE 2006

Los procesos revolucionarios emprendidos en 1952 y 2006, llegaron a ser los dos *momentos constitutivos*⁶, de quiebre político-social más significativos en la historia de Bolivia. Para poder comprender su consolidación y desenvolvimiento es importante prestar atención tanto a esquemas de tiempo coyunturales, como también a temporalidades más amplias que permiten advertir sobre los cambios, las rupturas y continuidades que se produjeron en los agentes sociales, en los gobiernos y en las instituciones del Estado, en el trascurso de un poco más de medio siglo. Ambos esquemas temporales servirán metodológicamente para el desarrollo de este apartado.

La intención del presente capítulo es mostrar los contextos históricos que configuraron la Revolución Nacional de 1952 y la Revolución Democrática-Cultural de 2006, prestando particular atención a los sucesos que signaron la presencia de obreros, indios, campesinos en el terreno sociopolítico en Bolivia. A través de un rápido recorrido por la historia de la segunda mitad del siglo XX y los primeros años del XXI, se podrá observar las relaciones y articulaciones que estos actores establecieron con los sectores dominantes y/o con otros sectores sociales, las estrategias de acción colectiva que desarrollaron para llevar

⁶ El concepto de “momento constitutivo” fue elucubrado por René Zavaleta, el cual estaba referido a la idea de que cuando se producen rupturas en el desarrollo histórico, las *masas* renuevan sus pensamientos y creencias; es decir que ante una ruptura en el proceso histórico las *masas* se vacían de prejuicios previos y en ese vacío encuentran la posibilidad de asumir nuevas ideologías, postulados y proyectos. “La validez del concepto mismo de momento constitutivo se refiere a la formación de discurso esencial [...]. Si se otorga una función simbólica tan integral a este momento es porque de aquí se funda el ‘cemento’ social que es la ideología de la sociedad” (Zavaleta, 1977: 74-75).

adelante sus consignas y el rol que desempeñaron en la correlación de fuerzas sociales y políticas por el control del poder del Estado.

En un primer momento se considerará el legado de la Guerra del Chaco para la consolidación de un nuevo momento político-social, caracterizado por la emergencia de novedosos movimientos y órganos políticos y otras formas de pensar la realidad social; en esto resalta la presencia de un partido político en particular, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) que junto al órgano sindical más importante -de prácticamente toda la mitad de siglo- la Central Obrera Boliviana (COB), consolidarán los principales cimientos para el proceso revolucionario emprendido en 1952. Seguidamente, se ubicará el periodo neoliberal como el momento que posibilitó la restructuración de la política y de las formas de organización social, particularmente del movimiento indígena-campesino y de los sindicatos; la etapa neoliberal se constituyó en la catapulta para que se erigiera, por primera vez en Bolivia, el “partido de los movimientos sociales” el Movimiento al Socialismo (MAS) y con él, el primer presidente indígena.

1.1 La Guerra del Chaco para el desarrollo de la conciencia nacional

Bajo la premisa de que las fuerzas paraguayas se habían apoderado de un fortín boliviano en la región del Chaco, el presidente Daniel Salamanca comenzó a plantear los problemas fronterizos con Paraguay desde julio de 1931, para que al cabo de un año, el conflicto armado se convirtiera en una realidad⁷. Las frustraciones en la política interna y la idea de que la creciente crisis económica (resultante del déficit presupuestario y de las cada vez mayores dificultades para satisfacer las obligaciones crediticias internacionales, justo en

⁷ La historia señala que la guerra del Chaco fue un conflicto bélico que se libró entre Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935 por el control de la región del Chaco Boreal. En esta contienda la Standard Oil Company y la Royal Dutch Shell disputaron el control del petróleo existente en esa zona. El acontecimiento tiene como resultado el triunfo y la ocupación de la zona por parte de las tropas paraguayas (Kelin, 2008).

momentos en que el precio del estaño en el mercado internacional había traspasado su cima y empezaba el ciclo de contracción) desembocaría en la anarquía social, fueron los argumentos centrales para que Salamanca iniciara la guerra con el vecino país; no obstante, “el que el tiempo haya permitido descubrir como causas de la guerra unos factores diferentes de los que se afirmaban en aquellos momentos, en realidad no quita importancia a la creencia general de que la Guerra del Chaco era un conflicto petrolífero” (Klein, 2008:197).

Más allá de anotar las causas que impulsaron la Guerra, es central referirse a las consecuencias que ésta trajo para el país, ya que se ha dicho que esta contienda es el referente que marca un antes y un después en la historia política boliviana, principalmente porque hizo posible el resquebrajamiento del sistema político imperante desde 1880.

En efecto, con la Guerra se puso “fin” al modelo liberal y al proyecto oligárquico minero-terrateniente; esta guerra significaba la conclusión de la expansión y capitalización de una élite política- económica concentrada en los llamados “barones del estaño”⁸. Otro de los resultados que dejó la Guerra fue que temas referidos a la cuestión indígena-campesina, obrera y a la cuestión agraria, se constituyeron en temas de debate ya no únicamente de un reducido grupo de intelectuales radicales, sino que fueron temáticas de debate nacional; esto motivó el *despertar de las conciencias populares* y con esto se llegó a la formación de nuevas organizaciones, partidos y movimientos con tintes revolucionarios que ponían la cuestión social en el centro de sus preocupaciones. Es así que en la etapa de posguerra, Bolivia vivió la efervescencia organizativa en varios sectores de la sociedad; resalta entre ellos la

⁸ Simón I. Patiño, Mauricio Hirschfeld y Carlos Víctor Aramayo, fueron conocidos como los “barones del estaño” y fueron quienes encarnaron el verdadero poder económico en Bolivia por ser dueños de las minas de estaño más importantes del país. La empresa minera de Patiño, llamada *Patiño Mines Enterprises Consolidated Inc.*, fue incorporada al sistema estadounidense mediante su registro en los Estados Unidos; la empresa *Compagnie Aramayo de Mines en Bolivie* de Carlos Víctor Aramayo operó en Suiza y la de Mauricio Hirschfeld con incursión en Alemania. “Este agrupamiento de empresarios mineros fue la expresión más nítida de una oligarquía hegemónica dominante de la sociedad y el Estado. Era el Superestado minero-feudal, identificado por el pueblo como la Rosca” (Bedregal, 2003:188).

consolidación y multiplicación de los sindicatos mineros, de uniones campesinas y la organización de oficios urbanos⁹, todos ellos empeñados en formular programas¹⁰ que permitieran crear un nuevo tiempo para los sectores relegados de la vida nacional.

Pero la guerra tuvo profundos efectos en los civiles blancos y mestizos intelectuales que fueron llevados al frente. Estos civiles fueron por primera vez lanzados a una sangrienta guerra, y, prácticamente como en toda situación de guerra donde el sacrificio es sin razón y no se logra resultados, nació entre estos hombres una nueva sensibilidad y una norma de expectativas. La Guerra del Chaco, especialmente la fantástica derrota y frustración, reveló a la nación todas sus notorias faltas, y ciertamente no había excepción en esta reacción, produciendo su propia “generación del Chaco” (Klein, 1968: 214)

A la conclusión de la Guerra, las percepciones de las capas medias habían atravesado por un profundo cambio, sobre todo porque empezaron a reflexionar más a fondo sobre el funesto rol que había jugado históricamente la oligarquía en el país. Pero, particularmente la “generación del Chaco”, hombres blancos-mestizos que habían combatido junto a los indígenas (soldados rasos de primera fila del ejército) en las arenas del Chaco, sufrieron grandes desencantos, amarguras y frustraciones al conocer de cerca la desventajosa realidad de los indios y la corrupta e incapaz forma de operar del gobierno y del alto mando militar.

Esos fueron los fundamentos que perimieron a esta “generación” emprender la tarea de reinterpretar la situación de la sociedad boliviana, centrando su reflexión en cuestiones

⁹ La organización laboral en Bolivia puede dividirse en dos periodos: el periodo pre-sindical, compuesto mayoritariamente por órganos laborales artesanales que “[...] parecen haber sido las llamadas ‘Escuelas de Artes y Oficios’ —una suerte de talleres donde se preparaban y graduaban principalmente sastres y carpinteros— que empezaron a funcionar desde 1826 (Ponce, Shanley y Cisneros, 1968: 4). Y el segundo periodo que abarca prácticamente todo el siglo XX y que tiene en la década de los cuarenta un momento de apogeo. Entre muchos órganos sindicales, restaban la Federación Obrera de La Paz (FOLP), Federación Obrera Internacional (FOI), la Federación Obrera del Trabajo (FOT), la Federación Obrera Femenina (FOF), la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), sin contar varias otras organizaciones que se establecieron después de la Revolución de 1952.

¹⁰ Se puede señalar dos ejes programáticos importantes. El primero ellos se desarrolla en el Primer Congreso Nacional de Indígenas en 1945, el cual plantea: “1) Abolición del pongueaje y de otros servicios gratuitos, 2) obligatoriedad en el establecimiento de escuelas indígenas y 3) definición de obligaciones de patronos y colonos” (Rojas, 2007:35). El segundo fue la redacción de la Tesis de Pulacayo en noviembre de 1946. Esta Tesis se presentó como el “verdadero programa revolucionario para la toma del poder por la clase obrera”, constituyéndose en la mayor conquista programática lograda por el proletariado boliviano

referidas al indio, a la tierra y a la nacionalización de las minas; pero no hay que olvidar que la fermentación de una conciencia política, resultante de tres años de sufrimiento, “de hambre, sed, de calor, de noches enteras esperando bombardeos del enemigo [...] proporcionaron también un cambio profundo en la conciencia de las comunidades indígenas, al entender que fueron utilizadas como carne de cañón en una guerra que les era totalmente ajena” (Puente, 2011:7). Las señales de este despertar de la conciencia indígena, se vieron plasmadas en los levantamientos indígenas que se desarrollaron en la etapa de la posguerra del Chaco, particularmente en 1947 en las localidades de Ayopaya, Culpina y Pucarani; sublevaciones que reclamaban los derechos fundamentales del indio, como la tenencia de la tierra, educación y demanda de nuevos horizontes políticos.

Las características que imprimieron estas sublevaciones -a través de su fuerte contenido político y amplia expansión hacia varios departamentos del país- fueron difíciles de eludir y llamaron la atención de varios sectores de la sociedad, particularmente de los periódicos de la época, quienes a tiempo de dar un amplio tratamiento periodístico, se encargaron deslegitimar y estigmatizar estos acontecimientos, exhortando la idea de que las revueltas indígenas no eran otra cosa más que el resultado de la manipulación de agentes pertenecientes a movimientos y partidos de izquierda, se pensó también que la condición de sublevación de indios-campesinos sólo puede ser entendida por el grado de irracionalidad que caracteriza a sus actos, producto del continuo consumo de alcohol y de hoja de coca (cf. Torrez, *et.al*, 2010).

Ahora bien, otra de las derivaciones de la guerra y de la fermentación de las conciencias políticas, se dio con la potenciación en el pensamiento boliviano, principalmente por la fractura de dos aparatos culturales. Por un lado- y por primera vez desde los primeros años de la República- surgió una prensa no sólo independiente sino comprometida con una

visión de los problemas culturales y que quería ser intérprete del sentir de las mayorías nacionales y por otro, en la universidad surgieron camadas de intelectuales dispuestas a romper con la funcionalidad sistémica del conocimiento (Piñeiro, 2004: 38-39).

Efectivamente, en este tiempo nació el periódico *La Calle*, bajo la dirección de Augusto Céspedes¹¹ en alianza con Armando Arce. Este medio escrito, a decir de Gerardo Irusta, abanderó el periodismo antioligárquico y antiimperialista, pero más importante aún, fue que “se convirtió en un centro de convergencia sobre cuyas bases nacería luego el multitudinario Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), [sirviendo] de plataforma para proyectar a nuevos líderes políticos, fundamentalmente a Víctor Paz Estensoro y Hernán Siles Zuazo” (Irusta, 1988: 77). A partir de ese momento, al igual que el escenario político, el campo periodístico se vio marcado nítidamente por posiciones discursivas políticas-ideológicas totalmente contrapuestas, “[...] el periódico ‘El Diario’ junto a ‘La Razón’ de la Paz reflejaban el pensamiento de la clase oligárquica [mientras que] el periódico ‘La Calle’, ‘supuestamente’ era el reflejo de las opciones revolucionarias del momento. Sin embargo [...] este periódico era un órgano que participaba de forma evidente de la ideología nacionalista del gobierno de Villarroel¹²” (Mendieta, 2008:223). En consecuencia, las posturas políticas entre los resabios del viejo orden y el emergente proyecto político que ponía en el centro de su discurso la nación y la soberanía de los subalternos, encontrarán en la prensa, sobre todo en la década del 40, el terreno propicio para el enfrentamiento político intelectual.

¹¹ “Augusto Céspedes es uno de los principales responsables de la difusión de la idea de situar en la guerra del chaco el hito principal para el desarrollo de la conciencia nacional” (Tapia, 2002:42).

¹² Gualberto Villarroel, miembro de la logia militar RADEPA, constituyó el primer gobierno (1943-1946) en Bolivia de inspiración nacionalista autoritaria. En coalición con el MNR, promovió cambios en la legislación boliviana a favor de los indios, como la legalización del derecho a la organización sindical y al arrendamiento de tierras, la construcción de escuelas rurales y la abolición del pongueaje. En su gobierno se realizó uno de los eventos más importantes, “el Congreso Nacional Indígena al que asistieron alrededor de un millar de delegados campesino de diversas localidades y regiones del país” (Calderón y Dandler, 1985:33)

En resumen, lo que generó el Chaco fue la transformación del escenario sociopolítico boliviano, que era en esencia el fin del orden oligárquico y del sistema de partidos tradicionales. La caída de la retórica liberal y de la toma de conciencia de la población boliviana, condujo a que en el periodo 1935-1942 comenzaran a consolidarse nuevas organizaciones sociales con bases populares y una serie de partidos políticos que sustituyeron a los partidos liberales y republicanos, partidos que tuvieron importante acogida por los profesionales, estudiantes, comerciantes, artesanos, entre otros.

Los partidos más importantes en este periodo son el Partido Obrero Revolucionario (POR) con una clara definición trotskista, el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), “el primer partido comunista en Bolivia, formalmente vinculado con el Partido Comunista de la Unión Soviética” (Puente, 2011:17), la logia militar que se reveló contra la jerarquía castrense y fundó el partido Razón de Patria (RADEPA), el Partido Socialista Obrero Boliviano (PSOB) y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). La mayoría de estos partidos encaró sus postulados ideológicos y organizativos desde vertientes izquierdista, centradas en el movimiento obrero; sin embargo, el último de estos, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) fue el que mayor alcance logró tener en la esfera de la política nacional, ya que de manera temprana, en alianza con RADEPA, participaron de un gobierno provisional en 1943. A partir de ese momento, el protagonismo del partido fue creciendo y convocando cada vez más a intelectuales, jóvenes universitarios, obreros y a los movimientos indígenas y campesinos hasta consolidar uno de los acontecimientos políticos más importantes del la segunda mitad del siglo XX, la Revolución Nacional de 1952.

1.2 El MNR, el partido de la revolución nacionalista

El Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) nació como partido en 1942 y fue fundado por Víctor Paz Estenssoro, Augusto Céspedes, Carlos Montenegro¹³, José Cuadros Quiroga, Hernán Siles Suazo, entre otros; “se los llamaría carbonarios por el sentido de misión con el que emprendieron la construcción partidaria” (Piñeiro: 2004: 160). Este partido tuvo en la segunda mitad del siglo XX varias incursiones en escenarios políticos de poder¹⁴; pero por lo que compete a este trabajo nos referiremos a las características centrales que hicieron al primer periodo de este gobierno.

El MNR, como ya se dijo, emergió en los años cuarenta con una ideología nacionalista que “reivindicaba permanentemente ‘la raza indo-mestiza’ como la esencia de la movilización social y como pilar de la revolución” (Calderón y Dandler, 1986: 34). En efecto, en los tres días que duró el levantamiento de Abril de 1952, los actores centrales fueron el proletariado minero y fabril en alianza con otros sectores populares de la clase media urbana.

Con la llamada Revolución del Abril se abrió paso al surgimiento y consolidación de un “nuevo Estado”, el *Estado del 52*; era en definitiva, la gestación y afianzamiento de un nuevo y complejo orden político. La instauración el nuevo Estado dio pie para que se modifiquen las relaciones al interior de la sociedad civil y de ésta con el Estado, ya que una vez que fue desarticulado el antiguo bloque dominante representado por la “rosca minero-feudal”, se encaminó el protagonismo inusitado de los sectores obreros y campesinos en el terreno sociopolítico; lo que condujo a que se erigieran importantes cambios en el sistema

¹³ “La reflexión sobre la cuestión nacional tuvo un expositor de excepción: el boliviano Carlos Montenegro [...] En 1943 se publica su trabajo *Nacionalismo y Coloniaje* [...] según un consenso casi unánime, es el trabajo conceptual más importante para comprender la génesis del nacionalismo revolucionario” (Piñeiro, 2004: 162,164)

¹⁴ El primer periodo revolucionario va de 1952 a 1964 caracterizado por realizar una serie de reformas políticas populares/nacionalistas, los siguientes gobiernos, 1985-1988; 1993-1997 y 2002-2003, promovió reformas económicas de tipo neoliberal. Los conflictos sociales suscitados el año 2003 que condujeron a la expulsión del país del presidente Sánchez de Lozada, fue la catapulta que llevó al debilitamiento casi absoluto de ese partido.

político, como la ampliación de la participación electoral a través de la implementación del sufragio universal. Entre tanto, rol del Estado en la economía se vio fuertemente trastocado como correlato de las reformas emprendidas, me refiero específicamente a la nacionalización de las minas y la reforma agraria.

La implantación del *Estado del 52* trajo consigo elementos importantes para la configuración de un escenario político, económico y social hasta ese momento desconocido en Bolivia, el cual no puede ser entendido sin la existencia de Víctor Paz Estenssoro como líder y jefe del proceso y del MNR como el partido de la revolución, el cual se caracterizó esencialmente por ser un “partido policlasista”, dada su capacidad para aglutinar a obreros-indios-burguesía. Si bien es cierto que este rasgo policlasista permitió una mayor participación de los sectores populares en las transformaciones en el Estado, lo que en esencia hizo, fue afianzar un nuevo bloque de poder político-económico, denominado en términos de Zavaleta como la “casta criolla dominante” (Zavaleta en Rivera: 2003:79), característica que hizo que el proceso revolucionario sea señalado como una “revolución burguesa”¹⁵. Efectivamente, la dirección general del proceso estuvo en manos de esa emergente burguesía boliviana sintetizada en el MNR, empero, el carácter fundamental de popular que se le otorga a este nuevo proceso político, fue dado gracias al protagonismo de obreros, campesinos y en general de todas las clases oprimidas que alcanzaron una presencia real dentro de la política boliviana, fundamentalmente a través de la articulación que se dio entre los sindicatos –mineros- con el partido de gobierno.

¹⁵ René Zavaleta Mercado, uno de los principales pensadores de la Revolución del 52, sostuvo que “toda revolución burguesa implica la movilización de los sectores no-burgueses que luchan hacia la construcción de un objetivo burgués:[...] con la división del aparato represivo mismo, que no era sino un eco material de la disolución ideológica de aquel [viejo] Estado y la participación de las masas, se configuró el carácter de una auténtica revolución democrático burguesa” (Zavaleta, 2003:337). Zavaleta consideraba que en Bolivia existía una “burguesía que no era burguesa sino en ciertos aspectos muy específicos de su acumulación”, sin embargo se trataba de una burguesía carente de proyecto ideológico. Ahora bien, al interior del MNR elementos provenientes de la burguesía o de la pequeña burguesía “que funcionaba como una suerte de ejército de reserva de aquella clase dominante, [...] con conciencia mucho más profunda de las tareas burguesas” (idem, pp.228) marcaron las líneas de acción para el desarrollo del proceso revolucionario.

La articulación entre la burguesía *emenerista* y los sindicatos mineros, se sintetizó en el “co-gobierno” del MNR y la Central Obrera Boliviana (COB)¹⁶, siendo esta última la máxima instancia de aglutinación y representación política sindical en particular y de todos los sectores subalternos en general. Con esta alianza, se dio inicio a un complejo proceso político, caracterizado en palabras de Zavaleta como el esquema político de *poder dual*¹⁷.

Ahora bien, uno de los ejes centrales de este proceso, fue sin duda el contenido ideológico-discursivo que le otorgó el MNR al periodo revolucionario, contenido que fue la principal fuente de interpelación y de adhesión de los sectores populares y en sí, de estabilidad política. Éste estaba referido a la construcción y consolidación de la “Nación boliviana”, se trataba de forjar la esencia nacional de los bolivianos, la identidad de la bolivianidad.

La problemática estaba planteada de tal modo que se partía de la concepción y reconocimiento de una nación fáctica, su presencia en las luchas de la historia boliviana. Se planteaba el desarrollo de una conciencia nacional como parte del proceso y del proyecto por medio del cual esa nación tendería que llegar a construir su estado nacional (Tapia, 2002:191).

Para lograr este objetivo, el MNR refirió a la guerra del chaco como el *momento constitutivo* para la formación del carácter nacional y de la identidad nacional respectivamente; ese acontecimiento histórico se estableció en una suerte de mito fundante o la esencia emotiva que permitió que los individuos, particularmente los sectores populares, “los explotados” se identifiquen con el proyecto de Nación que apuntalaba este partido; es por esto que fue muy usual discursivamente el uso de las nociones de inclusión vs exclusión,

¹⁶ El 17 de abril de 1952 se funda la Central Obrera Boliviana (COB). “Impulsada por la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia y dirigida por ella, la nueva Central arrasa con la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia (CSTB), influida por los marxistas del PIR. [...] Central única, se transforma en una verdadera tribuna popular” (Lavaud, 1998:31)

¹⁷ El poder dual [...] “son dos poderes, dos tipos de Estado que se desarrollan de un modo coetáneo; su unidad es una contradicción o incompatibilidad (en su forma intensificada, es decir su antagonismo). La dualidad de poderes es un desarrollo esencialmente antagónico”. En Bolivia, [...]” después del derrumbe del Estado oligárquico llegaron al poder a la vez dos fuerzas: el MNR, que era el partido portador de la revolución burguesa, y la clase obrera, que no tenía su propio partido y que fue, en cambio, la que posibilitó materialmente el triunfo del MNR” (Zavaleta, 1974: 20, 21, 80)

antiimperialismo, soberanía, etc.; tónicas centrales que dieron sustento al nacionalismo revolucionario. Así también, otra manera para alcanzar la dimensión de la cuestión “nacional”, estuvo relacionada con la implementación de ciertas políticas para que los sectores históricamente excluidos se identifiquen con los “derechos de ciudadanía” que implantaría el nacionalismo, derechos que se resumían en el voto, la educación y la participación política..

De lo que se trataba entonces, era de definir la Nación soberana, pero la propia existencia y autonomía no era algo que debía afirmarse y realizarse negando al enemigo externo, sino a través del desarrollo de la soberanía al interior de la nación (Tapia, 2002: 65). Es así que al poco tiempo de consolidado el proceso, el MNR y la COB emprendieron la tarea de discutir temas concernientes a la política económica, cuyo objetivo básico era viabilizar un desarrollo capitalista autónomo; la nacionalización de la gran minería y la reforma agraria serían el vehículo para la ejecución de esta política económica.

Para hablar de la Nacionalización de las Minas y de la Reforma Agraria, es necesario referirse al potencial político que alcanzaron las organizaciones mineras y campesinas a través de los sindicatos que formaron y que condujeron a estos cambios tan sustanciales para la época.

La potencialidad política que había alcanzado la COB, tanto dentro como fuera de las estructuras de gobierno, permitió que para el 31 de octubre de 1952 se decretara la Nacionalización de las Minas de los barones del estaño; sin duda este acontecimiento fue posible bajo la constante presión de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), respaldada por la COB.

Esta nacionalización se acompaña de una otra medida que claramente simboliza el poder de los mineros: el control obrero' con derecho a veto [que] entra en vigor el 16 de diciembre de 1953, en el seno de la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL) que integra a las minas nacionalizadas. En virtud de esta disposición, los sindicatos de los

diversos distritos mineros, y la Federación a escala nacional, elige representantes para las diversas direcciones de la compañía, los que tiene derecho a veto sobre las decisiones que estimen contrarias a los intereses de los mineros y de la nación (Lavaud, 1998:31).

Resultado de la implantación del voto universal “el campesinado cobró importancia política como votante mayoritario del país, [logrando ejercer] considerable poder, especialmente en los valles de Cochabamba y el Altiplano norte” (Pearse, 1986:356) donde alcanzaron un alto grado de unificación alrededor del reclamo de distribución de tierras.

La fuerza con la que se presentó el campesinado tuvo que ver, según Dandler, con que a los pocos días de la Revolución de Abril, se establecieron en las zonas rurales - particularmente en el departamento de Cochabamba- una red de movilizadores o agentes rurales del MNR que se dieron a la tarea de establecer varios sindicatos; entre tanto ministros, a través de la COB, de la Federación de Mineros o el Ministerio de Asuntos Campesinos se ocuparon de promocionar líderes sindicales; entre ellos “dos líderes campesinos –Sinforoso Rivas y José Rojas- lograron eclipsar a los agentes de la primera red y desarrollaron su influencia en áreas que llegaron a ser sus ‘dominios’ exclusivos. [...]” Rivas estableció la Federación Departamental de Campesinos en el valle bajo, y Rojas estableció una poderosa organización regional en el valle alto (con su principal provincia para ese momento: Ucureña) (Dandler, 1986:223).

Con la promoción de líderes y con el fuerte impulso que se le dio a la formación de sindicatos campesinos, se llegó a conformar un escenario político-social signado por dos elementos: por un lado, se instituyó el clientelismo como parte de la política rural. Las prácticas clientelistas condujeron a una pérdida importante de autonomía política de los sindicatos porque se constituyeron en un instrumento político que determinaba la correlación

de fuerzas de las diferentes facciones (ala derecha e izquierda) del MNR¹⁸. Entre tanto, con la promoción de sindicatos se posibilitó un ascenso vertiginoso de la capacidad movilizadora de las bases indias-campesinas que demandaban la redistribución de la tierras vía reforma agraria, al punto de que para fines de 1952, el escenario político en Bolivia se vio fuertemente convulsionado por las revueltas y sublevaciones de estas bases indias-campesinas, donde ni los líderes sindicales, ni el MNR tuvieron la capacidad de controlarlas. En realidad, el sindicato se convirtió para el campesino en un instrumento de poder con el cual podía establecer relaciones de cooperación para la obtención de sus demandas; sin embargo, necesariamente había que “distinguir entre los sindicatos de base como formas de auto-gobierno local y las jerarquías sindicales como aparatos de vinculación con el Estado, donde los cargos sindicales en la gran mayoría de los casos dependieron mas del juego político con la cliente que de los intereses campesinos” (Dandler, 1986: 24).

El amplio espectro de movilizaciones de sindicatos campesinos y de sus bases llevó a la promulgación del decreto de Reforma Agraria el 2 de agosto de 1953 en la localidad de Ucureña; decreto que permitió la expropiación de los latifundios y la consolidación de los derechos de propiedad para los pequeños y medianos productores. Como señala Xavier Albó, este “acto era un hito trascendental en la dura marcha hacia la participación definitiva de las mayorías del país en la vida económica, social y política del país. Para muchos –precisamente para esas mayorías- ese acto revestía una trascendencia práctica superior incluso a la firma de la ‘Independencia’ un siglo antes” (Albó, 1979:3).

¹⁸ Una de las derivaciones más importantes de estas formas clientelares, fue el establecimiento del Pacto Militar-Campesino (PMC) en 1964. El PCM fue “una estructura institucional de enlace entre el sindicato paraestatal y el ejército, que sustituyó a la articulación sindicato-partido vigente durante el período del MNR. A través del pacto, el ejército asume el control directo del funcionamiento del aparato sindical campesino, y garantiza la eficacia de las tareas de control preventivo de la población a través de Acción Cívica de las fuerzas armadas y entidades estatales controladas por la burocracia militar como alcaldías y prefecturas departamentales” (Mayorga, 1999:63).

Todas esas caracterizaciones advierten que las reformas emprendidas por el gobierno de la revolución nacional, no podían haber sido posibles sin la participación real y efectiva del movimiento obrero y del movimiento campesino, siendo estos los dos principales actores para la consolidación de la Revolución y del proceso revolucionario en su primera etapa. La reforma agraria, como también la nacionalización de las minas fueron el reflejo del cambio de la correlación de las fuerzas sociales y políticas, pero también la expresión de la potencialidad política como agentes de cambio “dentro” del poder estatal.

La estabilidad que alcanzó el gobierno de Víctor Paz Estenssoro y del MNR como partido de gobierno, en sus primeros tiempos, obedece entonces al rol que desempeñaron obreros y campesinos en la configuración de demandas y políticas gubernamentales, las cuales dieron los principales rasgos al carácter nacional-popular del proceso revolucionario.

1.3 Debilitamiento obrero y (re)emergencia del ideario indígena en la etapa neoliberal

Durante los años 1978-1982, Bolivia atravesó por un intenso periodo de inestabilidad política, económica y social¹⁹; motivos que hicieron que el retorno a la democracia en 1982, estuviera marcado -como saldo de las dictaduras militares- por una profunda debilidad institucional del Estado.

En las elecciones generales de 1985 el partido Acción Democrática Nacionalista (ADN) del ex dictador Hugo Banzer Suárez, ganó la presidencia de la República con un 28.5% de los votos, frente al 26.4% del MNR de Víctor Paz Estenssoro; no obstante, gracias a un acuerdo²⁰ y a la ratificación realizada por el congreso, en 1985 se posesionó a Víctor Paz

¹⁹ Entre 1978 y 1982 hubieron cuatro golpes de estado y se llamaron tres veces a elecciones; en 1985 la hiperinflación alcanzó el 23.000%. Todos estos factores evidenciaron la imposibilidad de solucionar la crisis económica y el grado de total ingobernabilidad en el país (Laserna y Villarroel, 2008: 37).

²⁰ Rafael Puente sostiene que tras el triunfo de Banzer, “el embajador de los Estados Unidos lo invita a conversar, lo felicita por su indiscutible triunfo, y a continuación le explica que su gestión dictatorial está demasiado fresca y que por eso se le pide el noble gesto de cederle la presidencia a Paz Estenssoro a través de un acuerdo según el cual el MNR se comprometería a ungirlo presidente a él en las próximas elecciones de

Estenssoro como presidente de la república, que con la frase “Bolivia se nos muere” inauguró una nueva etapa en la historia del país, la etapa del modelo neoliberal.

El gobierno de Estenssoro en el afán de paliar la profunda crisis social, política y económica, desarrolló una serie de estrategias y de compromisos institucionales, basados fundamentalmente en: a) resolver la crisis económica por medio de una política de modernización antiestatal, b) resolver la crisis sociopolítica con la (re)instauración electoral y c) transformar la competencia entre partidos políticos a través de la denominada “democracia pactada” que consistía en la formación de coaliciones multipartidistas, tanto parlamentarias como de gobierno. La línea maestra que matizó a este gobierno, fue el lanzamiento del Decreto Supremo 21060, instrumento jurídico que puso fin a las subvenciones (de los carburantes y de la harina para pan) y consolidó la privatización de las empresas estatales, dando lugar así a la flexibilización laboral y a la libre contratación. Con esta “Nueva Política Económica”, se redujo cada vez más la intervención estatal en la economía y se apuntaló al capital extranjero como el propulsor económico del país, asegurando la conformación de un nuevo bloque de poder que deterioró la formación y participación social que trajo consigo la Revolución de Abril de 1952. Como señala René Mayorga, “la democracia pactada y la nueva política económica sentaron las bases de la reorganización democrática del país y crearon las condiciones para una etapa prolongada y difícil, pero sostenida de consolidación político – institucional (Mayorga, 1999:349).

Para tener un panorama más claro de lo que significó el neoliberalismo para los sectores populares, es necesario observar el momento por el que atravesaba el movimiento indígena-campesino en Bolivia. Esto ayudará a comprender las rupturas que se produjeron entre el

1989. A su jefe, Banzer no le puede negar nada; por tanto se constituye el Pacto por la Democracia- con mayoría absoluta en el Congreso- y asume la presidencia Paz Estenssoro, que rápidamente hace suyo el modelo neoliberal. (2010: 155)

Estado y los sectores obreros y campesinos y las (re)configuraciones político-ideológicas que obreros, indios y campesinos desplegaron paralelamente al desarrollo del periodo neoliberal.

Entonces, se tiene que, resultado del debilitamiento que iban atravesando los sectores obreros y campesinos “ [...] tras haber sido cooptados y sometidos por el MNR, y más tarde al haber aceptado el máximo sometimiento al poder estatal a través del Pacto Militar-Campesino” (Puente, 2010:148), para fines de los años setenta, una parte de los sectores indígenas y campesinos, particularmente aymaras que migraron a las áreas urbanas de la ciudad de La Paz, habían comprendido que el programa modernizador del nacionalismo revolucionario- basado en la inclusión sociopolítica y económica, vía la reforma agraria, la ciudadanización por medio del sufragio y de la educación universal- había seguido reproduciendo las relaciones asimétricas en la sociedad y además, se había constituido en un instrumento que contribuyó a desdibujar las características de las identidades étnicas de las poblaciones indígenas.

Es así que, esencialmente jóvenes aymaras beneficiados de la educación media y superior, lograron crear movimientos políticos-culturales con el objetivo de revalorizar prácticas culturales de la identidad aymara, las cuales habían sido constantemente estigmatizadas por los resabios de la mentalidad colonialista presente aún en los sectores criollos-mestizos de Bolivia. Así, estos jóvenes junto a dirigentes de las comunidades en las zonas rurales, configuraron las bases de lo que posteriormente sería el movimiento katarista.

Para 1973, el *katarismo* es el nombre genérico de un amplio movimiento ideológico con múltiples manifestaciones institucionales y organizativas tanto en las ciudades de La Paz y Oruro, como en diversas áreas rurales aymaras. Ese año, el movimiento lanza su primer documento público: el Manifiesto de *Tiwanaku*. Este documento [...] constituye la síntesis más lograda hasta ese momento de las múltiples corrientes reivindicativas que conforman el *katarismo*. En él se expresan diversos horizontes históricos y temáticas ideológicas: la reivindicación de la cultura y del pasado indios, la conciencia de las nuevas condiciones de explotación que sufre el campesino, su impotencia por influir en las políticas agrarias

del Estado, su rechazo ante la degradación de sus organizaciones sindicales, etc. (Rivera, 2003:154)

A través de todas estas premisas, lo que proponía el movimiento katarista, era la construcción de un movimiento autónomo, que respondiera a los intereses y reivindicaciones de las poblaciones indígenas y campesinas, retomando para esto, los ideales de sus ancestros Tupaj Katari, Zarate Willka y Bartolina Sisa. En 1974 con la llamada “masacre del valle”²¹, el katarismo pasó de ser un movimiento culturalista a un movimiento político sindical, predominante tanto en el área rural como urbana del país. Pero ¿cuál es la importancia de este fenómeno social para la historia política de los movimientos populares, particularmente indígenas-campesinos en Bolivia?

En definitiva, la importancia del movimiento katarista radica en que logró recuperar las demandas de reconocimientos de las diferencias étnicas culturales, que se pensaba que habían sido extinguidas por el proyecto modernizador del nacionalismo revolucionario (con las políticas de castellanización, de la participación política y de la parcelación privada de las tierras), así también, en los periodos de represión militar (1964-1981) y en el periodo de la transición democrática, el movimiento katarista marcó su accionar en la recuperación de las libertades democráticas, en la recuperación de la autonomía política de los sindicatos indígenas-campesinos, impugnado para esto, las relaciones de dominación colonial a través de la revalorización de la identidad étnica-cultural.

Más allá de los aspectos internos y externos que posibilitaron el nacimiento y la consolidación del movimiento katarista, su importancia se centra en la dinámica que le otorgó al movimiento indígena en particular en su lucha por consolidar una estructura organizativa de

²¹ En los valles de Cochabamba, dirigentes sindicales comenzaron a cuestionar tanto las políticas agrarias como las manipulaciones que originó el Pacto Militar-Campesino. Se suma a esto los decretos económicos que lanzó el gobierno de la época alzando los precios de los artículos de primera necesidad; es ante estas medidas que los campesinos protestaron y promovieron huelgas, cierre de carreteras y demandando diálogo. Estas medidas fueron duramente reprimidas por los militares, no obstante, lo que dejó este acontecimiento a más de una verdadera masacre, fue la ruptura definitiva del pacto militar-campesino y el fortalecimiento del sindicalismo agrario independiente, en especial el *katarismo* (Rivera2003:158).

carácter nacional desligada del dominio de los partidos políticos y del aparato estatal; una lucha que logró reforzar una corriente política-ideológica, capaz de articular a un conglomerado heterogéneo de sectores indígenas, campesinos y obreros, pero sobre todo destaca porque se constituyó en un sólido cimiento de la conciencia étnica y política del indio²², conciencia que se hizo visible con su participación política directa en distintos escenarios de la política boliviana antes de terminar el siglo XX.

Hasta antes del periodo de mayor agudización de la crisis económica nacional, el liderazgo de la corriente katarista había sido verdaderamente evidente. Donna Lee Van Cott (2005) señala que uno de los principales efectos que trajo consigo el katarismo durante el periodo 1979-1982 -luego del menoscabo de las relaciones entre el MNR y la población campesina- fue el surgimiento y ascenso de una conciencia étnica de los sectores indígenas del país, lo que llevó al establecimiento de organizaciones y partidos con líderes indígenas, como la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB)²³, máxima instancia de representación campesina, el Movimiento Indígena Tupaj Katari (MITKA) y Movimiento Revolucionario Tupaj Katari de Liberación (MRTKL)²⁴. Estos órganos condujeron al afianzamiento de la presencia autónoma de indígenas y campesinos en la política del país, como no había ocurrido ni siquiera en el periodo del nacionalismo revolucionario.

²² Los principios étnicos se basaban en: “a)negación de la situación colonial [...]b)negación de la historia oficial [...]invertir la historia, escribirla desde el punto de vista de las etnias dominadas y recuperar el punto de vista de los perdedores, c) afirmación del panindianismo, d)revalorización de las culturas indias”(Flores, 1986:535).

²³ El 26 de junio de 1979, bajo el auspicio de la COB, se realiza el primer Congreso de Unidad Campesina, en el cual se constituye la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (Ver. www.cstcb.org).

²⁴ El Movimiento Indígena Tupaj Katari (MITKA) planteaba la necesidad de la autodeterminación de las naciones originarias, la reivindicación de la identidad étnica por encima de la clase y la consolidación de un proyecto futuro basado en pasado precolonial (Rivera, 2003: 87). En cambio el segundo de estos partidos, mantuvo relación con la corriente sindical ya que percibía como compatible tanto las reivindicaciones culturales junto con la adopción de representación sindical de clase.

Una de las muestras más significativas de esta presencia política, fue la movilización que emprendieron los sectores campesinos, aglutinados en la CSUTCB junto a la COB en defensa de la democracia y contra el “paquete económico” lanzado en diciembre de 1979²⁵, a través de un bloqueo de caminos que paralizó a todo el país durante varias semanas. Este acontecimiento, además de haber representado un importante posicionamiento físico –al ocupar espacios concretos- representó la interpelación real a las cúpulas del poder estatal, al estilo del cerco de Tupaj Katari; así lo advierte Zavaleta cuando señala que “el acoso [de 1979] representó no solo la transformación de la cantidad en calidad, que es retórica, sino la reducción del Estado a su verdad final, que es la territorial: es Katari cercando La Paz. Todos los pueblos y ciudades son cercados por la gran *jacquerie* campesina” (Zavaleta, 1977:22).

Como iba sucediendo históricamente, la emergencia india-campesina en los terrenos de la política causó -una vez más- animadversión en los sectores criollos-mestizos de la sociedad boliviana y encontró en las páginas de la prensa el espacio propicio para que los intelectuales que trabajaban en ella “alerten” a sus lectores sobre el levantamiento campesino. “En las páginas de opinión de la prensa discurrió la idea de la posibilidad de un conflicto racial, promovido desde los liderazgos indígenas/campesinos y en este sentido, en muchos de los artículos, aparece por ejemplo, la alusión a Tupac Katari [...] como espectro que opera para generar miedo en la población boliviana en general y en los sectores criollos-mestizos en particular” (Tórrez, *et. al.* 2010:191).

El impulso sociopolítico que había alcanzado el movimiento indígena a lo largo de los años 70 se efectivizó con la presencia del MRTKL en las elecciones de 1985 que aunque

²⁵ El 1° de noviembre de 1979 se produjo el golpe militar del coronel Alberto Natush Busch, sin embargo, luego de quince días la resistencia de la *multitud* presionó la salida de los militares golpistas para reencauzar el derrotero de la democracia. Uno de los pilares de la resistencia fue la CSUTCB que usando la táctica del bloqueo de caminos, logró paralizar prácticamente todo el país. Con la fuerza que esta organización ganó, en diciembre emprendió otro bloqueo de caminos en contra de la política económica decretada por la presidenta Lidia Gueiler, la cual consistía en el aumento del precio de los artículos de primera necesidad.(Tórrez, *et.al.*: 2010).

sólo llegó a obtener el 2% del voto popular, este hecho develaba que los sectores indios-campesinos marcaban su autonomía política (Klein, 2008:271). Otro episodio también importante que marcó la ruptura definitiva entre los campesinos y el MNR fue, como se ya señaló, la “masacre del valle” en 1974; con ésta las relaciones de tutelaje que había caracterizado a dicho partido, a comienzos de la Revolución Nacional y durante el Pacto Militar Campesino, fueron sepultadas (Spedding, 2004:4).

Al malestar de los sectores campesinos, hay que añadir el fuerte descontento que había causado la implantación del neoliberalismo, con el cierre de las minas estatales en el sector minero; esta medida llevó a que el papel político y económico que había jugado el movimiento obrero, específicamente a través de la COB desde 1952, entre en amplia decadencia. Los trabajadores mineros, no sólo habían perdido su principal fuente laboral sino que también se habían disuelto sus espacios de cooperación y organización política, es decir los sindicatos.

El desarrollo de la Nueva Política Económica estaba causando entonces, un aumento en el desempleo y en la miseria social y ante estos efectos de desigualdad, empobrecimiento y de anulación que van sufriendo de las los sectores obreros, indígenas-campesinos por parte del Estado, es que empezaron a surgir organizaciones que abanderaron el tema de la indianidad y de la reivindicación política sindical, étnica-cultural. Fue el caso de los indígenas del oriente boliviano, y de quechuas productores de hoja de coca en el trópico de Cochabamba.

Así, en 1982 emergió a la palestra política la Central de Indígenas Del Oriente Boliviano (CIDOB)²⁶, organización que representaba a los indígenas de la zona amazónica

²⁶ La Central de Indígenas Del Oriente Boliviano (CIDOB), se fundó formalmente en octubre de 1982, en Santa Cruz de la Sierra, con la participación de representantes de cuatro pueblos indígenas del Oriente Boliviano: Guaraní-izoceños, Chiquitanos, Ayoreos y Guarayos. El proceso de unificación de los pueblos indígenas del Oriente se inició sin embargo alrededor de 1979, cuando se dieron los primeros contactos entre representantes

del país. Con la marcha que realizaron en 1991, denominada “Marcha por el Territorio y la Dignidad”, desde el oriente boliviano hacia la ciudad de La Paz, se abrió campo a un importante cambio en la relación entre el Estado y los pueblos indígenas ya que esta movilización tuvo como finalidad, superar su condición de pueblos “salvajes” y visibilizar las características de las identidades étnicas de los pueblos del oriente; se trataba en definitiva, de una lucha por la reivindicación de sus territorios, sus usos y costumbres. Derivación de este accionar, el gobierno formuló decretos²⁷ con los que se restituyeron legamente los Territorios Comunitarios de Origen habitados por estos grupos étnicos.

Por otro lado, como resultado del despido masivo de mineros, éstos encontraron, principalmente en las regiones del Chapare cochabambino, el espacio para su “relocalización” laboral; en esta zona, se dedicaron a la producción y comercialización de la hoja de coca. Para ese momento el cultivo de esta hoja de coca constituía la “única alternativa que les quedaba al ser víctimas [...] del abandono del campo como de la crisis económica y de la recesión generada por la política neoliberal” (Albó, 1993:21),

Para 1988 se promulgó la Ley del Régimen de la Coca y de Sustancias Controladas, la cual suponía el control y erradicación de los cultivos de coca en los principales centros de producción: el trópico de Cochabamba y los Yungas de La Paz. Se señalaba que especialmente el Chapare tenía las tierras aptas para el cultivo de la coca que luego serviría para la fabricación de cocaína; es por esto que la política antidroga propugnada desde el Gobierno de Estados Unidos, apuntaba a erradicar y sustituir los cultivos de esta hoja por cultivos alternativos como el banano, la piña, entre otros. No obstante, estas medidas

de los mencionados pueblos, a iniciativa del entonces Capitán Grande guaraní, Mburuvichaguasu Bonifacio Barrientos Iyambae (Ver www.cidob-bo.org).

²⁷ Decreto Supremo. 22609, reconoce como Territorio Indígena del Pueblo Sirionó, el área tradicionalmente ocupado y demitido por los 36 mojones naturales en El Ebiato y un área de 30.000 hectáreas en el Monte San Pablo; Decreto Supremo 22610, reconoce al Parque Nacional Isidoro-Sécure, como Territorio Indígena de los Pueblos Mojeño, Yuracaré y Chimán. Decreto 22611, declara a la región de Chimanes como Área Indígena, con tres tipos de zonas de protección, b) de territorios indígenas y c) de aprovechamiento empresarial (Ver. La Razón, noviembre, 1990).

desataron la resistencia de los sindicatos cocaleros “puesto que para ellos significaba la desaparición de sus fuentes de subsistencia ya que el desarrollo alternativo no había representado una verdadera y mejor opción de supervivencia para los productores” (Stefanoni, Do Alto, 2008:40)

Bajo ese contexto, la unidad policial-militar (Unidad de Patrullaje Rural-UMOPAR), asesorada por la DEA (Agencia de control de Drogas), procedió a “la erradicación forzosa de cicales [...] sin consulta ni reparación para los propietarios de las plantaciones” (Spedding, 2004:6); esto llevó a los cocaleros a desarrollar una serie de acciones, entre movilizaciones, huelgas y bloqueos, pasando por marchas hacia la sede de gobierno, para impedir la erradicación de sus cultivos. Estas resistencias decantaron en la consistencia organizativa de los productores de coca, llegando a crearse y a fortificar las Seis Federaciones del Trópico de Cochabamba, instancias sindicales que cristalizaron la nueva fuerza política campesina del país y fue la “plataforma desde la cual Evo Morales irradió su liderazgo nacional e, incluso, internacional” (Stefanoni, Do Alto, 2008:40)

Mediante una eficaz batalla simbólica en contra de la erradicación y estigmatización sobre el cultivo de hoja de coca, a través de un discurso de matriz culturalista, no sólo los sindicatos cocaleros- que para el momento ya estaban sólidamente consolidados²⁸ y que gozaban de una capacidad de gestión colectiva autónoma como resultado de la reelaboración de prácticas mineras y herencias comunales (Gutiérrez y García, 2002:19), sino también el movimiento indígena del oriente boliviano, enfatizaron la dimensión identitaria y ritual de la

²⁸ La primera organización sindical en el trópico [de Cochabamba] data de los años 60, [...]luego a fines de los ochenta se organizaron sindicatos con base territorial y en 1990 se fundó el Comité Coordinador de las Cinco Federaciones, se sumó posteriormente una más, constituyendo la actual organización sindical, basada en seis Federaciones con sus respectivas centrales y sindicatos. (Potter en Zegada *et.al*, 2008:39-40).

“hoja sagrada”, logrando articular una voluntad popular nacional²⁹ que interpeló al modelo económico e institucional. De la alianza entre sindicatos campesinos cocaleros con los indígenas del oriente, surgió un nuevo sujeto político: el movimiento “campesino-indígena”, el cual buscaba promover la conformación de un instrumento político en el que participen este amplio y heterogéneo conglomerado de sindicatos, de movimientos indígenas y campesinos (Do Alto, 2007:72).

El surgimiento de estos actores (de los indígenas del oriente y de los cocaleros) fue la muestra de la continuidad y permanencia del ideario de la indianidad legado de la corriente katarista, que en el afán de reivindicar revalorizar las características étnicas de los indios bolivianos, mantuvieron su resistencia a veces invisible y otras veces real para lograr el resquebrajamiento de un sistema de discriminación y exclusión. En efecto, la marcha de la CIDOB implicó el reconocimiento del carácter multicultural del país, del carácter heterogéneo del movimiento indio en Bolivia y con la fuerza y la resistencia del movimiento cocalero se consolidó un nuevo momento sindical con efectos amplios para el resquebrajamiento del modelo neoliberal y para constitución del partido más importante del siglo XXI, el Movimiento al Socialismo, partido que encabezaré un *proceso revolucionario de Refundación Estatal* a partir del año 2006.

1.4 El MAS- IPSP el partido para la Revolución del siglo XXI

Como resultado de la promulgación de la Ley de Participación Popular³⁰, surgió desde las bases populares la iniciativa de crear un movimiento organizado que intente llegar a los

²⁹ Los productores de coca llamaron a diferentes sectores a luchar por la hoja de coca como instrumento de liberación religiosa y cultural, afirmando que el consumo de la hoja de coca formaba parte de las tradiciones nacionales (Van Cott, 2005:59).

³⁰ La Ley de Participación Popular fue decretada en Bolivia en 1994. Con esta ley se otorga una relativa autonomía de gestión pública a los municipios urbanos y rurales, que recién fueron creados. Las formas de

gobiernos municipales y porqué no al gobierno nacional. Es así que a través de la articulación de un complejo movimiento campesino- sindical³¹, se logró para 1995, la creación del “Instrumento Político” denominado Asamblea por la Soberanía de los Pueblos (ASP), posteriormente Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (IPSP), liderado por Evo Morales. Este instrumento adoptó siglas de partidos políticos – primero de la izquierda Unida y luego del Movimiento al Socialismo (MAS), para participar en las elecciones municipales y también en elecciones nacionales. “Cualquiera que haya sido la motivación para crear el ASP, es evidente que la descentralización municipal de 1994 -en un país en el que anteriormente la mayor parte de las áreas rurales no tenían un gobierno local formal elegido ni designado- hizo la actividad electoral más viable, creando una plataforma desde la cual luchar por una representación nacional en 1997” (D. Van Cott, 2005:42).

A todo lo anterior es necesario sumar el ciclo de las luchas colectivas que se desataron en los albores del siglo XXI y que abrieron paso a la transformación de la correlación de fuerzas entre la sociedad y el Estado. En rigor, en abril del año 2000, se desató en Cochabamba la denominada “Guerra del Agua” que tenía como fundamento rescindir un contrato de privatización del servicio de agua. Posteriormente, en septiembre del mismo año se vivió otro agudo conflicto “organizado por la CSUTCB liderizada por el indígena Felipe Quispe. En junio de 2001 se produjo un bloqueo de caminos de carácter nacional y en febrero de 2002 se levantaron los sectores cocaleros. El 2003 fue uno de los momentos de mayor descontento popular; en ese año se desató el denominado “febrero negro” y en

organización social de los pueblos indígenas adquieren también, por primera vez, un reconocimiento jurídico, así como determinados derechos de participación a nivel local. Sin embargo, Raquel Gutiérrez y Álvaro García Linera sostienen que esta ley condujo la parcelación de las “asociaciones y vínculos comunitarios y populares existentes, imponiendo formas de control y gestión del territorio más manejables para tecnócratas y administradores públicos y privados” (2002:17).

³¹ Participaron de este la CSUTCB, La Coordinadora de Pueblos Étnicos de Santa Cruz (CPESC), la central Indígena de Pueblos del Oriente Boliviano (CIDOB) y la Federación Nacional de Mujeres Campesinas de Bolivia Bartolina Sisa (FNMCB-BS) (Do Alto, 2007:75)

septiembre y octubre la “Guerra del Gas”, levantamiento contra la venta del gas a Estados Unidos por puertos chilenos y demandando la instauración de una Asamblea Constituyente, que terminó con la expulsión de la presidencia y del país del Presidente Gonzalo Sánchez de Lozada. Así también en enero de 2005 se levantó la ciudad de El Alto por la salida de la empresa privada *Aguas Del Illimani* y en mayo- junio de ese mismo año la población se movilizó para lograr la renuncia de la presidencia de Carlos Mesa.

Como no podía ser diferente, toda esta ola de levantamientos populares, volvió a despertar viejas ideas como: la posibilidad de una guerra de razas, el temor a la invasión indígena en las ciudades, la necesidad de una mayor educación en los indios y campesinos, entre otras; ideas que circularon entre los sectores mestizos, particularmente en los intelectuales de la prensa escrita (Torrez, *et.al*, 2010); y que a más de estigmatizar estos sucesos, se negaban a afirmar que indios y campesinos estaban poniendo en entredicho las políticas de ajuste estructural y que se estaban convirtiendo en los actores protagónicos del nuevo proceso que plantea la reconfiguración del Estado boliviano.

En consecuencia, con la potencia de las acciones colectivas y con el debacle de los partidos políticos tradicionales, se consolidó el éxito del MAS-IPSP. La muestra más elocuente de esto fue la hazaña electoral del año 2002 y el insólito triunfo de Evo Morales en las elecciones de 2005³². Este vertiginoso ascenso de votación entre 2002 y 2005 se debió principalmente a que el partido de Morales, logró incorporar con éxito varios elementos discursivos que estaban presentes en la palestra sociopolítica, tales como la crítica dura al modelo neoliberal, enarbolar la idea del cambio social, ratificando la opción de favorecer a los sectores empobrecidos, reivindicar las luchas coloniales, las prácticas culturales y la

³² El año 2002 Morales consiguió el segundo lugar en la elección presidencial con el 21% de la votación, alcanzando además 36 diputados en el Congreso. Asimismo, las elecciones presidenciales de 2005 dieron una amplia victoria a Evo Morales con el 54% de la votación total (F. Freidengerg, 2008:208).

defensa ineludible de la identidad de los distintos pueblos indígenas de Bolivia; así, el MAS se convirtió, en el “partido de los movimientos sociales”

Es así que para enero de 2006 y con el posicionamiento de Evo Morales como el primer presidente indígena de Bolivia, se consolidó el proceso de la Revolución Democrática-Cultural. El horizonte político-ideológico de este nuevo proceso revolucionario, se sintetizaba en las vertientes del pensamiento indianista, que plantea la descolonización del Estado y la reivindicación de las identidades étnica-culturales, en efecto, “el indianismo que propone Evo Morales es ante todo cultural, por ellos puede convocar a sectores más amplios de la nación para incluirlos en un proyecto renovador” (García Linera, 2006: 27). Sin embargo, “el evismo” a través de su práctica y discurso político, se abrió a blancos-mestizos, indígenas, campesinos, obreros, bajo la premisa de organizar un nuevo proyecto que tenga como base otra vez la nación (*idem.*); estas caracterizaciones van a dar también la esencia de lo nacional-popular a este gobierno, el cual enarbola la soberanía nacional frente a la intromisión extranjera, la recuperación de los recursos naturales en manos del Estado; se trata en rigor de un planteamiento que apunta a la recuperación de la identidad nacional a través de un discurso radicalmente antiimperialista. Otra vertiente que advierte García Linera (2006) es la del sindicalismo y el marxismo, para con esto plantear la consecución de la revolución socialista.

A pesar de que Evo Morales concentraba la figura del proceso revolucionario, los cambios estructurales que comenzaron a realizarse en su primer año de gestión, fueron la respuesta a la presión y participación de obreros, campesinos e indios en el terreno político. Una señal de esto se dio el 1° de mayo de 2006, cuando se lanzó el Decreto Supremo 28701 de Nacionalización de los Hidrocarburos, el cual señala que las empresas petroleras se ven obligadas a entregar toda la producción de hidrocarburos a Yacimientos Petrolíferos Fiscales

Bolivianos (YPFB), institución que define las condiciones de comercialización en el mercado interno y para la exportación. Otra de las medidas fue la denominada “Revolución Agraria”, lanzada el 3 de agosto del mismo año, que consistió fundamentalmente en la expropiación de tierras improductivas que no cumplían una función económico-social para entregar a quienes no las tienen. Y uno de los pasos que marcó el proceso de cambio del MAS, en sus primeros tiempos, fue la instauración de la Asamblea Constituyente el 6 agosto de 2006 con la que se pretendía refundar el país, moldear un Estado más equitativo, defender los recursos naturales y acabar con el modelo neoliberal.

Lo novedoso de este proceso político es que por primera vez, líderes de organizaciones sociales, empleadas domésticas, obreros fabriles, entre otros, formaron parte de los altos cargos del organigrama del partido; “los rostros que aparecieron en el Palacio Quemado eran sin duda conocidos [pero] no era costumbre verlos en ese *lugar* de poder” (Do Alto, 2007: 95). Evidentemente, la presencia física directa de representantes de las organizaciones y movimientos sociales provocó un viraje simbólico importante por la nueva forma de relacionamiento de éstos con el Estado; empero este fenómeno de participación directa de las organizaciones en las estructuras gubernamentales, han conducido a un “relacionamiento mediado por el prebendalismo, traducido por ejemplo, en cuotas mensuales otorgadas por el gobierno a los movimientos sociales” (Zegada *et.al.* 2008:71). Es así que la apropiación de la conducción política por aquellos movimientos sociales que condujeron al triunfo del MAS, encontraron una amplia subordinación al proyecto político del partido por la distribución de cuotas de poder. En todo caso el riesgo de la cooptación por parte del gobierno a dirigentes sociales, fue un situación y un riesgo permanente mientras el MAS permanezca como el instrumento de vinculación con las organizaciones obreras, indígenas y campesinas.

Aún así lo cierto es que el movimiento indígena-campesino y en sí todos los sectores populares, constituyeron una vez más el verdadero sostén del proceso revolucionario embanderado por el MAS. La acumulación de fuerzas que tienen como referencia la larga historia de luchas sociales en contra del dominio colonial, llevó a que estos sectores excluidos históricamente de la política nacional, representen y lleven adelante la conducción política del país; lo que significó en definitiva, un válido proceso de democratización social de poder político.

Como se pudo apreciar, la Revolución Nacional de 1952 y la Revolución Democrática-Cultural de 2006 son dos acontecimientos de gran trascendencia para la historia de Bolivia, ya que evidencian que la presencia y participación de los sectores obreros, indígenas y campesinos en el terreno de la política nacional, se han convertido -a través de sus luchas reivindicativas- en importantes sujetos políticos portadores de transformación. Pero además, ambos periodos revolucionarios nos permiten comprender que estos sujetos al atravesar por procesos de sumisión, negociación, resistencia y visibilización, fracturaron las tradicionales formas de encaminar la política y abrieron paso a la posibilidad de desarrollar distintas formas de hacer política de características más inclusivas; esto provocó no sólo la reconfiguración de los espacios institucionales, sino que también produjo la constitución de *otras* construcciones discursivas-ideológicas, enmarcadas dentro de la combinación de lo que es la tradición nacional-popular con la indianista; ejes político/ideológico/discursivos a través de los cuales se articularon las demandas y la heterogeneidad de actores sociales presentes en Bolivia.

CAPITULO II

OBREROS, INDIOS Y CAMPESINOS EN LAS LETRAS DE LOS INTELLECTUALES DE LA PRENSA EN 1952

El año 1952 se constituyó en uno de los momentos más significativos de la segunda mitad del siglo XX debido a que dio lugar a que el escenario social, político y económico sea profundamente trastocado; 1952 representó el punto de llegada de una etapa anterior y el punto de partida para la construcción de una nueva realidad social. Este quiebre que se produjo en el 52, marcó *otras* maneras de pensar y concebir el país dentro de las distintas estructuras y espacios de la sociedad, entre los cuales resalta la prensa escrita, un lugar desde donde se (re)configuraron, se informaron y opinaron los hechos sociales producidos a lo largo del periodo revolucionario.

Es por eso que el presente capítulo tiene como objetivo conocer cómo los periódicos de la época – a través de los editoriales, artículos de opinión e información- (re)presentaron el periodo revolucionario de 1952, centrando esencialmente la atención en los actores sociales que hicieron posible este acontecimiento, me refiero específicamente a los sectores populares: obreros/indígenas/campesinos, dada la importancia socio-política que revistieron estos sujetos en la configuración del *Estado del 52*. Para este fin, se recurrirá al periódico *Los Tiempos* y a *El Diario* para con ellos diseñar los principales ejes temáticos a través de los cuales giró el análisis y la discusión periodística en el primer año de la Revolución Nacional.

2.1 La Nación y el Pueblo boliviano: dos ejes de reflexión

El golpe contra la oligarquía planificado por el MNR que estalló el 9 de Abril y prosiguió durante dos días más, fue como dijo el periódico *El Diario*, una “[...] lucha sin

precedentes en la historia revolucionaria de Bolivia” en la cual la participación de trabajadores mineros y del pueblo en su conjunto, fue fundamental para el triunfo revolucionario (12.04.1952:3). Con los actores y un movimiento revolucionario ya consolidado, lo que seguía era emprender la consolidación del nuevo Estado. Bajo esa idea, la prensa escrita comenzó a informar y reflexionar sobre la configuración de esta nueva nación y para esto, el eje que atravesó su tarea periodística, giró en torno a la “Nación” y su vinculación con la reivindicación del “Pueblo” sojuzgado por las potencias extranjeras y principalmente por las fuerzas internas representadas en la “rosca minero-feudal”.

La euforia que desencadenó la insurrección popular con su correlato nacionalista, se expandió a las páginas de la prensa, sobre todo y en un primer momento, a través de la difusión de los discursos oficiales y de los principales líderes de la revolución. Así lo muestran las notas que ofrecen el periódico *El Diario y Los Tiempos*, a propósito del arribo del Paz Estenssoro a la presidencia de Bolivia.

El primer problema que se debe resolver es el de la alimentación. Después emprenderemos el de la nacionalización de las minas [...]. Luego trataremos de solucionar el problema agrario, haciendo desaparecer el sistema feudal que rige en Bolivia. [...] El impulso que se dará a la enseñanza pública tendrá que ser muy grande, porque hasta el presente se ha mantenido al pueblo boliviano en la ignorancia, con evidente designio de la Rosca que fomenta esa ignorancia. [...] Necesitamos llevar adelante un plan que asegure una Nación plena, libre y con todas sus necesidades satisfechas (LT, 16.04.1952:5).

Así también, el vicepresidente Hernán Siles Suazo expresaba: “[...] Sólo os ofrecemos, trabajo honesto y sacrificios para reconstruir esta pobre nación que se halla deshecha por sus malos hijos. [...] No sólo vamos a hacer un gobierno de remiendos, sino un gobierno de transformaciones estructurales [...] que pondrá en alto los valores de Bolivia como una nación rica, soberana e independiente” (ED, 17.04.1952).

A nombre del proletariado minero, el secretario ejecutivo de la Federación Sindical de Trabajadores (FST) Juan Lechín, también hizo sus declaraciones para la prensa, señalando:

[...] Por encima de los designios de la Rosca que estrangula desde hace sesenta años nuestra economía, hoy se ha fundido en abrazo trabajador la vanguardia del MNR, el Ejército Nacional patriota y el Cuerpo de carabineros demostrando categóricamente que sobre el poder del dinero que embota y enceguece la conciencia, está la clara –percepción del pueblo que sabe a costa de hambre, muerte y miseria que su mejoramiento social, económico y cultural sólo puede advenir con la destrucción de la Rosca Minera.

Las minas que amasaron durante siglos la fortuna de magnates extranjeros, son desde hoy, por heroico mandato de los bolivianos, la piedra inicial de la soberanía nacional (LT, 15.04.1952:2).

El discurso del nacionalismo revolucionario, centrado en la independencia y soberanía económica, política y social, como elemento fundamental para el desarrollo nacional, apuntalado por el MNR, fue incorporado en las páginas de los periódicos no sólo con la intención de informar sobre el nuevo acontecer político, sino también con el afán de hacer suya la retórica discursiva de la construcción nacional. Por ejemplo, en la página editorial del periódico *El Diario*, bajo el título *Hacia la liberación nacional*, se lee que “[...] a pesar de que Bolivia fue siempre un país obediente y dependiente de los poderes extranjeros, [ahora] transita por un momento de liberación nacional. [...] para lograr forjar la auténtica nación el país debe liberarse de todos los yugos y con eso levantar la esencia del pueblo boliviano (ED, 18.05.1952:3).

Asimismo y por el mismo medio, Luis Siles escribía: “[...] el pueblo boliviano viene librando años de cruentas luchas contra un poder que parecía invencible. [Después] de toda una historia de sometimiento [...] Bolivia recupera su libertad y emprende el camino para fraguar una nueva nación [...] para los verdaderos habitantes que esta prodigiosa tierra engendró” (ED.13.05:1952: 2).

En una dirección parecida, con el rótulo de *Novedad Revolucionaria*, una nota periodística que aparece en *Los Tiempos* advierte que para que Bolivia se constituya en una verdadera nación, debe como primera condición liberarse de cualquier fuerza represiva y dar la “seguridad a los hombres [...] de que podrán vivir y trabajar en la tierra que les vio nacer” (LT, 16.04.1952:5).

Entre tanto, Raúl Vargas, articulista del mismo periódico, señalaba: “A un mes de la victoria revolucionara de Semana Santa [...] el gobierno del MNR tiene que emprender la labor de recuperar y reforzar el sentimiento nacional, la bolivianidad. [...] Es imperioso que de señales al mundo de que Bolivia es un país que se levanta y se construye con sus propios elementos” (LT, 12.05.1952: 4).

Todas estas referencias señalan que pensar en la “nueva nación” significaba para ambos medios, exaltar la historia política de las luchas populares libradas contra el dominio y el poder de los sectores oligárquicos; implicaba reconocer que las fuerzas antinacionales que habían devastado al país, no sólo eran potencias extranjeras, sino también nacionales y que correspondía a los sectores populares recuperar y hacer suyos los recursos del Estado. Es por eso que nociones como soberanía, libertad colectiva, dirección y manejo de la propia economía, desarrollo y construcción de la bolivianidad, entre otras, eran ideas que articulaban el discurso de *nación* propalado desde el gobierno *emenerista*, y desde los periódicos *Los Tiempos* y *El Diario*; estas ideas hicieron que ambos periódicos se constituyan en los medios a través de los cuales se representó *la nación imaginada* (Anderson, 1993), una nación que incluía o asimilaba –discursivamente- a toda una *sociedad abigarrada* (Zavaleta, 1997).

Ahora bien, la retórica discursiva sobre la construcción nacional estuvo fuertemente emparentada con la categoría de “Pueblo”; entendido este como una colectividad social

indiferenciada que fruto del reconocimiento de las frustraciones políticas, de los fraudes y explotaciones por parte de la oligarquía, decide participar de la política nacional para construir su propia historia. Este “despertar político” del pueblo, del “sujeto nacional revolucionario”, como lo denominó Fernando Mayorga (1993), llegó a ocupar un sitio importante tanto en el quehacer político-discursivo del MNR, como también en los relatos periodísticos, especialmente en los primeros tiempos de la consolidación del proceso revolucionario.

Se puede deducir que dicha categoría, estuvo asociada con los vastos sectores subalternizados de la sociedad boliviana, es decir, indígenas, campesinos, obreros y clases medias empobrecidas; abarcaba a los sectores históricamente relegados de la vida nacional, que por supuesto se diferenciaban de la oligarquía boliviana, pero que sin mayor explicitación fueron presentados en los textos periodísticos únicamente bajo el rótulo de *pueblo*.

Entonces, sobre la base de la reivindicación del “pueblo boliviano”, comenzaron a desprenderse desde la prensa escrita una serie de planteamientos discursivos -a través de la acogida de las alocuciones de líderes oficialistas y dirigentes sociales, como también por medio de reflexiones y discusiones políticas-ideológicas de los intelectuales de los periódicos- que ponían en el centro a este *sujeto revolucionario* como la representación de la nación. A las citas anteriormente expuestas, en las se advierte esta categoría, se adhieren algunas otras más.

Se decía con regularidad que la liberación del pueblo sojuzgado era una de las condiciones que aseguraría la independencia de Bolivia; en efecto, Alfredo Candia G. se apoyó en este postulado para redactar el artículo *El Pueblo se levanta*.

[...] un pueblo con hambre sin educación y víctimas de sangrientas represiones cada vez que quiso cumplir su destino tenía que rebelarse algún día. Y he aquí esa rebelión hecha de carne de obreros [...] dispuesta a hacer la guerra a sus opresores [...] El pueblo boliviano ha despabilado ahora su conciencia sobre la realidad nacional [...] proyectar los destinos patrios descansa en el entendimientos entre bolivianos para forjar una nación propia (ED, 21.04. 1952: 4).

Así también, Pablo Cardona en *Autopsia de la Revolución*, se preocupó por enfatizar el protagonismo del pueblo boliviano no sólo en la revolución de abril, sino también en los distintos escenarios históricos donde el pueblo ha enfrentado violentas batallas contra los poderes establecidos.

En La Paz venció el pueblo, el triunfo revolucionario y lo caminos labrados hasta ahora son fruto del pueblo revolucionario de Bolivia; [es] un pueblo que se levanta en armas proporcionadas por su propia decisión, que se bate en las barricadas, calles y plazas. Queda palmariamente demostrado que el pueblo es invencible, [...] en nuestra historia republicana que consta de 22 gobiernos militares y quince civiles, se puede comprobar que Melgarejo fue vencido por el pueblo; Morales, Belzu, Ballivián, etc, fueron “desposeídos” por la fuerza civil en acción. [...] Aún en las simples “operaciones en descubierta” decálogo militar, el pueblo supo ofrecer mayor celeridad, mayor agilidad combativa y mayor perspicacia guerrera. El pueblo revolucionario de Bolivia es la fuerza propulsora de la construcción de la nación (LT, 10.05.1952:4).

De la misma manera que con el tema de la nación, los periódicos se dieron a la tarea de difundir ampliamente los discursos oficiales, en los que por supuesto se resaltaba la centralidad del pueblo boliviano para el triunfo y consolidación de la revolución nacionalista. Por ejemplo Hernán Siles Zuazo comentaba: “este es un movimiento plenamente democrático movido por la gran mayoría del pueblo boliviano, sin ninguna concomitancia con partidos foráneos ni mucho menos con el partido comunista. Responde este pronunciamiento al espíritu de la bolivianidad” (ED, 11.04.1952:2). Víctor Paz Estenssoro declaraba: “El pueblo ha vencido después de librar cruenta y heroica lucha armada por el rescate de sus fueros desconocidos, por quienes detentaban indebidamente el poder. [...] El triunfo del pueblo es la culminación de una réplica del pueblo boliviano a 50 años de dominación de los grandes y

poderosos consorcios mineros” (ED, 15.04.1952). Así también Juan Lechín decía: “felicito hondamente emocionado al pueblo que se ha hecho hoy dueño de sus propios destino, y que ha dado a América una lección que recogerán los siglos como demostración de que en la breñas altiplánicas vive el indomable espíritu de la raza heroica [...] (LT, 15.04.1952:3).

La centralidad que se le otorgó a la categoría “pueblo” ya sea a través de la difusión de los discursos de los líderes o por medio de reflexiones particulares de los editorialistas articulistas, anunciaba algo que es necesario resaltar; y es el hecho de que este “pueblo boliviano” al que se hace referencia en ambos periódicos, es un sujeto que no se construyó en el transcurrir histórico de manera pasiva. Ante las (persistentes) opresiones a las que fue sometido en los distintos momentos de la vida republicana, fue desarrollando distintas prácticas subversivas que constantemente alertaron, amenazaron y atemorizaron a patrones y a regímenes políticos; en definitiva, el rol que desarrolló el “pueblo” en la lucha por sus reivindicaciones sociales, político-económicas, pasó por una dinámica constante difícil de eludir y menos por los intelectuales laboristas de la prensa que siguieron de cerca cada uno de esos momentos.

Todo esto lleva a afirmar que tanto la categoría *Pueblo* como la de *Nación*, se constituyeron en dos ejes discursivos en los que se apoyaron los editorialistas/articulistas de *Los Tiempos* y *El Diario* para representar el momento de quiebre y transformación económico y sociopolítico por el que atravesaba Bolivia en la etapa posterior a la insurrección de Abril. Pero es importante hacer notar que ambos términos no señalaron de forma específica, por ejemplo, cuáles fueron los rasgos propios de este pueblo o quiénes concretamente estaban incluidos o excluidos de este categoría; de igual modo la noción de nación al estar articulada únicamente a concepciones o valores políticos (como la libertad o soberanía) se desligó por ejemplo de elementos que consideren las cuestiones culturales

como núcleo de identidad nacional; estas características hicieron que los dos periódicos -de manera bastante similar- aprecien el nuevo momento histórico, desde una retórica discursiva bastante abstracta.

Sin embargo, muy pronto y fruto de la presencia de sectores populares concretos, como los obreros-mineros y los campesinos de las zonas rurales del país, demandando medidas reales - como la nacionalización de las minas y la reforma agraria- que efectivicen la construcción de una “Bolivia, libre y soberana” darán a los discursos de los periódicos matices particulares y develarán su mirada frente al proceso revolucionario.

Pero para esto, antes es imperioso conocer el lugar desde el cual *Los Tiempos* y *El Diario* opinaron sobre las dos principales medidas políticas enarboladas por el nacionalismo revolucionario: la nacionalización de las minas y la distribución territorial vía reforma agraria, ya que en torno a estas medidas políticas, girará la presencia y participación activa de los sectores populares en el escenario político boliviano.

Si bien es cierto que ambas reformas eran consideradas por esos periódicos como el vehículo de transformación de las condiciones sociales y económicas en Bolivia, la novedad que traían consigo esos temas, no dejó de convertirse en una fuente de zozobra intelectual. Esto se pudo evidenciar por ejemplo en la página editorial del periódico *El Diario*, donde a tiempo de analizarse las distintas facetas de la revolución nacional, se advertía sobre los posibles derroteros a los que conducirían dichas reformas políticas. Sobre los aspectos técnicos de la transición -de las minas- de lo privado a lo público, se reflexionaba:

[...] se anunció que serán contratados servicios de expertos internacionales y acaso, durante la primera etapa se conservarán en sus servicios los hombres que manejan y han manejado aquellos negocios, en servicio de los propietarios privados. El tránsito de la industria privada a la industria nacionalizada podría ocurrir sin tropiezos de mayor consecuencia, si las cosas son preparadas con previsión y espíritu profesional (ED, 23.06.1052).

Se difundió otra nota periodística que trataba sobre los devastadores efectos que traía consigo la revolución para la exportación de estaño y las consideraciones que debían tomarse sobre la nacionalización de las minas. En este texto se lee: “[...] La nacionalización conviene advertirlo, no es para las naciones menesterosas. Tal como la palabra suele emplearse, es una locura en la que ni siquiera las naciones ricas pueden darse el lujo de incurrir”. Seguidamente se advierte que Bolivia está lejos de ser una patria próspera si se da a la tarea de nacionalizar sus minas, sobre todo porque esa medida aparta a las fuentes de ingresos económicos.

[...] convendría al nuevo régimen- lo creemos- darse cuenta de que está alejando a importantes inversionistas extranjeros. Esta es una desventaja y no puede ser eludida. El capital siempre sensible, solo puede ser atraído por dos consideraciones: seguridad y recompensa. [...] y la palabra nacionalización no goza de simpatías en los países inversionistas. [...] El problema que confronta el pueblo boliviano es terriblemente serio (ED, 07, 05,1952: 9).

Otro tema que fue considerado en las reflexiones de este periódico, fue el concerniente a la intervención de los obreros en la administración de las empresas mineras nacionalizadas. Referente a esto, se decía:

[...] El gobierno del MNR ha dado un ejemplo notable al admitir el control obrero en las minas nacionalizadas. Es indudable que esta admisión se debe a la iniciativa del Presidente de la COB, [pero] es necesario tener conciencia de nuestra propia fortaleza y de nuestra debilidad. El peligro está en que la nacionalización de las minas puede ser mal conducida y destruida desde dentro mismo de la revolución. (ED, 02.10.1952).

Mientras, en las páginas de *Los Tiempos* se leía: “la política que se trata de esgrimir es nada menos que la nacionalización de las minas, brasa de fuego que puede ocasionar el incendio de nuestra democracia. [...] Las minas necesitan importantes inversiones del capital extranjero para poder seguir existiendo. [...] Que el monopolio de las minas concentrado en

pocas manos, no pase a ser monopolio de los que ahora ocupan el poder gubernamental” (LT, 22, 05,1952: 4).

Por otro lado, David Mendoza, en su artículo *Lo que le interesa al pueblo*, publicado también por el mismo periódico, enfocando su análisis en el tema de la nacionalización de las minas, deja entrever una suerte de esperanza e inquietud sobre los posibles resultados que desencadenaría esa medida.

[...] las minas- las ricas minas de Bolivia que dan millones de dólares; en manos del Estado, convertirán esos dólares en maquinas y en caminos, en escuelas y hospitales, pan, salud, trabajo, orden, disciplina, amor y paz con su titánica potencia o es que solo ha de cambiar amos que en vez de tres serán trescientos o tres mil...? Está el pueblo preparado para administrar esta gran hacienda que Dios le pone en sus manos? [...] esa fortuna que no benefició a Bolivia en nada por más de medio siglo y más bien la anarquizó económicamente, ¿se transformará en plasma vital para resucitar al pueblo boliviano?

El gobierno de Paz Estenssoro, heroico por su sacrificio nacionalista ¿será el medio que haga este milagro, o sus recetas irán al canasto de los burós estalinistas...? (LT, 23, 10.1952:4).

Lo que estas citas dejan ver es que ambos medios centraron su preocupación y atención en los agentes extranjeros, ya que éstos eran considerados importantes no sólo para lograr una forma acertada en la transición de las empresas mineras de manos privadas a la administración del Estado, sino que su intervención era vista como necesaria para dotar al país de mayores ingresos económicos. Por otro lado y aunque los textos no lo muestran explícitamente, podría decirse que existió también una suerte de recelo en otorgar potestad a los obreros para la administración de las minas estatales; la inquietud se centraba fundamentalmente en saber si estos sujetos estarían en las condiciones y tendrían la suficiente capacidad para realizar esa tarea o más bien terminarían ocasionando efectos adversos a lo que se planea con la medida nacionalizadora. Con todo esto se puede decir que la preocupación giró entrono a la capacidad que tenía –o no- el Estado para hacerse cargo de las minas.

De la misma manera, los planteamientos sobre la reforma agraria fueron causantes de importantes perturbaciones pues “como se ha revelado por organismos vinculados a las corporaciones rurales, las huelgas de brazos caídos y las agitaciones a que se han consagrado los núcleos indígenas, han causado la pérdida de elevado porcentaje de cosechas” e incluso, por la proliferación y el amplio alcance que estaban teniendo las revueltas indígenas en las áreas rurales, se comenzó a plantear la posibilidad del inicio de una guerra de tipo racial (ED, 23.06.1952). El anuncio de la “revolución agraria” indudablemente estaba configurando un panorama amenazador, es por esto que desde *El Diario* se recalcaba que las reformas de la tenencia de las tierras no deberían significar “desencadenamiento de una ola de violencias, porque revolución no es destrucción, ni despojo ni venganza; revolución es la substitución de lo malo con lo bueno, de lo anticuado e ineficiente, con lo moderno y eficaz; para realizar esto, lo menos apropiado y aconsejable e la violencia. (ED, 24.09.1952: 4)

Entre tanto, *La reforma agraria proyectada en Bolivia*, artículo que analiza las incógnitas que puede desencadenar la distribución de las tierras con la reforma agraria. Bajo las iniciales F. de PE, el articulista anunciaba:

[...] La reforma agraria enunciada no explica, sino verbalmente, los fundamentos de la explotación campesina llevada a cabo por terratenientes en Bolivia, pero, no señala ni someramente, los objetivos de una realización inmediata. [...] En posesión los campesinos de la tierra labrada y despojados sus propietarios de su acervo económico. ¿Cómo se llevará a efecto la reforma agraria? ¿Sobre qué bases? ¿Parcelación obligada o entrega simplemente a los campesinos de las tierras aptas para el cultivo? [...] el simple enunciado revolucionario no contempla la cuestión étnica de nuestros campesinos, su modalidad, su avaricia innata, su poca especialización en los sistemas de labranza y del uso de transportes [...] La reforma agraria no es un postulado político, que viene y pasa, es una concepción social y económica que no puede ser resulta sino con profunda versación del problema (LT, 24.04.1952:4).

Así también, *El Diario* reflexionó sobre las distintas modalidades del uso de la tierra en las diversas regiones del país, lo que suponía uno de los problemas para la realización de la reforma agraria. Entre las partes más salientes del texto editorial se señalaba:

[...] En Bolivia no es uno el problema agrario son varios [...] Lo que conviene al Altiplano, posiblemente no beneficia a los valles de Cochabamba, Tarija, Sucre; ni lo que se piense para éstos, podrá aplicarse a las regiones orientales.

[...] En Bolivia sin embargo, el latifundio hasta ahora es inocuo; sólo tiene importancia en los títulos de propiedad. Hay más tierras que labradores; y muchos más terrenos que individuos que deseen dedicarse al agro [...] lo que significa que realizar una reforma agraria es una tarea de poca trascendencia (ED, 25.00.1952:6)

En consecuencia, la significancia que traía consigo el anuncio de la reforma agraria, hizo que desde la prensa escrita se imprimieran distintas percepciones; entre ellas se puede apreciar que la reforma representaba, más que el impulso para la restauración de los derechos territoriales de las poblaciones indígenas/campesinas, una oportunidad para desarrollar y modernizar la economía proveniente del agro. Así también, con la promulgación de dicha reforma se ponía en cuestión la capacidad de los indígenas/campesinos para hacer producir la tierra sin la dirección de aquellos –propietarios- idóneos en, por ejemplo, los sistemas comerciales o de transporte. No obstante, la última cita presentada, es interesante porque intenta hacer ver la servidumbre y latifundio como un problema inexistente en realidad boliviana; sin embargo, la preocupación por los disturbios que estaban ocasionando las agitaciones indígenas en contra los hacendados, pone en entredicho esa idea.

En suma, se puede decir que la nacionalización de la minas se convirtió en una preocupación principalmente porque las minas, en adelante serían administradas por el Estado y controladas concretamente por los obreros, hecho que ponía en riesgo la relación con potencias externas e internas. Además esta medida nacionalizadora significaba que la distribución de los recursos generados por las empresas mineras serían distribuidas de

diferente manera, lo que hacía que el poder de los anteriores empresarios mineros sea absolutamente sepultado.

Por el lado de la reforma agraria, ésta se convirtió en un tema inquietante porque de hecho, el problema de la tenencia de la tierra en Bolivia fue un conflicto permanente y de larga data. La beligerancia entre la oligarquía hacendal y los indios/campesinos en la historia del país, constantemente giró en torno a la pugna por el dominio y ocupación de los territorios; es por esta razón que quizás no sea novedad que existiera resistencia a la hora de pensar en otorgar potestad o mayores beneficios territoriales a los sectores indígenas-campesinos; resistencia que aflora en los intelectuales de esos periódicos, aún más en un momento donde la amplia agitación campesina en las áreas rurales por la realización de la reforma agraria comenzaba a tomar fuerza como discurso gubernamental y como práctica política por parte de los indios y campesinos.

Todas estas anotaciones advierten que mientras se enarbolaba la construcción soberana de la nación boliviana enfrentada a los poderes oligárquicos de la rosca minero-feudal, en términos generales y abstractos y bajo un acuerdo o correspondencia con los planteamientos gubernamentales, en la realidad, estos discursos encuentra sus límites cuando se plantean los problemas concretos en el terreno histórico; es ahí donde surgen las discrepancias al momento de pensar las dos medidas centrales de transformación (la nacionalización de las minas y la reforma agraria) y los sujetos sociales- el “pueblo” que haría y serían parte de estas transformaciones.

Pero algo que es importante también anotar es que bajo la noción abstracta de “pueblo” obreros, indios y campesinos fueron excluidos o invisibilizados dentro de una imagen idealizada e incluso romántica de un “pueblo boliviano” immaculado, imaginado e inventado por el nacionalismo.

2.2 Personificación del “pueblo” y su relación con el “líder”

La retórica discursiva que se desprendió desde el nacionalismo y desde la prensa escrita en torno al “pueblo” como encarnación del *sujeto revolucionario*, dejó de ser un término abstracto y pronto estableció a actores sociopolíticos como referentes de ese “pueblo”. Este fue, en un primer momento, el movimiento obrero, específicamente la Central Obrera de Bolivia, que a decir de René Zavaleta (1977), se constituyó en la *síntesis de la sociedad civil*, por la gran capacidad que tuvo de contener a la nación boliviana durante el periodo revolucionario.

Esta poderosa organización obrera, no sólo dio lugar a que se erigieran importantes transformaciones reales, como fue la nacionalización de las minas sin indemnización y bajo control obrero, sino que también desempeñó un rol trascendental a la hora de dotar a los diversos sectores de la sociedad civil la experiencia de la organización sindical. Por medio de esta forma organizativa no sólo pudieron establecerse relaciones de comunicación y coordinación entre los distintos sectores sociales para la manifestación de demandas, sino que también permitió desarrollar una conciencia colectiva frente a la (nueva) realidad social (Tapia, 2002: 110, 127). Así y como correlato de la política de promoción sindical que emprendió la COB junto al MNR, la *forma sindicato* (García Linera, 2002) se constituyó en la forma organizativa más importante en el periodo de la revolución nacionalista, alcanzando una amplia proliferación³³ tanto en los centros urbanos como también en las áreas rurales. Y

³³ Estos son algunos de los encabezados informativos que permiten dar cuenta de la efervescencia sindical que vivía Bolivia en primer periodo de la revolución nacional: “Sindicatos de carpinteros y zapateros se pronuncian contra los especuladores” (LT, 14.04.1952:5), “La Federación Obrera Sindical rendirá homenaje a los obreros muertos en sucesos revolucionarios” (ED, 18.04.1952:4), “Incorporación de sindicatos bolivianos a la Unidad Sindical Latinoamericana” (LT, 23.04.1952:5), “Sindicato Ferroviario de F.C.A. B y B. R. C, ha renovado su directorio” (ED, 26.04.1952:5), “Sindicatos de peluqueros renueva directorio” (ED, 26.04.1952), “Sindicato de empleados de hoteles y ramas anexas ha renovado su directorio” (LT,13.05.1952:4). “La Asociación de Periodistas [...] plantea un estudio para que la Asociación vaya hacia el campo de la sindicalización (LT, 18.05.1952:3). “Se reorganiza el sindicatos de floristas” (ED, 17,05,1952), “el sindicato de sastres y ramas afines se pronuncia [...]”(ED, 22,05,1952).

fue especialmente en el campo que esta forma organizativa al tiempo de haberse convertido en una estrategia sociopolítica para demandar la realización de medidas como la reforma agraria, sirvió para que el movimiento campesino logre ser visibilizado como un sujeto político importante dentro del proceso revolucionario.

Entonces, la visibilización que alcanzó el movimiento campesino junto al movimiento obrero, hizo que ambos se conviertan en los actores sociales y políticos que personificaron y representaron al “pueblo boliviano”. Al menos así fue representado por la prensa escrita, pero hay que añadir que el tratamiento periodístico que se le dio a la presencia y participación de estos sectores en el quehacer político, fue vinculado con la figura protagónica del presidente Víctor Paz Estenssoro, convertido en el emblema del proceso revolucionario³⁴.

En momentos cercanos a abril Paz Estenssoro ocupó muchos espacios de la prensa escrita; se leía con regularidad: “Víctor Paz Estenssoro, regresó a su patria tras 6 años de exilio en la Argentina y comenzó a llorar de emoción al tributársele uno de los mayores recibimientos que se recuerda en el país [...] más de diez mil personas se consagraron en el aeródromo de El Alto (LT, 16.04.1952:4), “Con motivo de la llegada del Dr. Víctor Paz Estenssoro, paralizaron todas las actividades, la ciudad fue embanderada” (ED, 17.04.1952:3),”Paz Estenssoro, tiene el firme propósito de reconciliar a la familia boliviana y en ese sentido orientará sus primeros actos de gobierno”(ED, 25.05.1952:3), Víctor Paz Estenssoro tomó el juramento de “Fe Nacionalista” [...] dijo que está en contra de quienes creen que Bolivia es un país para explotación feudal” (LT, 06.05.1952:4). Asimismo, el protagonismo del presidente podía observarse en las multitudinarias concentraciones populares que se realizaban alrededor de sus llamamientos y discursos. Desde la prensa se informaba que “al son de pututus, varios miles de aborígenes – estiman más de 20.000-

³⁴ Lowell Gudmundson señala que en Bolivia, generalmente se encontró un “grado extremo de personalismo o caudillismo entre sus dirigentes, [...] todos los personajes importantes pueden ser culpados de este atributo o defecto, pero uno sobresalió entre ellos y es Víctor Paz Estenssoro” (2001: 25).

viajaron desde varias regiones del país para concentrarse en el departamento de Cochabamba [y] conocer en persona al jefe y líder máximo de la revolución nacionalista, estrecharle la mano y plantearle sus necesidades” (ED, 10.06.1952:2). Se mostró también que “tres mil campesinos ingresaron a la Plaza principal [de Sucre] dando vivas a Paz Estenssoro. [...] y llevando en hombros a los dirigentes del MNR (LT, 15.07.1952:3).

La adhesión popular que llegó a obtener Paz Estenssoro resultó de las “señales simbólicas de apoyo a las reivindicaciones campesinas y de [respaldo] a la organización de sindicatos rurales” (Gordillo, 2000:37), sumado al soporte que brindó al movimiento obrero en su lucha por la nacionalización de las minas. Estos elementos formaron la base de las relaciones que se establecieron entre Estenssoro y los sectores indígenas y campesinos, por un lado, y con el movimiento obrero, por otro; relaciones que serán representadas por los intelectuales de la prensa escrita bajo dos miradas distintas.

Del lado de sindicalismo obrero (representado en la COB, aliado a Juan Lechín, principal dirigente sindical, Ministro de Minas y Petróleos y representante del MNR de izquierda), los periódicos de la época proyectaron la relación de éste con el jefe del partido, con ciertos rasgos de horizontalidad y/o distanciamiento; es decir que si bien se mostró que la COB -como principal órgano sindical obrero- acompañaba y validaba la imagen de Estenssoro como el presidente de los bolivianos, no obstante, no llegó a exaltar ni enaltecer a la figura presidencial. Las muestras de esto pudieron verse, generalmente en la difusión que se hizo de las declaraciones de líderes obreros. Por ejemplo Luis Fernández secretario de relaciones del movimiento obrero advertía: “Nacionalizar las tres principales minas es el clamor de todo un pueblo [...] esta consigna se hará efectiva con la firme determinación del compañero presidente Víctor Paz Estenssoro, [...] que ha decidido acompañar a nuestra matriz [léase la COB] con esta reivindicación” (ED, 15.08.1952). Así también, Edwin Moller,

secretario de organización de la Central Obrera Boliviana, señalaba que “la posición de la COB no puede ser otra que la del centinela que cuida su revolución. [...] Manteniendo su independencia frente al gobierno del compañero Paz Estenssoro, debe empero apoyarlo y defenderlo. [...] Al mismo tiempo debe movilizar toda su potencia, presionar al gobierno, para que no se estanque y menos retroceda.” (ED, 15.10.1952:3).

De igual manera, el Secretario General de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, Sr. Mario Tórrez Calleja, hizo constar en forma enfática que deseaban mantener su independencia sindical, rechazando toda intromisión de autoridades políticas. “así como en el anterior régimen obrerista de Villarroel, hemos logrado mantener nuestra autonomía organizativa, ahora con mayor razón lo haremos para que el gobierno no se constituya en amo de la clase trabajadora, sino que se ponga al servicio de ella” (LT, 26.06.1952:5).

Entre tanto, Carlos Velarde, articulista de *El Diario*, redactaba:

La clase obrera boliviana, es sin duda, la más responsable y la que mayor conciencia revolucionaria tiene en todo el continente hasta la fecha. [...] Confiar la suerte de la principal industria boliviana, en manos de quienes amasaron las fabulosas fortunas de los tres magnates y de quienes, ahora están amasando el porvenir nacional, es confiar la Patria en buenas manos. Los obreros están haciendo posible una sociedad como la actual, en la cual, no solo el Control Obrero, sino la Nacionalización de las Minas, el voto Universal y la futura Reforma agraria, son posibles con el acompañamiento del Dr. Estenssoro (ED, 13,09.1052:5).

La horizontalidad que parecía haberse establecido entre el movimiento obrero y Estenssoro fue resultado del establecimiento del llamado “co-gobierno”, de la participación y representación de importantes elementos políticos pertenecientes al sector, al interior del gobierno del MNR, entre los que destaca Juan Lechín, figura obrera emblemática. Estos pueden haber sido los rasgos que hicieron que desde el sector obrero no se exaltara con tanto ímpetu la figura de jefe del partido; en sí, este movimiento obrero encarnado en la COB,

representó al igual que Estenssoro, una imagen altamente protagónica del proceso revolucionario. No obstante la imagen “neutral -horizontal” que dicen mostrar los diarios a la hora de referirse a la Central Obrera y a sus respectivos dirigentes, esconden tras de sí cierto recelo por el poder que los obreros tienen en sus manos para controlar y administrar el Estado.

Pero otra fue la figura que intentó plasmarse desde los periódicos de la época, sobre la relación que se estableció entre los sectores campesinos e indígenas con el presidente Paz Estenssoro. Para esto, los intelectuales laboristas de la prensa utilizaron no sólo notas de opinión, sino que también recurrieron a declaraciones de los principales líderes indígenas para advertir el posicionamiento de éstos frente al presidente.

El periódico *Los Tiempos*, realizó una entrevista al líder de la comunidad Bautista Saavedra, Antonio Mamani Álvarez, catalogado como “dirigente indigenista de mucha personalidad y cultura”. En la entrevista dicho periódico se preocupó por resaltar la absoluta oposición de este personaje y del grupo de campesinos que lo seguía con la postura del sindicalismo obrero:

Nosotros no somos comunistas y no estamos para nada de acuerdo con Lechín [...] Nuestro verdadero Jefe es Paz Estenssoro. [Además] les decimos a nuestros compañeros que ahora más que nunca tienen que trabajar las tierras, [...] que deben respetar a los patrones. Que no tomen venganzas propias, que no maten, que no saqueen. [...] No permitiremos abusos de los patrones, pero tampoco abusaremos nosotros” (LT, 18.09.1952:4).

Del mismo modo, luego de las gestiones realizadas por los sectores de la derecha del MNR para que los campesinos del Sindicato Agrario de Cliza del departamento de Cochabamba sean recibidos en el despacho presidencial (Gordillo, 2000:47), los representantes de dicho sindicato prestaron declaraciones a *Los Tiempos*, indicando:

“El Presidente de la República es muy bueno, nos ha obsequiado sus fotografías y estos libritos” nos dijeron Simón Aguilar y Nicanor Franco [...] Los representantes expresaron que se habían dirigido hacia nosotros inmediatamente después de retornar de La Paz, porque personeros del gobierno les instruyeron que a su llegada fueran a los diarios para hacer publicar sus impresiones e informar el resultado de sus gestiones.

“No hemos leído todavía estos libritos, pero nos han dicho que nos conviene saber lo que dicen”, agregan los representantes del campesinado, en tanto envuelven cuidadosamente en papel de diario las numerosas fotografías autografiadas del Presidente de la República.

Explica luego, Simón Aguilar que a tiempo de entregar un obsequio al doctor Víctor Paz Estenssoro, pronunciaron un discurso, comprometiendo el incondicional apoyo del Sindicato Agrario de Cliza al Movimiento Nacionalista Revolucionario; “[trabajaremos] por sostener siempre en el poder a nuestro compañero Víctor Paz Estenssoro, Jefe y Padre de Todos los trabajadores” señalan (LT, 25.06.1952:2).

Ambas manifestaciones además de combinar con el discurso nacionalista, eran discursos que tenían como objeto central, exaltar la figura de Paz Estenssoro como el máximo líder y jefe del proceso revolucionario. Con esto se muestra, siguiendo a Silvia Rivera, que el centro del poder era unipersonal y que el proceso de cambio estaba siendo conducido por un caudillo criollo-mestizo de edad madura, asumiendo que los ciudadanos que lo siguen –dirigentes y bases campesinas- no sólo refuerzan la subordinación al caudillo sino también una imagen de personajes “inmaduros” (menores de edad) (Rivera, 2005: 137-144).

Así también, aunque en menor proporción, desde *El Diario* se dio a conocer el vigor con el que se posicionaba la imagen del presidente de Bolivia en los espacios indígenas y campesinos. Por este medio se difundió una nota en la que se informaba el pacto de alianza suscrito entre el representante del Movimiento Indígenal Campesino de Bolivia con el jefe Ejecutivo del MNR. Ésta, además de señalar que el campesinado ofrecerá “el máximo de sus elementos habilitados como ciudadanos para efecto del voto por la fórmula del Movimiento

Nacionalista Revolucionario” resaltó que “para todos los indígenas y campesinos de Bolivia, Víctor Paz Estenssoro [es] el único líder y jefe la revolución boliviana”(ED, 10.12.1952).

Ahora bien, se dijo que dentro del aparato sindical que se había montado en el valle de Cochabamba, fueron dos líderes los que abanderaron este terreno: Sinforoso Rivas y José Rojas. Silvia Rivera (2003) sostiene que a diferencia de Rojas, Rivas entró dentro del fuerte andamiaje burocrático en la esfera del gobierno, lo que hizo que se convirtiera en un importante portavoz de todo lo que al partido concernía. Esto hizo que el líder sindical se constituyera en una fuente en el que se basó la nota editorial de *El Diario*, para mostrar la figura prominente de Paz Estenssoro como el jefe de la revolución.

Conforme habíamos anunciado publicar hoy algunos documentos relacionados con campesinos, que nos fueron proporcionados por los dirigentes, Sinforoso Rivas y Agapito Vallejos
En fecha 4 de noviembre fue enviado un extenso oficio al Presidente de la República en referencia a una intromisión del Fiscal General de la República, quien se habría conferido atribuciones en contra de los campesinos y la justicia, al enviar instrucción sobre la forma de “pacífica al agro” [...] el documento dice: “En cuanto al pretexto del gamonalismo de sembrar falsas alarmas sobre supuestas agitaciones y “huelgas” la Federación que representamos, empeña su palabra ante el compañero Jefe de la Revolución, ya que ella, más que ninguna otra institución está interesada en resguardar el orden y la paz en el agro y a que las labores agrícolas no se resientan en forma alguna. [...] se halla convenido de que los ‘agitadores’ nunca han sido los campesino, ni lo serán, ahora más que nunca ya que tenemos en el gobierno de la Revolución y en su Jefe a quien consideramos un segundo Bolívar” (ED.13.11.1952).

En suma, las referencias citadas permiten ver que la relación que se estableció entre el líder y el “pueblo” en el primer periodo de la revolución, tuvo matices discursivos distintos: uno referido al movimiento obrero, diferente al que habla sobre el movimiento indígena/campesino.

Desde los periódicos *El Diario* y *Los Tiempos* no se mostró a los obreros-mineros como sujetos que exaltaban o enaltecían la figura del presidente como “padre” “líder” o “jefe” del proceso político, más bien se los presentó con una mayor autonomía frente al

pazestensorismo. No ocurrió esto porque los obreros sindicalizados, representados en la COB, delinearon y decidieron-junto a los representantes del partido- las líneas de acción que debía desarrollar el gobierno del MNR. Hay que sumar a esto que dentro de la historia de esta organización existieron liderazgos políticos de mucha importancia y trascendencia como el de Juan Lechín, quien se constituyó en un referente ineludible de los obreros mineros particularmente. La imagen de este líder obrero y en sí, el protagonismo de la COB pudo entonces, ser equiparado con el de Paz Estenssoro por la significancia que le dio al proceso revolucionario al momento de realizar importantes transformaciones políticas, económicas y sociales.

En cambio, la representación que se hizo sobre la articulación del líder del MNR y los campesinos fue presentada por los periódicos bajo lazos de mayor cercanía y/o dependencia. Una respuesta a esto puede encontrarse en el hecho de que el MNR logró establecer vínculos más estrechos con determinados sectores del campesinado, esencialmente por medio de la cooptación a dirigentes y a través de un abrumador despliegue de concesiones personales que acababan convirtiéndolos en sumisos funcionarios del sindicalismo para-estatal movimientista que desplegaban su accionar a nombre de la mayoría de la población india (Rivera, 2003:123). Este detalle fue reforzado en los periódicos cuando cedió sus espacios para que dirigentes -en representación de algunos sectores del campesinado- hablen sobre -la relación con- el presidente, con alguna intención de mostrar a los indios más propensos que los obreros, a establecer relaciones de sujeción o sumisión con Paz Estenssoro.

Pero la gran ola de levantamientos indígenas que se estaban produciendo en algunas áreas rurales de Bolivia en contra de hacendados y en pro de la reforma agraria, poco o nada mostraron sobre esa sumisión; en todo caso la movilización de las bases indígenas y campesinas lo que señalaban era que para aceptar un liderazgo como el de Paz Estenssoro,

antes éste debía responder y efectivizar sus demandas, sin esto la figura de líder o jefe perdería fuerza y adeptos en el campo, lugar clave para que el MNR lleve adelante su propuesta de resolver el llamado “problema del indio”.

2.3 Las preocupaciones en torno a la (re)emergencia del problema del indio

El impulso que otorgó la sindicalización a los sectores campesinos e indígenas de base, dio lugar a que desde mediados de 1952 hasta antes de la declaración de la Reforma Agraria en agosto de 1953, el panorama político y social en las áreas rurales (especialmente en el departamento de Cochabamba) se vea fuertemente convulsionado como resultado de las agitaciones campesinas que exigían la distribución de la tierra. La constancia y la potencia con la que se presentaron esas agitaciones rurales llevó a que se activara la discusión en torno al tema y al problema del indio. Fue a través de esta temática que las reflexiones de *El Diario* y *Los Tiempos* establecieron algunas líneas discursivas reveladoras.

Ante un panorama amenazador, signado por agitaciones campesinas, los editoriales de *Los Tiempos* y *El Diario*, inquietados por el “estado de efervescencia racial que fermenta(ba) entre las masa nativas del agro” (LT, 09.11.1952:4), se dieron a la tarea de reforzar la imagen de los indios sublevados, proporcionando para esto elementos que enardecían y causaban temor en las elites bolivianas. Encabezados informativos advertían:

En la propiedad de Emilio Ríos Chulpani, “se constató que habían sido destruidas varias puertas y ventanas, además de muebles y algunos aparatos de salón. Entre otros objetos que fueron secuestrados por los atacantes, se indicó 2 rifles de salón calibre 9, y uno Winchester”. [...] Del señor Manuel Asencio Solíz, fue otra de las haciendas que sufrió ataque en manos de indígenas. [...] Del señor Julio Guzmán y hermanos, también fue grandemente damnificada. “esto es de la rosca, No debe quedar nada sano” fue el grito de guerra de los indígenas al atacar la hacienda (LT, 12.11.1952:4).
[...] indios dotados de fusiles, ametralladoras livianas, cargas de dinamita y otras armas rústicas, recorrieron la región [de Achacachi]

devastando los campos e incendiando casas de los propietarios. [...] No se pudo obtener una lista de víctimas en este lamentable hecho que adquiere proporciones considerables y que puede constituir el centro para la propagación de una ola de violencia en otras regiones del país (ED, 07.11.1952).

El grado de efervescencia que alcanzaron los distintos levantamientos indígenas en las áreas rurales llevó a considerar dentro de la prensa escrita que uno de los caminos que conduciría a disipar esas agitaciones y los brotes de “violencia racial” era conducir a los indígenas por la vía de la civilización. Así lo advirtió el editorial de Los Tiempos titulado *Proyecciones de Agitación Racial*

Desde los orígenes de nuestra vida republicana, ha sido tema constante de los programas de partido elevar la condición de las masas nativas para incorporarlas a la comunidad política y económica del país [...] La transformación de las razas nativas es proceso largo, que solo puede operarse siguiendo un programa múltiple, relacionado con la cultura espiritual, la higiene, la morada, la vestimenta, el idioma, la capacitación profesional y manual, etc. El tratamiento de estas facetas de la personalidad del indio para incorporarle a la comunidad civilizada debe realizarse en coincidencia con una política agraria bien concebida para que el ancestro rural y pastoril del indio encuentre más amplia realización, en su propio beneficio como pequeño propietario y en beneficio general, por el acrecentamiento de la producción agropecuaria (LT, 15.11.1952:4)

La preocupación aquí no pasaba por discutir el tema de la reforma agraria sino en encontrar las vías que llevarían a la transformación de las condiciones elementales de los indígenas, y transformar al indio para encaminarlo por los derroteros de la civilización pasaba por extirpar algunos rasgos socioculturales fundamentales como la lengua o la espiritualidad (que traducida podía ser la cosmovisión indígena) e impulsar la preparación para alcanzar una mayor eficiencia laboral en el agro. Incluso se aconsejaba “saturar los campos con familias agricultoras europeas, las cuales introducirían sus técnicas modernas y sus costumbres, contribuyendo a civilizar por contagio a nuestros indios” (LT, 15.11.1952:4).

Consecuentemente, el mismo periódico señalaba en la página editorial del día anterior, sobre la vital trascendencia que tenía la sindicalización campesina para la

agricultura “no porque tenga relación simplemente con las funciones de la ‘mayor producción’ sino porque la sindicalización y la educación rural están ligadas al mejoramiento de las condiciones de vida del campesino y del indio” (LT, 14.11.1952:4). Para los editorialistas de este periódico, el problema se centraba en “los tipos humanos retardados que necesitan recibir tratamiento especial para poder integrarse en la civilización. [Aunque] hay razones para creen que tanto los grupos aymaras, como los quechas, son susceptibles de evolución relativamente completa, siempre que para ello se haya adoptado un plan integral de educación” (LT, 06.12.1952:4).

En consecuencia, el campo de discusión que marca *Los Tiempos* a través de sus editoriales, señalaba el grado “natural” de incivilización del indio y ante eso, la necesidad de crear mecanismos que conduzcan a la transformación de éste, vía la educación.

Pero hay una nota que debe tomarse en cuenta para comprender más en detalle el posicionamiento político-discursivo sobre la civilización del indio en particular y sobre el proceso revolucionario en general. Este puede verse en el comentario que realizó Damián Rejas cuando señala:

El indio que originalmente es flojo y desconfiado, al ponguear se hace activo, [...] el indio al ponguear, estando en contacto con el patrón se civiliza aquí sí, aprende buenas costumbres, aprende el gusto de relacionarse con las gentes de los pueblos; se hace suave, comunicativo y educado [...] es así que se hará un gran daño al indio con la llamada reforma agraria (LT, 20.02.1952:5).

Este artículo es profundamente revelador ya que no sólo reconoce la naturaleza incivilizada del indio sino que hace un llamado o apunta a mantener la condición del indio como pongo, lo que suponía, en definitiva, el resguardo de las lógicas de dominación hacendal. Todo esto decanta en la absoluta negativa de alterar las relaciones de dominación y de transformar las condiciones sociales de este “pueblo” al que a comienzos de la revolución

aludía este medio; era en sí, la negativa a la realización de reformas (la reforma agraria) que alteren o transformen las estructuras sociales tradicionales.

Ahora bien, se creía también que otro de los grandes problemas culturales que aquejaba a indios y campesinos era el consumo de alcohol y de hoja de coca. Se decía que ambos elementos alteraban la condición racional e impulsaban a cometer actos de violencia que luego resultarían en la consabida “guerra de razas” que tenía como misión la “eliminación de los hacendados”. Esta imagen se expresó en la página editorial del periódico *El Diario* cuando advertía que “[...] campesinos embriagados y embrutecidos por la coca rompen vidrios y destrozan las instalaciones de las casas para luego arremeter violentamente contra los propietarios.” [...] Ha cundido la alarma y son numerosos los propietarios que diariamente están replegándose a la ciudad, abandonando los campos”(ED, 09.11.1952:4).

Este miedo que ocasionaba la “guerra racial” no sólo se daba en los propietarios de haciendas, sino también en los editorialistas; ante esto *El Diario* lanzó la idea de la educación del indio como medida que frenaría esos actos de violencia ocasionados por el consumo de alcohol y coca.

Esta cuestión de la educación del indio, la han resuelto admirablemente los Evangelistas, formando la conciencia del indio, con la Biblia en la mano y con el ejemplo de alta moralidad en los actos de la vida, y usando las lenguas autóctonas. El resultado: hombres de austera honradez; abstemios de alcohol y coca, y pulcros en la manera de vivir. [...] necesitamos educar, educar y educar, removiendo los estados más recónditos del alma nacional, con lo que la Patria boliviana quedará afianzada, ya que como sabemos, su contextura racial, hablando en términos generales, es eminentemente de estipe indígena” (ED, 04.05.1952).

Lo que dejan entrever todas estas referencias es que el tema central que caracterizaba el posicionamiento discursivo de los intelectuales de la prensa, era la “incorporación” de los indios a los cánones de la civilización vía la educación. En definitiva, esa incorporación

implicaba cambiar hábitos culturales, y como se pudo advertir, en prácticamente ninguno de los textos, existieron referencias a valores culturales positivos. Esto hace suponer también que los indios no son parte del “pueblo” sino que hay que encontrar estrategias que permitan “incorporarlos”. La educación era para éstos una herramienta que serviría no sólo para socavar las agitaciones indígenas, sino y sobre todo, para civilizar y transformar las condiciones de vida del indio/campesino; era en definitiva el arma que permitiría la “evolución del indio” No obstante, hay algunas peculiaridades entre ambos periódicos que se hace necesario destacar.

Desde los planteamientos del periódico *Los Tiempos*, se concebía la educación –al igual que la sindicalización- de los indígenas/campesinos como un instrumento de preparación, es decir que la educación proporcionaba información, capacitaba a los indios y campesinos para que éstos logren desempeñar su tarea en el agro con una mayor eficiencia. Pero el rasgo más importante es que esta educación debía realizarse en el marco de las antiguas formas de trabajo, es decir a través del ponguaje. Esta política-discursiva puede ser resumida en la oposición al tema de la redistribución territorial a través de la reforma agraria.

Entre tanto, los discursos de los editorialistas de *El Diario* consideraban la educación –como la religión- más que como una fuente que dotaba información, como un elemento que permitía crear “valores humanos.” Así lo hacen notar al relacionar los males que aquejaban al indio/campesino (el consumo de coca y alcohol) con la degradación racial, de su comportamiento y sus valores (traducidos en la violencia desmedida). Por medio de la educación se extirparían esos “males” y se incorporarían dentro de los parámetros y valores de una sociedad civilizada.

Ahora bien, es importante también señalar otro de los rasgos que marcó las tendencias discursivas en la prensa escrita. Esta está referida a culpar a “agitadores” externos

por la ola de levantamientos indígenas producidos dentro del proceso revolucionario. En algunos casos estos agitadores fueron representados a través de los líderes sindicales y con mayor frecuencia se nombró a los “rojos comunistas” como los mayores provocadores de indios y campesinos afiliados en sindicatos.

Se advertía con frecuencia que “ese fenómeno de vigorización sindical puede ser desvirtuado si los trabajadores no contienen la obra de disociación de los dirigentes extremistas incrustados en sus filas. [...] el Partido Comunista, como el grupo de activistas del POR se han dedicado a activar la labor de proselitismo entre obreros y campesinos” (LT, 09.11.1952: 4).

La misión de los sindicatos ha sido reconocida y amparada por la Iglesia y el Estado y se debe cooperar a su desarrollo y desenvolvimiento, siempre que su labor no sea interferida por factores extraños que puedan representar la negación misma de las funciones sindicales. [...] Si los partidistas se entrometen en actividades sindicales y los trabajadores están a merced de los demagogos de profesión, los sindicatos y con ellos los obreros- que representan su base de sustentación- se convierten en simples instrumentos al servicio de inconfesables propósitos (ED, 09.11.1952:5).

En efecto, tanto desde *El Diario* como desde *Los Tiempos*, fueron constantes las alusiones que se hicieron sobre la intromisión de agentes externos o de agitadores al interior de los sindicatos que tenían como propósito impulsar la sublevación de los indígenas en las áreas rurales.

Por ejemplo, en una entrevista que realizó el periódico *Los Tiempos* a Lucio Zabalaga, propietario de la hacienda Ilury situada en el departamento de Cochabamba, entre otras cosas, se resaltó la idea de que el origen de la sublevación indígena “proviene de la ignorancia y de la ingenuidad de los indígenas, a quienes ciertos demagogos, que pululan en las diferentes comarcas [y] en todas las haciendas del departamento, se les inculca, so pretexto de

sindicalización, normas de desobediencia y la huelga de brazos caídos, fuera de otras prédicas peligrosas que tienen carácter criminal” (LT,11.11.1952:5).

Por otro lado, a través de *El Diario* se señalaba que:

[...] a la huelga de brazos caídos, ha seguido la intimidación que, por métodos de terrorismo, han puesto los indios para que el Gobierno dicte la reforma agraria. [...] Los indios enardecidos por sus agitadores, han notificado a los patrones que abandonen inmediatamente sus fundos. A las pasivas huelgas de brazos caídos, sigue el terror y la violencia (ED, 08.12.1952).

De igual manera se lee en la sección editorial de *El Diario* que el

estado de belicosidad [...] traduce, las miras de los dirigentes o de los hombres que, detrás de bastidores, están manipulando bajo inspiraciones foráneas, no precisamente para mejorar la condición de los indios, sino, más bien, para hacer servir a los indios como materia explosiva de la revolución social, destinada a implantar la “dictadura del proletariado y del campesinado” (El Diario, 15.11.1951:5).

Con todas estas anotaciones no sólo quedaba claro que la ola de sublevaciones había convertido el territorio rural en dominio de indios y campesinos sino que estas acciones políticas habían sido reconocidas por los intelectuales que opinaban en los periódicos como agitaciones sistemáticas que respondían al impuso de líderes sindicales y/o a la injerencia de agitadores políticos externos. Esta suerte de manipulación a la que se refieren, oculta tras de sí, la idea (paternalista) de que particularmente los indios carecen de la cualquier capacidad racional para delinear proyectos políticos propios, así como para organizar y diseñar tácticas propias de lucha política reivindicatoria. Otro de los elementos que resalta y que contrasta con las opiniones que se hace sobre los obreros –quienes pueden dejarse guiar por un líder y que tienen líderes específicos que los abalan, entienden y acompañan- es que entre los indios prima la mala compañía, las bajas inclinaciones morales y una cierta propensión al odio y la bajeza.

A modo de conclusión

Sintetizando lo que se ha presentado hasta ahora se puede decir que las representaciones discursivas que se desprendieron desde *Los Tiempos* y *El Diario*, giraron en torno a los cambios que se erigieron durante el proceso revolucionario de 1952, pero esencialmente alrededor de la (nueva) actividad política de los sectores obreros, indios, campesinos. El discurso periodístico reconocía que la revolución había alterado el orden de las cosas y que la construcción del nuevo Estado estaba en manos de actores completamente distintos a los que ocuparon el Estado liberal. Lo cierto es que el resquebrajamiento de las estructuras – de dominio y de poder económico – que se va produciendo en Bolivia a lo largo del primer periodo del nacionalismo revolucionario, se convirtió en un motivo de preocupación para los intelectuales de la prensa escrita.

La euforia revolucionaria hizo que los discursos desprendidos desde ambos periódicos, encuentre, en un primer momento, correspondencia con los discursos del nacionalismo revolucionario, enarbolando así la construcción de una nueva Bolivia y resaltando la participación de “pueblo” en la construcción de la misma. Lo que resalta de esto es que desde la prensa, se intentó mostrar a un pueblo unificado, sin diferencias y construido bajo un mismo proyecto estatal.

La fuerza que fue adquiriendo este “pueblo” en el terreno político, fue reflejado en los periódicos de la época, con características disimiles entre el movimiento obrero y el movimiento indígena/campesino. A los primeros se los representó bajo una condición de mayor independencia frente al partido y al líder, en contraposición a los indígenas y campesinos que fueron presentados con rasgos de una mayor adhesión y subordinación frente al líder del partido.

Esta representación intentaba hacer ver a los campesinos más que a indígenas y obreros con una mayor propensión de subordinación o apego al líder del partido, pero otra es la mirada que se tuvo sobre la irrupción de los indios en contra de los hacendados a través de una serie de agitaciones y levantamientos, en demanda de la reforma agraria. Aunque estos sucesos pueden ser vistos por los intelectuales de la prensa como actos irracionales/incivilizados/peligrosos por el nivel de violencia que desencadenan o impulsivos por la respuesta vehemente a la “manipulación” de agentes externos a la realidad indígena/campesina, lo cierto es que la razón o el fundamento que llevaba a desencadenar estas agitaciones estaba fuertemente enraizada y resultaba de una demanda más bien de tipo histórica. Entonces, la imagen de sumisos o subordinados que pretendían hacer ver estos medios encuentra sus límites cuando los sectores indígenas/campesinos manifiestan abiertamente su accionar, alterando con esto la “paz revolucionaria” que se creía que imperaba con el gobierno popular del MNR. A todo esto también se puede adherir la idea de que el indio, especialmente en condición de sublevación, se encuentra excluido de la nación de “pueblo” forjador éste de la nación boliviana; ante esta situación, surge desde la prensa planteamientos de incorporación o transformación bajo determinadas estrategias, como la educación.

En consecuencia, el tratamiento que realizó la prensa sobre la presencia de obreros, indígenas y campesinos - los primeros de ellos caracterizados bajo una mirada más benevolente- en la arena política, se caracterizó entonces por cierta ambigüedad. En un primer momento mostró a estos sujetos como elementos positivos, principalmente porque fueron representados bajo una retórica discursiva abstracta que los concebía como parte de un “pueblo” propulsor de la construcción nacional. Pero estas concepciones encontró sus límites

y se inclinó hacia la estigmatización cuando este “pueblo, representado concretamente en los sectores indígenas/campesinos emprendió acciones específicas.

Todas estas anotaciones señalan que el periodo de Refundación Estatal iniciado en 1952 no sólo abrió la posibilidad para la consolidación de un nuevo momento político donde actores sociales nunca antes involucrados en la política nacional desempeñaron un papel protagónico, sino que también permitió crear otras significaciones de la realidad social a través de los discursos políticos-intelectuales. Para esto, los periódicos se constituyeron un importante dispositivo discursivo ideológico desde donde, a la vez que se representaron los distintos acontecimientos, se (re) afirmaron y (re) construyeron las ópticas sobre relaciones de poder.

CAPÍTULO III

LA PRENSA ESCRITA EN TIEMPOS DE LA REFUNDACIÓN DE EVO MORALES

La radicalización de las movilizaciones y protestas desde el año 2000 resultantes de la disconformidad popular con el modelo neoliberal; la demanda de un cambio en el manejo de las relaciones entre el Estado y la sociedad civil, con el pedido de una mayor participación en la administración del Estado por parte de los sectores indígenas y campesinos, sumada a la habilidad del Movimiento Al Socialismo (MAS) como partido político para conformar alianzas multiclasis (a través de un discurso que combinaba lo cultural, lo antineoliberal, lo nacional, lo tradicional-ancestral y lo urbano); constituyeron los principales elementos que llevaron al insólito triunfo del indígena Evo Morales Ayma en las elecciones presidenciales del año 2005. Con este acontecimiento se terminó de sellar la decadencia del neoliberalismo e inauguró el periodo de la Revolución Democrática-Cultural en Bolivia.

La importancia y trascendencia de este suceso dio lugar a que se produzca un viraje no sólo en la realidad política, sino también en el pensamiento de la sociedad en general y -para el caso- de los intelectuales de la prensa escrita en particular. Desde este medio de comunicación se desprendieron una considerable cantidad de informaciones y análisis / reflexiones sobre la novedad política que significaba el arribo de los “indios al poder”.

En consecuencia, el presente capítulo tiene como objetivo analizar las representaciones discursivas que se desprendieron desde las páginas de los periódicos sobre los hechos y esencialmente sobre los actores sociales populares que participaron en el transcurso del primer año de la “refundación estatal” en Bolivia el año 2006. Para esto, se recurrirá (nuevamente) a las notas informativas, editoriales y a los artículos de opinión de los periódicos *El Diario* y *Los Tiempos*, con los cuales se podrán conocer los principales ejes de

discusión y reflexión a través de los cuales se pensó a los actores sociales en el primer periodo de la Revolución Democrática-Cultural.

3.1 Nación y Pueblo los pilares de la Refundación

Para inicios del 2006, Bolivia se encontraba en un indiscutible periodo de transición estatal; el arribo de Evo Morales a la presidencia, trajo consigo el resquebrajamiento de las estructuras de conducción y de dominio político instauradas por el neoliberalismo y abrió paso a un momento de cambio político, el del denominado “proceso de cambio” o de “refundación estatal” en el cual los sectores populares, indígenas y campesinos se constituyeron en los principales actores sociopolíticos. “Por primera vez en la historia de la Bolivia republicana, las polleras, los ponchos, los c’hullus y las abarcas fueron los protagonistas del poder en la plaza Murillo” (refiriéndose a la plaza donde se encuentra ubicada la casa de gobierno en la ciudad de La Paz) (LT, 23.01.2006).

En efecto, referirse al “proceso de cambio” fue una tarea periodística constante y un eje de reflexión bastante amplio, sobre todo porque contenía significados que abarcaban lo económico, lo político, ahondándose en los aspectos culturales/sociales. La idea de crear un nuevo estado nacional o el hecho de que el espacio de dominio del poder político haya sido alterado y tomado por los sectores subordinados, fue ampliamente difundido y opinado en *El Diario* y *Los Tiempos*.

Los discursos sobre el “cambio” que circulaban por los periódicos, se desprendieron, en una primera instancia, desde el gobierno. Por ejemplo el vicepresidente Álvaro García Linera, señalaba: “[...] El país está ingresando a una nueva etapa de cambios que no sólo significan romper con una serie de normas implantadas por el neoliberalismo, sino que éstas tienen la función de mejorar las condiciones sociales y económicas de los bolivianos” (ED,

18.02.2006:15). Asimismo, el presidente Evo Morales, en el décimo primer aniversario del MAS, advirtió: “[...] Los bolivianos deben estar seguros que la refundación del país será un hecho, el cual no sólo consistirá en un cambio de la Constitución Política del Estado, sino una serie de compromisos, como la nacionalización de los hidrocarburos, la recuperación de los recursos naturales y de la dignidad y soberanía del país (ED, 26.03.2006: I4).

Así también lo hicieron los articulistas en sus notas de opinión. Por ejemplo, Armando Mariaca, hacía notar que con el gobierno de Morales, Bolivia debía encaminarse en cambios de corto, mediano y largo plazo

[...] cambios que signifiquen mejorar la vida de todos los bolivianos, cambios que ayuden a entender realidades, cambios de conducta para desterrar viejos moldes, mañas y sistemas de corrupción; Bolivia espera cambios que implique dedicación, disciplina, esfuerzo, honestidad y responsabilidad para el trabajo, espera cambios para que las instituciones marchen por los senderos que señala la CPE y las leyes (ED. 06.01.2006).

Susana Seleme en su artículo “2006: signo de nuevos tiempos” advertía:

[...] se presiente el inicio de nuevos tiempos, que requieren prudencia, inteligencia y sabiduría [...]. El Presidente electo está obligado a romper el maleficio de los gobiernos transitorios que vivió Bolivia desde 2001. [...] Esa victoria [del MAS y de Evo Morales] representa la esperanza de la gente que votó por él, por su origen sus luchas y sus promesas. Pero además, en ese 54% está el voto de mucha otra gente de clase media y alta que votó por el cambio. Hay signos de nuevos tiempos ¡qué duda cabe! [...] Ojalá que los protagonistas de este histórico cambio sepan y puedan administrar la victoria que exige este 2006 (LT, 07.01.2006:A7).

La novedad que traía consigo el llamado proceso de cambio, bajo el mando del Evo Morales, fue asumido como un “fenómeno” político, y es por esto que una mezcla de euforia, zozobra y desazón en el conjunto de la población boliviana, resaltando a los escribientes de los medios escritos. Así, las expectativas, incertidumbres y/o esperanzas que inevitablemente comenzaba a crear la noción de “cambio”, se hicieron presentes en los discursos periodísticos a lo largo del 2006.

Diógenes Bustillos, por ejemplo, afirmaba que el cambio representaba el imperio de la razón y el conocimiento, que “el país debe tener la seguridad de que sus intereses serán administrados con responsabilidad y capacidad. Que nunca más sus recursos naturales y patrimonio serán dispuestos. Que los funcionarios públicos serán fieles servidores del Estado, no de intereses foráneos o particulares” (ED.01.02.2006:I3).

Entretanto, Luis Antezana se preguntaba, “¿cuál cambio?”

[...] No se sabe si será un cambio al capitalismo o al socialismo; un cambio del feudalismo a la democracia; un cambio hacia el esclavismo o al comunitarismo; un cambio de la colonia a la nación o viceversa, etc. [...] como la palabra cambio es usada con tanta alegría y sin tomar en cuenta su abstracción ni señalar sus alcances concretos, no se sabe si este cambio será a la derecha, a la izquierda o se limitará a quedarse en el mismo sitio o bien nos aproximará más aún al coloniaje o al nacionalismo o nos llevará al socialismo o nos hará retroceder al feudalismo o, finalmente, nos permitirá ingresar al capitalismo. En síntesis: ¡nadie sabe de qué se trata! (ED.24.05.2006:I2).

Mientras que Armando Mariaca en otra nota de opinión, a tiempo de hacer una reflexión sobre los distintitos momentos en que la población boliviana demandó a los gobiernos de turno, transformaciones que permitan superar los males que aquejaban al país desde su fundación, señalaba:

Mucho se dice sobre “introducir cambios que borren el pasado” o que “se restablezca la justicia, la solidaridad, los valores vividos en tiempos muy antiguos” arguyendo que todo ello “hará justicia a los antepasados”; en fin [...]. El país necesita cambios; pero dentro de parámetros que propugnen la unidad de todos, sin regionalismo, racismos ni complejos absurdos que nada bueno traerían a todo los bolivianos. Cambios que contemplen realidades y que sirvan para valorar a todos los hijos de esta patria que precisa abandonar las profundidades de la pobreza y el subdesarrollo (ED, 28.07.2006:I3).

Lo cierto es que reflexionar sobre las transformaciones que comenzaban a producirse bajo la dirección del MAS era una cuestión difícil de esquivar. Con frecuencia, las notas de los periódicos mostraron una retrospectiva de las situaciones desventajosas en las que estuvo sometida el país, no sólo en el periodo neoliberal sino desde la fundación de la República,

dejando sentado que en todo ese lapso de tiempo, Bolivia no había logrado salir de su extrema pobreza. Es por esto que el “cambio” significaba la posibilidad de revertir tal situación, reconociendo que el momento político que se inauguraba era fruto de la participación y lucha constante del “pueblo” boliviano.

Reconocer el rol protagónico del pueblo -en su lucha por mejorar las condiciones de vida y por descomponer las viejas formas de hacer política en el país- fue un elemento importante en el discurso propalado tanto desde la dirigencia del partido como desde los textos de los periódicos. Entre ellos se puede señalar, por ejemplo el del diputado del MAS, Gustavo Torrico, quien manifestaba: “el pueblo es sabio, ha determinado en las elecciones [...] elegir un gobierno para los bolivianos donde ahora estén todos los sectores [...] la lucha ha sido y es por lograr mejores días, rompiendo con el modelo neoliberal y con sus vasallos como son los partidos políticos tradicionales” (LT. 28.03.2006).

En la misma línea Juan Carlos Tapia, reflexionaba sobre el “establecimiento de un nuevo Estado nacional como resultado de la lucha permanente del pueblo boliviano, el cual, después de atravesar por toda una historia de engaños, olvidos y traiciones, orientó su accionar hacia el cambio” (ED, 07.01.2006: I2).

Asimismo, Marcela González resaltó la “madurez política” que alcanzó el pueblo en la afirmación de sus derechos, señalando: “Tenemos que sentirnos fortalecidos por esa libertad y respeto a la decisión del pueblo, [...] el pueblo ha optado por el cambio, ha desechado por medio del voto ciudadano a la tradicional politiquería [...] el pueblo dijo basta de transfugio, queremos cambio con políticas orientadas, planes definitivos y metas claras (ED, 05.01.2006:I2).

Todo esto permite advertir que el eje discursivo sobre el “cambio” estuvo fuertemente vinculado con el del “pueblo”; no obstante esta categoría tuvo elementos particulares que la

diferenciaron del año 1952. Si bien en determinados momentos la noción de “pueblo” tendió a igualar o contener a los diferentes sectores de la sociedad, esto ocurrió cuando, desde la prensa se asumía al conjunto de la población en su condición de electores/votantes. Pero el rasgo que resaltó y que marcó las principales características del proceso revolucionario del siglo XXI en Bolivia y por consiguiente la tarea de los escribientes de la prensa, fue que el eje discursivo de “pueblo” reconoció, incorporó, resaltó a los movimientos sociales, a los sectores indígenas y campesinos. Esto fue muy bien representado en el texto de Toribio Achiri.

[...] quienes se creían dueños del país y astutos manipuladores de la realidad política saben que cualquier día los abusos cansan y los cambios llegan. Muchos indios hoy están en el poder, muchos más estarán mañana. No es algo para temer, es un estado de cosas absolutamente natural, pero que no es aceptado por los antes aludidos. Los hijos del pueblo toman paulatinamente la administración del Estado, el eslabón del que se valieron los enemigos del indio durante toda la vida republicana para someterlo. Posiblemente esté ahora sí empezando el cambio esperado (LT, 21.07.2006:A6).

De hecho, la inclusión de los sectores históricamente subalternizados en el espacio sociopolítico fue el eje programático / discursivo de Evo Morales y el MAS, por esto se autodenominaron como el “gobierno de los movimientos sociales”. La constatación de que los movimientos sociales, los indios y campesinos formaban parte del “pueblo boliviano”, se pudo evidenciar a través la difusión de los discursos gubernamentales y por medio de las reflexiones que realizaron los editorialistas/articulistas de los periódicos.

Evo Morales en su discurso de posesión como presidente de Bolivia, señalaba: “Estamos acá para decir basta a la resistencia. De la resistencia de 500 años a la toma del poder para 500 años, indígenas, obreros, todos los sectores para acabar con esa injusticia, para acabar con esa desigualdad, para acabar sobre todo con la discriminación, opresión

donde hemos sido sometidos como aymaras, quechuas, guaraníes” (<http://www.presidencia.gob.bo/discursos1>).

Se puede resaltar también el discurso del vicepresidente Álvaro García Linera, quien afirmó al juramentar el cargo: “Nunca más ya en Bolivia un Estado sin pueblos indígenas [...] la única manera de garantizar un Estado fuerte en lo social será integrando, incorporando a nuestros pueblos indígenas, a la mayoría del país a la gestión de los asuntos públicos, del ejercicio del poder, de la realización verdadera de la democracia” (LT, 23.01.2006).

En efecto, la imbricación de los movimientos sociales, los pueblos indígenas y campesinos se hicieron evidentes con la presencia física y directa de dirigentes en puestos de trabajo dentro de la esfera del gobierno, así como también por medio de evaluaciones periódicas que contaban con la presencia de los movimientos sociales³⁵; mientras que por el lado del gobierno, se instó constantemente a dichos movimientos a defender el proceso revolucionario. Esto se pudo constatar en los titulares informativos que circulaban en *El Diario* y *Los Tiempos*, entre los que destacan: “Evo convoca manifestación para defender su gobierno. [...] Se espera la presencia en la concentración de miles de campesinos, indígenas, representantes de los movimientos sociales y de sectores populares procedentes de todo el territorio nacional” (LT, 12.10.2006; A2). “Morales invocó a originarios a respaldar la Constituyente [...]”. García Linera aprovechó la oportunidad para convocar a los diferentes

³⁵ Existen organizaciones sociales “comprometidas directamente con el gobierno del MAS” es el caso de la CSUTCB, CIDOB, la Confederación de Colonizadores, Federación de Mujeres Campesinas Bartolina Sisa, y las Seis Federaciones de cocaleros del Trópico de Cochabamba. En un segundo grupo se encuentran aquellas organizaciones sociales que no están orgánicamente en el instrumento político del MAS, pero despliegan acciones de respaldo abierto o apoyo crítico que no genera conflictos al gobierno, estos son los campesinos regantes de Cochabamba, la Federación de Juntas Vecinales de El Alto y la Federación de Trabajadores Mineros de Bolivia (Zegada, *et.al.* 2008:88-92).

El presidente Evo Morales, al cumplir un mes de gestión, señaló: “Dijimos que mandaríamos obedeciendo. Por eso hemos mantenido en estos 30 días unas 300 reuniones con movimientos sociales, instituciones y organizaciones empresariales y cívicas, escuchando sus planteamientos y aprendiendo de sus sugerencias. Estamos convencidos de que la consolidación de este proceso sólo será posible mediante el fortalecimiento de la unidad entre el gobierno y los movimientos sociales” (LT, 22.02.2006).

movimientos sociales a no dejar solo al Presidente de la Republica para seguir en la senda de devolverle dignidad, justicia e inclusión social al país”(ED, 31.07.2006).

Esto sirvió de base para que los editorialistas y articulistas de la prensa centren su eje discursivo, de discusión y reflexión en los llamados movimientos sociales y su condición de “aliados naturales” al gobierno del MAS. Así por ejemplo, en la página editorial de *El Diario* se dijo: “Los movimientos sociales [...] jamás han sido patrimonio de un partido político, porque ha sido el pueblo, particularmente el alteño, que frente a los resultados del neoliberalismo se alzó para revertir el modelo y buscar uno mejor que responda a los intereses de la nación” (ED, 17.02.2006).

Por otro lado, David Foronda, haciendo un repaso y compartiendo los postulados del psicólogo clínico Waldo Bravo, enfatizaba: “Los movimientos sociales son la expresión de un pensamiento positivo que a la vez es producto de la traición y el engaño de los gobiernos tradicionales. Pero, como siempre sucede en Bolivia, los movimientos sociales son simplemente carne de cañón”. Esto se debe, dice el autor, a la carencia de verdaderos líderes ya que éstos con frecuencia engañan y manipulan a la gente de “tierra adentro”. Estos líderes “están con el socialismo en el cerebro no defienden las verdaderas raíces bolivianas, siendo en consecuencia una pantomima gubernamental” (ED, 21.10.2006:12).

Entretanto, Desde el periódico *Los Tiempos*, E. Cárdenas, se preguntó ¿qué son los movimientos sociales?, ¿quiénes los componen?, ¿a quiénes representan? Para resolver estas cuestiones recurrió a postulados sociológicos y a estudios sobre cambios sociales, adecuados para pensar el momento político boliviano, llegando a concluir:

[...] El cambio social, promovido por los Movimientos Sociales, suele tener como característica el de los intereses sectarios o particulares de ese grupo organizado, por encima de los intereses del conjunto [...]. Ahora que el actual Gobierno representa a los movimientos sociales, esperamos que dejen de lado los intereses propios de cada uno, en beneficio de los intereses de todos los

bolivianos que son: la paz social, el progreso y desarrollo, el buen gobierno y la superación de todos los males que nos aquejan, como sociedad atrasada y en vías de desarrollo (LT, 27.01.2006)

Mientras que, Winston Estremadoiro, refiriéndose a los planteamientos que motivaron al gobierno y a los movimientos sociales para diseñar un Estado inclusivo que responda a las demandas históricas de estos sectores, argumentó que esas ideas no son más que “una involución que disfraza la toma del poder por bloqueadores, avasalladores, tapiadores y huelguistas, que llevará a 20 años más de frustración nacional” (LT, 15.09.2006).

Estas referencias son ilustrativas y permiten destacar algunas de las tendencias discursivas que se presentaban en los periódicos *El Diario* y *Los Tiempos* en cuanto a los movimientos sociales se refiere. Desde *El Diario* se señalaba que los movimientos sociales antes del arribo del MAS al poder, eran movimientos con capacidad de autorganización, con la habilidad de plantear y desarrollar acciones que respondan a objetivos específicos definidos por ellos mismo. No obstante, al ser un eslabón más del poder, los movimientos sociales se convirtieron en una suerte de instrumentos manipulados por los principales líderes y/o jefes de gobierno, para alcanzar fines que nada tienen que ver con el cumplimiento de sus demandas y con el mejoramiento de las condición de los bolivianos. Entretanto, desde *Los Tiempos*, la presencia de los movimientos sociales en alianza con el gobierno, fue representada como una amenaza a la integridad y a la estabilidad nacional; se pensaba que estos sectores por su modo de operar en el pasado, llevarían al país a un estado de “involución” o dicho en otras palabras, se convertirían en un obstáculo para el desarrollo de la nación, sobre todo porque apuntaban a obtener beneficios de tipo sectorial y no del conjunto del país.

Ahora bien, otro de los ejes discursivos que marcó significativamente las páginas de los periódicos, fue el referido a la “Nación”. Se dio esto porque el año 2006 no sólo traía

consigo el cambio de modelo de gobierno, sino que abría el rumbo para la edificación de la (nueva) Nación boliviana como resultado de la instauración de la Asamblea Constituyente en agosto del mismo año, con la cual se daba inicio a un profundo proceso de cambio político-institucional.

El planteamiento discursivo del MAS sobre la configuración de la nación, estaba enfocado en la soberanía, la independencia política, económica y social, como elementos centrales para alcanzar un mayor desarrollo, sin embargo uno de los elementos que fue incorporado y que marcó con el sello del nacionalismo al gobierno, fue, como se dijo, la inclusión de los pueblos indígenas, de los campesinos y de los movimientos sociales dentro de las estructuras del Estado. Esto fue redactado en el “Manifiesto de Orinoca” como los cimientos para “construcción del nuevo estado nacional”.

Sólo un modelo de independencia económica y soberanía política hará posible la justicia social y la descolonización del Estado por que lucharon los movimientos sociales a lo largo y ancho del país. [...] este gobierno gobierna obedeciendo al pueblo y no a las transnacionales ni a las ONGs y tampoco a los bancos internacionales, menos aún a centros de poder extranjero a los que los gobiernos neoliberales estaban acostumbrados a obedecer (LT,23.07.2006).

Así también, Raúl Prada, constituyente del partido de gobierno señalaba que la nación boliviana debía estar construida bajo la “hegemonía indígena”, implantando un estado multinacional que incorpore a las naciones indígenas -16 de tierras altas y 32 de tierras bajas- (LT,31.07.2006:A3). Dicha hegemonía significaba también que elementos y prácticas culturales de las culturas indígenas ancestrales iban a ser retomadas y revalorizadas y para esto sólo era necesario recordar la posesión de Evo Morales en las ruinas de Tiwanaku³⁶.

³⁶ [...] a las 13:00 horas el presidente electo emergió desde la pirámide de Akapana vestido con un unku o manto de color rojo (utilizado por sacerdotes aymaras), adornado con franjas horizontales simbolizando la cosmovisión andina, la cabeza le era adornada por un chucu de cuatro puntas que representan los cuatro puntos cardinales; le fue entregado, además, el bastón o báculo que encarna el poder sobre 36 nacionalidades, tierras bajas y altas [...](ED, 22.01.2006).

Todos estos factores influyeron en los textos que fueron publicados en los periódicos e hicieron que las opiniones y reflexiones pongan en la mesa de discusión al indigenismo como el rasgo predominante de la nueva Nación boliviana frente a la que propugnaba la oposición política, cívica-regional asentada en la Media Luna³⁷.

Se habla continuamente desde los medios, sobre la construcción nacional atravesada por la pugna entre “dos visiones de país”. En *Los Tiempos* se leía:

La película tiene dos guiones. Una la que el gobierno bosqueja, la del socialismo indigenista [...]; la del miramiento a la iniciativa privada, la del avasallamiento a los poderes constituidos y la del intento de toma de todas las instituciones que en conjunto, forman el orden constituido. Esa visión de país pasa por la destrucción del dicho orden a fin de edificar un Estado que responda a los lineamientos que la corriente indigenista en Bolivia, [...]. Esa es una visión.

La otra, pasa por el reconocimiento y respeto a la libertad. Libertad en su más amplia gama, de pensamiento, expresión, asociación, locomoción, etc., que permia al ser humano desarrollarse dentro de un espacio físico sin ningún tipo de limitaciones o restricciones y sin sometimiento a alguno que no sea la ley y su imperio. Esa visión de modernidad, de ir con los tiempos actuales y en sintonía con el mundo, donde prime la integración y donde si es imprescindible leer y mucho; donde cada cual haga lo que debe hacer sin control político ni estatal y sin rendir cuentas, ese país, ese modelo de vida, con valores y principios de libertad, igualdad y dignidad, esa visión y esa forma de vida es la que abrazo como modelo y es la antítesis a la gubernamental (LT, 23.04.2006:A6).

La locura del indigenismo del autor Cayo Salinas, es otro artículo que se publicó a través del mismo periódico, en éste se recalca la idea de que Bolivia no crecería si todos hablan quechua o aymara. Para el autor no era prudente pensar que el país se circunscriba únicamente a una retórica indigenista como norte central, como si de ello dependiera el andamiaje de la Nación.

[...] No es que el Estado no vaya a adoptar políticas dirigidas a mejorar sustancialmente las condiciones de vida de los indígenas

³⁷ La “Media Luna” sugería una autonomía o secesionismo regional a gran escala y autonomías a nivel departamental que plantean el federalismo. Los temas en ambos casos son la gestión de la redistribución agraria, el control de la fuerza de policía local y el control de las ganancias de los recursos naturales como los hidrocarburos, por los grupos de poder a nivel del departamental. Estos planteamientos dieron lugar a una ola de confrontación con aquellos que se oponían a tales propuestas, argumentando que se concentrará el poder y los recursos en determinados grupos de poder (Assies, 2006:102).

bolivianos. Es más, ese es un imperativo histórico que hay que asumirlo como desafío en términos de integración nacional [...]. [Pero] pareciera que bajo el rótulo de indigenismo, debe gobernarse sólo para quienes conforman ese sector, y que una parte del éxito de su política pasa porque los blancos, mestizos, negros, afroamericanos, etc., estén sometidos a los indígenas y que éstos, en su pobreza, falta de educación, recursos y medios, sean los llamados ahora que Evo Morales es Presidente, a conducir la Patria en pleno siglo XXI. Disparate mayúsculo (LT, 06.08.2006:A13).

No parecía constituirse en un mayor problema reconocer como “imperativo” que las políticas gubernamentales estén encaminadas a mejorar las condiciones de vida de los sectores indígenas; no obstante, el conflicto radicaba en que “fundamentalismo indigenista” que se decía que caracterizaba al gobierno del MAS, estaba *excluyendo* y/o *discriminando* a una parte importante del pueblo boliviano, los “no indígenas”, los estratos medios/altos (asentados particularmente en el ámbito empresarial, industrial, intelectual/académico) que en alianza (electoral) con los movimientos sociales, obreros, indígenas y campesinos, habían apostado también por un “nuevo momento para la nación”.

Mónica Guardia, a nombre de esa parte del pueblo excluido, se preguntaba: “¿Acaso los bolivianos que no pertenecemos a grupos aymaras, quechuas o cocaleros, no somos igualmente bolivianos? ¿Acaso aquellos que no tenemos apellidos de origen aymara ni quechua, sino de origen español, inglés, italiano, alemán, o judío, [...] no podemos exigir [...] cambio del Himno Nacional a los acordes de la Marsellesa o añadir a nuestro Escudo Nacional tres leones de oro de la Corona Británica [...]?” (LT, 30.03.2006:A6).

En una dirección parecida, Pilar Pedrazas señalaba que la “media clase” –como peyorativamente rebautizó Evo Morales, dice- es un “clase heroica” porque contribuyó al triunfo electoral del Morales y del MAS; sin embargo,

[...] se halla desorientada y más bien aterrada a raíz de las amenazas e insultos vertidos en su contra, y las medidas que viene implementando el actual gobierno, pero que aun así sigue soportando la economía del país. [...] Este conjunto de personas pensantes es el que vive hoy en día amedrentado ante las constantes amenazas de perder su derecho propietario o de no poder conseguir un trabajo por

tener la tez blanca, ojos claros o cabello castaño. [...] Esta “ media clase” es la que está en permanente zozobra y se halla desorientada ante la amenaza de perder su identidad de bolivianos, [...] que ahora un grupo minúsculo, pretende cambiar, anunciando públicamente que Bolivia deberá llamarse “República del Tawantinsuyu” enarbolando su “wipala” en lugar de la tricolor que orgullosamente ostentamos (LT, 22.08.2006).

Así también, Marcelo Gonzáles, sostenía que fue la clase media quien completó la mayoría de votos que Evo Morales necesitaba para que nacionalice y estatice cualquier cosa, incluso, la libertad, pero - después de seis meses- de gobierno “[...] se notan las caras grises de los que escogieron aquel mal mayor que avasalla, expropia, limita, abusa, etc. [...] Afirmamos que la clase media, demócrata y libre, está preparada [y] debe invertir su perspectiva y promover un cambio [...]” (LT, 27.06.2006:A4).

Hasta aquí el eje discursivo de la nación tuvo un contenido étnico preciso, fuertemente intrincado con segmentos específicos de la población boliviana. Ante el nacionalismo-indigenista que pretendía implantar el gobierno del MAS como modelo de nación, es que desde *Los Tiempos*, un importante grupo de intelectuales se dio a la tarea de enarbolar el discurso de la clase media como una forma de articular la oposición y de crear una identidad que haga frente y sea el contrapeso a la cuestión indígena, no sólo entorno al ámbito político, sino también en lo económico y cultural. Entre otras cosas, el discurso sobre la clase media apuntaba a señalar que la construcción de la nación debía reposar en manos de quienes garantizarían el desarrollo y la modernidad como elementos que fortalecerían la existencia de la nación.

Las referencias anteriormente presentadas, son una muestra inequívoca de la polarización política / discursiva en la que encontraba inmersa Bolivia; ante esto, el periódico *El Diario*, desarrolló también su tarea periodística informando y opinando sobre la cuestión nacional, en un intento de “apaciguar” la confrontación entre los planteamientos indigenistas y los que proponía la oposición.

Para este medio, esgrimir el discurso de la “unidad nacional” fue uno de los ejes centrales que permitía pensar la consolidación de la “verdadera” nación boliviana. Por ejemplo, en una nota editorial titulada *Unidad ante todo*, al tiempo en que se hacía referencia a difícil coyuntura por la que atravesaba el país, resaltaba la necesidad de que los bandos confrontados encuentren prontas soluciones para pacificar y hermanar la sociedad. Se decía:

[...] Olvidar que todos los habitantes de Bolivia hemos nacido al calor de la misma Patria y con grandes valores que, casi siempre, han sido mayores que las dificultades y la misma pobreza, es ingratitud y mezquindad. Desde enero pasado hay un Gobierno efecto del voto mayoritario, un régimen que es legítimo y constitucional; un Gobierno que promete cambios y que ha dado algunos pasos importantes para cambiar la vida del país, aunque lo hace bajo principios de “refundar Bolivia” o imponer los derechos sólo de algunos grupos “originarios” o nativos o campesinos que, nadie duda, vivieron marginados durante la Colonia y en algunas épocas de la República. Hoy, bajo ciertas modalidades, se va a los extremos hasta creer que sólo esos grupos tienen derechos, marginando a los demás [...] ¿A dónde se pretende llegar? ¿Cuánto camino vamos a retroceder separados, divididos, en discordia, con racismos y sentidos de clase, con regionalismos y otros males que nos anquilosan, lastiman y tienden a destruir nuestro país? Bolivia es de todos los bolivianos sin distinción de clase, pese a lo que se adjudiquen como derecho quienes creen ser la mayoría. Unificarlo es la misión de gobernantes y ciudadanos (ED, 13.12.2006).

Entre otros textos publicados, se puede destacar el de Armando Mariaca, quien resalta que uno de los mayores males que sufre Bolivia es la ausencia de unidad. Para el articulista, la desunión, la discordancia, y el desacuerdo permanente no permiten avanzar y establecer una nación libre de discordias y anarquía. La unidad no se hace sentir, dice, por causas racistas, nacionalismos cerrados o por imponer doctrinas foráneas ya obsoletas.

[Es imprescindible] evitar los racismos, como si todos los seres humanos no fuésemos iguales, los complejos, la imposición, la amenaza, el desacuerdo, la imposición del más fuerte sea en la política o en el trajín laboral o en el poder que dan la Constitución y las leyes. Es preciso, pues, tomar conciencia de que sólo la unidad nos abrirá los caminos de las soluciones, de los cambios, de la concordancia y de la hermandad entre todos. [...] Es urgente que la unidad sea la práctica de la Ley con la fuerza del Derecho (Constitución y leyes) que destierren al derecho de la fuerza que es la dictadura, el totalitarismo y la imposición (ED, 31.03.2006).

Asimismo, *El Diario* a través de su página editorial ofreció a sus lectores algunas pautas para lograr establecer una nación unida y que contenga a todos bolivianos. En este texto se señala que no se trata de dividir aún más las clases sociales, profundizando rencores, discordias, diferencias y animadversiones. “De lo que se trata es de unir a los bolivianos [...] hagamos una nación al servicio de niños jóvenes y adultos bolivianos [y] para alcanzar ese objetivo, la Iglesia Católica, así como otras religiones cristianas, tienen los mejores instrumentos morales, espirituales, mentales e intelectuales. (ED, 21.03.2006:I3).

También se lanzó otra propuesta para alcanzar la unificación de la nación, ésta identificó al *lenguaje como factor de unidad* y aseguraba que el uso de un sólo lenguaje facilitaría la unidad de sus habitantes, creando afinidad, reduciendo complejos y discriminaciones.

Si países de diferentes continentes lograron tal propósito, ¿por qué no podríamos hacer lo mismo nosotros? Desde luego, no se trata de partir de cero, puesto que la gran mayoría de la gente de Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija ya es unilingüe. De esta forma, quedaría por concientizar para que las poblaciones rurales de La Paz, Oruro, Potosí y Chuquisaca dejen poco a poco sus lenguajes nativos. En pro de la futura Unidad Nacional, todas las emisoras radiales [...] podrían emitir sus mensajes sólo en español, de esta forma podemos empujar la nave de la civilización boliviana. [...] el reto de los bolivianos para el presente siglo debe ser que hable español toda la población rural y urbana, de este modo garantizaremos el principal requisito para tipificar a nuestra Patria como la Nación Boliviana (ED, 15.06.2006).

En efecto, el discurso sobre la unidad nacional, consideraba que la división entre las clases sociales que se había agudizado profundamente con el gobierno del MAS, era resultado de los resentimientos y de los intentos de imponer visiones políticas que no beneficiaban ni tomaban en cuenta a la totalidad de la población boliviana; división que se instauraba en el seno mismo del “pueblo”, en la oposición que se establecía entre *los indios* (pertenecientes a grupos étnicos) y *los no indios* (vinculados con las clases medias). Las

“recetas” para unificar a la nación señalaban por un lado, mantener poderes e instituciones ya establecidas y por el otro, anular rasgos propios de las culturas originarias ya que eran considerados como retrógradas para el desarrollo de la nación, esto se hizo evidente con la intención de suprimir la lengua nativa de los indios, idea permanente en los sectores ilustrados que apunta a civilizar al indio para que éste se desenvuelva dentro de los marcos de la cultura moderna que habla español.

Frente a ese panorama de división y confrontación entre clases sociales, *El Diario* lanzó otro eje discursivo para anunciar la construcción de la nación con rasgos más inclusivos y pacíficos. Este estuvo referido al “mestizaje”. Veamos.

[...] Bolivia tiene que construirse bajo los rasgos de la tolerancia y del reconocimiento de la diversidad. [...] Debe fundarse una Bolivia para todos los bolivianos, forjada por los bolivianos, sin imposiciones y suposiciones de que los “originarios” representan la mayoría. [Aquí] no hay nadie original, [...] ni el Presidente es tan originario como se cree [...] Bolivia es una patria mestiza y el mestizaje es lo que debemos reconocer y defender para establecer una convivencia pacífica (Editorial-ED, 26.07.2006).

Entre tanto, Hernán Zeballos, al tiempo de comentar el contenido del libro *Rostros de la Democracia* del autor Carlos Toranzo, referido a los procesos de mestizaje en Bolivia; el articulista concluye haciéndose la siguiente pregunta: “[...] ¿qué sentido tiene intentar forzar a convertirnos a todos en aymaras, veneradores del Sol y supuestamente ansiosos de retornar a un pasado mítico de hace cinco siglos?, pretendiendo desconocer cuando menos 180 años de historia nacional y de construcción institucional”. Es necesario comprender, dice, “[...] que el país ha hecho avances lentos, pero significativos en materia de integración social, de su mestizaje, que no tienen retroceso y sí contribuyen al lento avance democrático nacional” (ED, 12.10.2006).

Luego de realizar un análisis sobre la larga historia de exclusiones de los sectores indígenas, Carlos Miguelez, concluyó: “si ya sabemos a lo que conducen el racismo

excluyente, no caigamos en un racismo invertido que sólo incluya a los indígenas [...] es preciso, ahora más que nunca, mantener en alto la bandera del mestizaje” (ED, 08.01.2006: I2).

Así también, *Clovis Díaz de O.F* en su artículo, *Los “500 años” entre España y Bolivia*, reflexionaba las “verdaderas” derivaciones de los 500 años de dominación colonial.

[...] Pensemos y aceptemos que la sangre española corre por las venas de todos los bolivianos y la sangre india corre igualmente por todos los que se dicen descendientes de españoles [...]. Han desaparecido a lo largo de estos cinco siglos las fronteras genéticas. Las células y la sangre de quienes nacimos en Bolivia tienen ambas vertientes y es inútil negarlo utilizando la terminología de “los 500 años”, porque es una postura de revanchismo, ultraconservadora que, por la afinidad que tienen Bolivia y España, debe ser enterrada sin pena ni gloria (ED, 04.02.2006).

Evidentemente, todas las referencias citadas, tienen como componente común el discurso del mestizaje; sin embargo hay elementos que son necesarios tomar en cuenta para dilucidar la dirección a la que esta retórica discursiva quería llegar. Uno de los primeros rasgos que es importante destacar es que el mestizaje que se propalaba desde *El Diario*, entraba en amplia oposición al discurso indigenista que ponían en el centro a los sectores indígenas “originarios”, señalando que ese término –originarios-es inadecuado para describir a la sociedad boliviana. Pero también el discurso del mestizaje fue asociado con la integración nacional, con la convivencia pacífica y con el desarrollo de la democracia; lo que quería decir que pensar en la diversidad étnica y cultural significaba obstaculizar y/o retroceder en el desarrollo alcanzado y alterando la convivencia de los bolivianos. En efecto, el mestizaje estaba siendo asociado con rasgos y valores positivos, era considerado como una herramienta que permitiría la sostenibilidad, la armonía social y una construcción óptima de la nación boliviana, señalando con esto que aquellos elementos del pasado, idealizados por la cultura indígena, deben ser desechados, de lo contrario se estaría retrocediendo y ningún retroceso es reconocido como positivo para el progreso del país.

Es importante hacer notar que el mestizaje también ha sido planteado dentro del marco de la cuestión biológica es decir que el mestizaje ha dado lugar a que se desdibujen las diferencias genéticas / étnicas-raciales, asumiéndose así a la población como parte de la mezcla generalizada resultante de la colonización y del transcurrir del tiempo. Todo esto con la intención de anular el surgimiento y protagonismo de los sectores indígenas campesinos que comenzaba a producirse dentro de la Revolución Democrática-Cultural.

Con todo lo presentado hasta aquí, se puede señalar que las categorías “cambio”, “pueblo” y “nación” estuvieron fuertemente vinculadas y constituyeron los ejes discursivos más importantes en el trabajo periodístico de *Los Tiempos* y *El Diario* a la hora de representar el proceso de transformación por el que atravesaba Bolivia para el año 2006.

Ambos periódicos, desde planteamientos distintos pero con objetivos bastante similares, destacaron la necesidad de crear un nuevo momento político y una nueva nación, y para esto representaron -con rasgos particulares que diferenciaban y oponían a indios y clases medias- la presencia y participación del pueblo boliviano. No obstante, la novedad política que traía consigo la toma del poder por parte de los movimientos sociales, sectores indígenas y campesinos, hizo que se enarbolan una serie de discursos, como el mestizaje o la unidad nacional, en reacción ante el protagonismo indio. Lo interesante de esto es que en el intento de apuntalar la unidad de Bolivia, se tendió a enarbolar el sentimiento de bolivianidad, esta retórica además de atenuar las diferencias identitarias-étnicas-culturales o de unificar culturalmente a la nación, se constituyó en un discurso que suplió de alguna manera a la noción del pueblo; esta vez la bolivianidad tenía la capacidad de referirse de manera abstracta e indiferenciada a los distintos sectores que componían a la sociedad boliviana.

3.2 El *continuum* de los indios como problema

La asunción de Evo Morales a la presidencia de Bolivia y por consiguiente, la irrupción de abarcas, ponchos, y polleras en los espacios del poder no sólo consolidó otros modos de conducir la política sino que también produjo un quiebre importante en los imaginarios de la sociedad, fundamentalmente porque las prácticas, lugares, cargos, etc., que eran considerados “exclusivos” de determinadas elites políticas-económicas, estaban siendo removidos y apropiados por dichos actores sociales. Este hecho condujo a que el término *indio* sea revalorizado y/o caracterizado tanto por aquellos que se asumieron como “indios” (o los que eran afines a ellos), como también por los que se asumían como su contraparte, los “no indios”.

Bajo el discurso de los “500 años de dominación y discriminación”, los sectores indígenas plantearon el reconocimiento de las 36 nacionalidades indígenas con sus prácticas, usos y costumbres. Su postulado central se resumía en la creación de un “estado multinacional que rompa la esquizofrenia de una elite que durante siglos ha soñado con ser modernas y blancas. [...] Sólo mediante diferentes formas de autogobierno, implantando nuestros símbolos, valorando y legitimando socialmente nuestros idiomas indígenas, se podrá hablar de una nación boliviana”, señalaba el representante de la CIDOB (ED, 13.08.2006).

De hecho y como lo vimos en el apartado anterior, este planteamiento fue recogido y abanderado por el partido de gobierno, y para intentar hacerlo efectivo, dispuso por ejemplo, que los trabajadores de las instituciones públicas, además del castellano sepan hablar otra lengua originaria, que la whipala sea incorporada como parte de los símbolos patrios, que la hoja de coca sea tomada en cuenta como parte del desayuno escolar, entre varias otras ideas que por cierto resultaron absurdas para los articulistas/editorialistas de los periódicos.

[...] ideas tan disparatadas como aquella de cambiar el nombre de la República y sus símbolos o introducir la coca al desayuno escolar caen por su propio peso [...] parece oportuno reproducir parte de un estudio realizado por el Centro Latinoamericano de Investigación Científica (Celin Bolivia) [...] que demuestra que las personas que acullican o bebe mate de la hoja, están en realidad consumiendo cocaína. [...] habría que preguntarse cuántos de los padres de familia permitirán que sus vástagos se desayunen cotidianamente una coca (ED, 26.02.2006).

José Brechner hizo una acotación similar: “[...] El Ministro de Relaciones Exteriores, David Choquehuanca, opinó que a los niños hay que darles coca en el desayuno escolar porque tiene más calcio y hierro que la leche. Pues ya que está en la onda, porqué no les da también heroína [...]” (LT, 02.03.2006:A6).

Más allá de que el cambio de nombre y de símbolos se haya concretado y que la idea de proporcionar hoja de coca haya sido o no un planteamiento acertado, lo que operaba como telón de fondo fue la permanentemente estigmatización a los elementos / símbolos de las culturas indígenas, pero especialmente en lo que respecta al consumo de coca, algo no novedoso en los comentarios periodísticos.

Ahora bien, también se había anotado que el año 2006 estuvo signado por una honda confrontación sociopolítica sobre el modelo de nación que debía imponerse. Como se dijo, la batalla estaba dada entre aquellos que consideraban que a nombre de los “500 años de discriminación” la políticas debían estar dirigidas a responder y beneficiar a los sectores históricamente subalternizados y a resaltar cuestiones referidas a las identidades étnicas, frente a aquellos que consideraban que las clases medias-mestizas debían tener también un rol significativo en la construcción del Estado. De todo esto resultaron en la prensa escrita, hondos debates políticos / académicos acerca de la predominancia de ciertas identidades sobre otras³⁸. En ese contexto, Jimmy Ortíz, articulista de *Los Tiempos*, publicó un texto en el

³⁸ Diego Zavaleta (2009), advierte que en los albores de siglo XXI surgieron posiciones políticas/ideológicas/académicas que plantearon un largo debate sobre si Bolivia es un país predominantemente indígena o mestizo. Considera sin embargo que “es un debate erróneo, ya que asume la centralidad de una

que analizaba “las luchas étnicas” y los “casos racistas” más significativos en la historia, como fueron las de Alemania y la ex Yugoslavia, acotando un tercer caso.

La tercera lucha étnica se está gestando con toda claridad en los Andes Centrales sudamericanos, más propiamente en Bolivia [donde] los síntomas y signos son cada día más evidentes: idealización de imperios precolombinos, retórica de superioridad étnica, partido político con evidente tinte indigenista, banderas extraídas del pasado, odio y resentimiento por doquier. Y no es que le falte razón a los originarios. Ellos fueron esclavizados por los conquistadores europeos y después excluidos por los gobiernos republicanos. El tema es que ahora pegan la rabia contra todo el mundo. Contra una gran mayoría de población mestiza que no tiene velas en este entierro (LT, 05.07.2006:A12).

Lo que destaca de esta cita es que la presencia de los indios como parte fundamental del (nuevo) contexto político-social boliviano, estaba siendo caracterizada bajo el discurso de la “venganza indígena”. Esta idea la incorporó también en su reflexión el articulista Cayo Salinas, a propósito de la aparición mediática de los denominados *Talibanes Indígenas*³⁹.

[...] Lo que sí me preocupa y de ahí que me haya ocupado de los Talibanes, es esa especie de consigna en algunas esferas donde se maneja la idea de que Bolivia es un país solamente de los indígenas y que en torno a ese postulado debe conducirse la Patria [...]. Ese tipo de posturas huelen a racismo. Huelen a discriminación y ahondan un problema nacional que no podemos soslayar [...]. Hay resentimiento, existe odio racial, las diferencias en ese terreno se han acentuado en relación a la conducta que había de unos con otros, y me animo a señalar que esas diferencias están más arraigadas desde que el gobierno asumió el mando de la Nación. Pareciera que si uno no es indígena no sirve. [...] No cuenta el esfuerzo de los mestizos que somos muchos, y que día a día apuntalamos para que Bolivia no naufrague. [...] El gobierno que dice ser indígena y para los indígenas, también deberá tragarse la idea, aunque mucho no le agrade, de que habemos mestizos y habemos muchos. (LT, 16.07.2006:A13).

Así también, una nota informativa, después de señalar las confrontaciones sociales que se estaban produciendo entre los sectores sociales afines al partido de gobierno y los

identidad particular (la étnica) en un país acostumbrado a la relevancia de múltiples identidades. [...] Lo importante es en entender cuáles son los aspectos que nos unen como sociedad y no únicamente aquellos que nos diferencian”

³⁹ Éstos eran jóvenes aymaras y quechas de la ciudad de El Alto organizados y presentados ante los medios por el concejal alteño Roberto de la Cruz, quien señalaba que “lo de ‘talibanes’ es porque son estudiantes dispuestos a todo y lo de ‘indígenas’ porque apuntan a tener un gobierno pleno de indígenas” (LT, 12.07.2006).

cívicos del afines a la Media Luna, hacía un balance sobre la situaciones por las que habían atravesado los indígenas a lo largo de varios gobiernos, hasta llegar al actual, señalando: “Aquellos más estos menos estropearon históricamente las relaciones con las minorías hoy llamadas "étnicas" que, por esas cosas de la vida y de la democracia, hoy están en el poder y buscan revanchas abiertas y/o camufladas” (ED, 16.11.2006).

Todas estas referencias son ilustrativas y señalan que los resentimientos, ánimos de venganza, odio y la violencia desmedida que decían caracterizar al accionar de los movimientos indígenas y campesinos podían ser asociadas con la idea de la “limpieza étnica”; se entiende que se dio esto porque desde la prensa se reconoció que el poder político estaba siendo acaparado por estos sectores. Pero además, dichas ideas estaban también relacionadas con discursos que se referían a la “guerra civil o racial”, a la “revancha india”, e incluso existieron quienes se refirieron –como vimos en una cita anterior- al establecimiento de un “racismo al revés”, promovido, en esencia, por el gobierno de Morales y reproducido por indígenas y campesinos de base, en contra de los sectores mestizos.

Estos discursos, fueron difundidos en su mayoría por el periódico *Los Tiempos* y en su generalidad daban cuenta del entramado de conflictos sociales⁴⁰ que se desarrollaban a lo largo y ancho de Bolivia, lo cuales estaban conduciendo al país a una guerra civil. Así lo destacó el texto de Francisco Rico, quien advirtió que dado el alto nivel de conflictos e incidentes sociales, Bolivia estaba a muy pocos pasos de introducirse en una guerra civil. Para evitar llegar a este enfrentamiento, proponía que el gobierno dejara de “exaltar las fobias

⁴⁰ En distintos tiempos, se dio la (re) emergencia de comités cívicos en prácticamente todas las regiones del país que apostaban por la defensa de las autonomías departamentales. Para esto convocaban a multitudinarios cabildos en los que se impulsaba la confrontación con los planteamientos gubernamentales y con los sectores que lo apoyaban. Por otro lado, se produjo un enfrentamiento entre los mineros asalariados y cooperativistas en las minas de la localidad de Huanuni que dejó como saldo alrededor de 15 muertos y 60 heridos. En respuesta a esto, la dirigencia de la Central Obrera Boliviana, denunció y anunció juicio de responsabilidades al gobierno por la falta de voluntad para intervenir en los problemas mineros, así también inicio movilizaciones en apoyo al magisterio que protestaba por la aprobación de una Ley de Educación de manera abrupta y sin consensos. El sector del transporte, junto a las demandas regionales por mejoramiento de vías e infraestructuras, coadyuvaron para que el escenario político nacional se encontrara fuertemente convulsionado.

raciales [y comenzar] a gobernar de una buena vez para todo los bolivianos, y no sólo para la Nación Aymara” (LT, 03.09.06).

De igual modo, en un artículo publicado en *El Diario* luego de hacer alusión al llamado que realizó el vicepresidente a los indígenas de la provincia de Omasuyos para defender el proceso revolucionario, señaló que este tipo de declaración lo único que hacían, era agravar temores de enfrentamientos raciales. Aunque, el vicepresidente se haya redactado de tan belicosa arenga, lo cierto es que ese tipo de rivalidades “alentadas por diversos líderes políticos y sociales se están convirtiendo en odios”; para señalar en la parte final: “asistí a la documentada conferencia del doctor historiador Ramiro Prudencio sobre la Guerra Civil española de 1936 a 1939 [...] Lo remarcable de aquella ilustrada conferencia fue [que pude] comparar con las tensiones políticas y sociales que estamos viviendo en Bolivia ahora mismo” (Gramunt de Moragas, ED, 20.09.2006).

Del mismo modo, y con un tinte sarcástico, Paulovich, se refirió al advenimiento de una guerra con tintes raciales, fruto de la declaración que realizó del vicepresidente a los indígenas.

Ayer llame urgentemente por teléfono a España para despedirme de mi esposa en vista que los campesinos de la Provincia Omasuyos decidieron marchar sobre Santa Cruz para “derrotar a la oligarquía”, mientras el Vicepresidente de la República García Linera llamaba a las armas.

-Te llamo tesoro mío, para comunicarte que además de remesa en Euros que me envías mensualmente, a partir de ahora tendrás que mandarme otra cantidad extraordinaria por concepto de “Bono de Guerra” pues todo parece indicar que la guerra civil entre bolivianos [...]

-Primero quisiera saber en qué bando combatirás en esta guerra civil anunciada.

- Me sorprende tu pregunta, [...] yo lucharé al lado de mis hermanos cruceños porque nada tengo que ver con los Omasuyos ni con los Pacajes, pues mis ancestros son quechuas y españoles.

- Me parece bien que te prestes a luchar junto a los cruceños pues los otros quieren llevar a tu país a las épocas del Incario, o sea retroceder 500 años en la historia. (LT, 24.09.2006: A12).

Todas estas ideas de guerra civil, estuvieron respaldadas en el estudio que realizó el Grupo de Apoyo a las Colectividades Extranjeras del Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina, en el que se aseguraba que existía un 56% de probabilidad de que en Bolivia se desate una guerra civil. Pero lo que resalta en los textos citados, es que la instauración de una posible guerra estaba siendo promovida por el gobierno del MAS en alianza con los indígenas y campesinos, en el afán de consolidar una patria india.

Lo interesante de esto es que los discursos sobre el establecimiento de una guerra civil-racial, o una revancha india, estaban siendo retomados después de haber transcurrido más de medio siglo. Hay que recordar que estos discursos fueron empleados en momentos de sublevación indígena antes y durante el proceso revolucionario de 1952, “violencia racial” o “guerra de razas” que se producía en contra de los hacendados y que para el caso del 2006 eran las clases medias o sectores mestizos. En definitiva, la idea de la guerra civil también estaba siendo asociada con el retroceso, como continuidad de la idea poscolonial del indio como obstáculo del progreso.

Por otra parte, otras temáticas fueron también abordadas en los textos de los medios escritos, las cuales se centraron en resaltar el atraso indígena, la falta de preparación, y estancamiento y/o retroceso que producía la inserción de los indios en las tareas del estado y en los aspectos sociopolíticos.

Por ejemplo, E. Pereira, sostenía que con la asunción de Morales y de los indios al poder, la democracia se había convertido en parapeto de dictadores más peligrosos que los que surgieron de las fuerzas armadas, fundamentalmente porque estaba en manos de “aquéllos que no tienen formación cultural y menos, base doctrinal que les permita comprender los valores humanos como punto de partida y como objetivo para gobernar a un país” (ED, 23.04.2006)

Bajo la misma línea Waldo Peña dijo: “[...] En viejos tiempos, Doña Política era soberbia, engreída, desdeñosa y sólo se codeaba con señoritos de rancio abolengo y sólida fortuna, o por lo menos con doctorcitos [...] pero la democratizaron a palos y balas y hoy es tan generosa que se abre impudicamente para cualquier aventurero audaz, así sea un cholo mugriento y analfabeto (LT, 08.02.2006: A6).

José Brechner, también se refirió a la condición de los indios, y más propiamente a Evo Morales, personaje que encarnaba a todo el bloque indio-campesino y que era catalogado, por el articulista, como el “personaje más rústico y grosero que existe en función de gobierno”.

Ante el ruido que causa Evo Morales, los campesinos y la clase inculta de Bolivia, creen que el hombre es elogiado y aceptado por sus iguales en oficio a nivel internacional. [...] Que Evo sea objeto de atención, es porque resulta inédito en la historia política y diplomática moderna, que un individuo que apenas puede hilvanar una frase coherente, lee con dificultad escolar, viaje a entrevistarse con los dignatarios más importantes del mundo vestido con un sweater barato o chaqueta de cuero, y que no conoce de las maneras, costumbres, ni el lenguaje utilizado en el ambiente internacional, haya llegado a la presidencia de una nación. [...] Donde estuvo, los comentarios sobre su persona han sido abochornantes [...]. Evo es famoso pero no por razones que puedan enorgullecer a los bolivianos. Más bien todo lo contrario. Hasta el momento lo único que siente el pueblo instruido es vergüenza. (LT, 04.05.2006).

El comentario que realizó Manuel Jemio sobre la importancia del aspecto en las personas que ocupan lugares de poder político y sobre la imagen que mostró el presidente al país y al mundo exterior, también es importante de destacar.

La vestimenta de una persona, analizada con rigurosidad, por supuesto que no es secundaria, menos en hombres públicos y dignatarios de Estado, tampoco en subversores del orden y revolucionarios. El atuendo que llevan refleja las características de una persona, la función o disfunción que ocupa en la sociedad. [...] Con la manera de presentarse que tiene Evo, nomás se repite el pensamiento colonial sobre los indígenas y el país [...] al considerarlos como “seres sin alma, sin cultura, sin amor propio” que se mueven sólo por las urgencias del momento, correspondientes a épocas cavernarias. Después de sus viajes [...] Parece que nos

olvidamos lo que tanto se repetía, “hacer quedar bien al país en el exterior” (ED, 21.01.2006).

Así también con verdadera pena y no poca vergüenza, decía, Samuel Mendoza “hemos observado en la legislatura que toca a su fin, a numerosos ‘honorables padres de la Patria’ hacer caso omiso de su prestancia y de la responsabilidad que llevan encima. No pocos son los que asistieron a las sesiones de cámara mal vestidos, con sombrero puesto y hasta con plumas en la cabeza” (ED, 12.01.2006: I2).

El abordaje que se le dio desde ambos periódicos a la vestimenta del presidente para el día de su posesión (había quienes decían que Evo Morales debía vestir poncho y ojotas, mientras que otros apelaban a que se presente con saco y corbata por respeto a la investidura) y a la imagen de los personajes que ocupaban lugares dentro del poder, daba cuenta de que la vestimenta, digamos convencional (europea), elegante, utilizada por el común de mandatarios de Estado, estaba siendo confrontada con la vestimenta propia de los indígenas; lo que equivalía a decir que los trajes convencionales tenían relación con el mundo/moda moderna, mientras que los elementos de la vestimenta de los indios representaba el pasado o el retraso indígena.

Entre tanto en la redacción central del periódico *Los Tiempos*, se leía

[...] Es fatal: campesinos convertidos de sopetón en gobernantes tienen muchos problemas con el lenguaje, no sólo por sus imprecisiones sintácticas o fonéticas sino sobre todo porque tienden a hablar demasiado, con primitiva sinceridad, y sin saber lo que es "políticamente correcto" o no lo es. Incurren en lo que comúnmente llamamos torpezas protocolares, terrorismo diplomático o metidas de pata porque ignoran el arte político [...] (LT. 01,11.2006).

No hay duda de que estos discursos intentaban hacer ver que la cultura, la preparación, la educación, el refinamiento, eran elementos completamente ajenos a la vida de los indígenas y campesinos, lo que llegaría a significar –pensando en lo que se afirmaba en el

1952- que los indios / campesinos son agentes incivilizados. Es necesario dejar en claro que los textos no los señalan bajo esos términos, pero los significados eran bastante similares.

Luego de haber presentado todas estas referencias que hacen alusión a la cuestión indígena, se puede decir que tanto *Los Tiempos* como *El Diario*, se dieron a la tarea de representar la presencia de los sectores indígenas y campesinos en el primer año de la Revolución Democrática-Cultural, de una manera bastante parecida. Lo que sale a la luz es que en ambos medios, existieron ejes discursivos que fueron retomados del pasado, renombrándolos o resignificándolos para pensar el momento político imperante en el 2006.

Por un lado, resurgió el discurso de la guerra civil/racial, como correlato de la presencia descubierta y de confrontación que establecieron los indígenas y campesinos con las agrupaciones cívicas; actos que eran vistos como peligros para la estabilidad social por la gran cantidad de odio y sentimiento de venganza que éstos contenían. Así también se recurrió a la vieja idea de la “falta de civilización” de estos sectores, que en definitiva estaba asociado no sólo a la desinformación o falta de educación, sino también que se hacía evidente en los modos de conducir la política, en los elementos y símbolos culturales, en la vestimenta, por citar algunos. Lo que en definitiva señalaban un desprecio a todo lo concerniente con el mundo indígena, ya que era considerado como una suerte de obstáculo o freno para cimentar la modernidad, porque estos- se decía – buscaban “retornar a los tiempos del incario”.

3.3 “Mandar obedeciendo al pueblo”

El establecimiento de la Revolución Democrática-Cultural el año 2006, resultó -como se dijo desde el discurso nacionalista del gobierno y desde la prensa escrita- de la participación del pueblo boliviano en su conjunto; sin embargo, la centralidad de este pueblo

la ocuparon los movimientos indígenas/campesinos (de oriente y occidente), los sindicatos cocaleros y en sí, todos los sectores subalternos. Si bien es cierto que todos estos sectores vislumbraron al partido de gobierno como el instrumento político que haría efectivas sus demandas, no obstante, su apuesta máxima estuvo dirigida a Evo Morales, reconocido como el personaje símbolo del proceso revolucionario, no sólo a nivel nacional, sino también internacionalmente. A lo largo del primer año de gestión, muchos fueron los anuncios periodísticos que daban cuenta del protagonismo del presidente Morales; por ejemplo se leía: “Evo Morales, acapara atención del Estado y del continente” (LT, 21.01.2006), “Con la posesión oficial de Evo Morales como presidente de Bolivia comienza una nueva etapa en la vida republicana y democrática del país” (ED, 03.01.2006), Evo Morales: el 5° Pachakuti Andino y el Willka 52 de Tiwanaku (ED, 22.02.2006).

Ahora bien, la afiliación que se estableció entre esta parte del pueblo y el líder del partido en función de gobierno, fue un tema que ocupó las páginas de los periódicos; entre los titulares que se podían leer con regularidad, destacan: “Más de 10 mil cocaleros asisten a la posesión” (LT, 19.01.2006), “El presidente Morales [invocó] a los pueblos indígenas y originarios que acompañen el proceso que impulsa su administración de Gobierno [...] en una masiva concentración de pueblos originarios que se realizó ayer en la histórica plaza de Los Héroes”(ED, 13.10.2006), [...] con gritos y aplauso una multitud de indígenas (se estima más de 30 mil) reciben a su nuevo presidente” (LT, 23.01.2006).

Sin duda, la fuerte adhesión popular que alcanzó a obtener Evo Morales para el 2006, resultó de una larga historia de militancia y lucha política junto a los movimientos indígenas y campesinos, particularmente con los sindicatos cocaleros de Cochabamba, sumada a la concreción de las principales ofertas electorales: nacionalización de los recursos naturales y la instauración de la Asamblea Constituyente. Todos estos elementos hicieron que las

relaciones entre el presidente y los sectores indígenas-campesinos estén fuertemente cimentadas y sirvan de base para las reflexiones de los intelectuales de la prensa escrita; no obstante, la representación que se hizo sobre los vínculos entre el movimiento cocalero y Evo Morales, tuvo tintes particulares.

Pasada la posesión del nuevo gobierno, notas informativas como ésta circularon abundantemente por los periódicos. “El presidente Evo Morales [se reunió] con los ejecutivos de las seis Federaciones de Productores del Trópico de Cochabamba, de las centrales y de los sindicatos de productores de coca, con la finalidad definir el accionar del nuevo gobierno, de sus ministros y autoridades recientemente posesionadas, además para establecer las tareas orgánicas y políticas de este sector social, pilar del Movimiento Al Socialismo (MAS)” (L.T, 28.01.2006).

Mientras que a los pocos días de la posesión de Evo Morales como mandatario de la nación, se realizó el VIII Congreso Ordinario de las Seis Federaciones del Trópico de Cochabamba, en el cual Evo Morales fue (re)elegido como presidente de tan importante órgano sindical. Este acontecimiento fue catalogado como “histórico” por el movimiento cocalero, así lo expresó el presidente del presidium, Julio Salazar.

“Este congreso es histórico, ya no se definirán acciones ni políticas para resistir y hacer frente al gobierno de turno que no atendía nuestras demandas o defender la hoja de coca o la Asamblea Constituyente, como hacíamos antes. Ahora estamos en otra coyuntura y situación. Las Seis Federaciones están en el Gobierno y el Presidente de la República es un cocalero”.

[...] Debemos ver cómo defender al Gobierno, precisó Salazar, al afirmar que con seguridad no habrá movilizaciones contra el Presidente de la República y su administración sino serán para hacer respetar al Gobierno. (LT, 13.02.2006).

Con este tipo de informaciones, se daba por sentado que los cocaleros se constituirían en los principales vigilantes del proceso de cambio y en adelante, la negociación y el diálogo se convertirían en la forma de proceder para establecer consensos con el gobierno,

especialmente en cuanto a la apertura del mercado para la comercialización de la hoja de coca y para el aumento y legalización de un cato de coca (1.600 metros de extensión de cultivo por familia).

Ahora bien, luego de conocer la sólida imbricación entre cocaleros y Morales, Orlando Camacho, difundió un artículo por demás ilustrativo titulado *Psicología de las masas de los cocaleros*. Para esta reflexión el articulista recurrió a los planteamientos de Gustav Le Bon sobre la psicología de las multitudes. Es importante anotar (y de alguna manera el articulista hizo alusión a esto) que para Le Bon las formas de pensar, sentir y obrar de las personas se transforman drásticamente cuando forman parte de una muchedumbre; en la muchedumbre se elimina todo lo heterogéneo (las aptitudes personales, la conciencia, la individualidad) y se alega por lo homogéneo, formándose así una clase de “alma colectiva” que está dominada por cualidades inconscientes. Es de esta alma colectiva, dice Le Bon, de donde surgen sentimientos caracterizados por los impulsos, irritabilidad, propensión a la sugestión hacia una figura paterna y, en su conjunto, se recae en la exageración, el simplismo y el dogmatismo. Con esos fundamentos, Camacho opinaba:

[...] la “figura paterna” para las multitudes en los cuales aquellas se identifican y proyectan, pueden ser aplicadas a los cocaleros del Chapare en quienes impera el autoritarismo y el caudillismo. La psicología de las masas de los cocaleros nos indica que en ellos predomina el espíritu de cuerpo en sus asambleas en las que no predomina la racionalidad sino los impulsos de irritabilidad, sugestión y dogmatismo. Corresponde pues, abrir un capítulo para la psicología política y explicarse a la irreflexiva aclamación de líder a Morales quien a la vez es debido a su múltiple personalidad presidente de la república, jefe del MAS y dirigente cocalero, todo un “Duce” (LT, 22.02.2006:A6).

Pero además declaraciones como estas: “Morales invocó a originarios a respaldar la Constituyente” (LT, 15.10.2006), “Morales instruye a [...] sindicatos vigilar cabildos”(ED, 15.12.2006), Los sectores sociales, campesinos e indígenas, vinculados al gobernante alistan [...] un gran cabildo que tendrá lugar en El Alto para respaldar al presidente Evo

Morales”(ED, 23.12.2006), cimentaron las bases para que impere la idea de que los indígenas y campesinos, particularmente cocaleros, representan una multitud sometida (ciegamente) a los llamados de su “líder” o “agitador”. Gustav Le Bon señala, que lo que caracteriza a este líder es su impotencia creadora, envidia y revanchismos, que estando una vez en el poder proporciona la anarquía (Le Bon, 1963:40-48). Y en efecto, muchos de los artículos que fueron reproducidos con anterioridad, confirman esta tendencia; mostrar a los indígenas y campesinos, como agentes irracionales, peligrosos, carentes de formación/cultura y que su accionar está guiado por resentimientos, odio y ánimos de venganza, impulsados por un líder, que en el caso, como se vio esta personificado en el presidente Evo Morales.

Entonces, la ratificación de Morales como presidente de la máxima organización cocalera sirvió de excusa para representar / estigmatizar a los movimientos indígenas y campesinos en su relación con su máximo representante. Pero también sirvió para que se critique la “incondicionalidad” de ese apoyo señalando que ésta establecía favoritismos políticos.

Es incompatible, desde el momento en el que asume la Presidencia de la República, él se debe a los más de 8 millones de bolivianos de habitantes de este país y no puede ser el representante de un sector, porque ahí está perdiendo la capacidad de ver al país como un todo integralmente y abordar todos los temas con una visión de Estado. Como dirigente cocalero sólo pierde la capacidad de analizar como Jefe de Estado (Fernando Messmer, ED, 16.02.2006).

Es así que una gran cantidad de críticas y ataques señalaban la inclinación y preferencia del presidente por los campesinos cocaleros; incluso fue denominado como “gobierno cocalista” como lo dijo Cecilia Lanza en una publicación en el periódico *Los Tiempos*. “El problema radica no solamente en que a partir de este momento el presidente Evo preferirá atender la demandas de los indígenas y campesinos, esencialmente cocaleros [...], sino que estos personajes tendrán que entrar en el juego maniqueo del poder que ejerce el líder cocalero, [...] convirtiéndose una vez más en la masa irracionalmente manipulada,

obligada a enfrentarse y resistir a cualquier tipo de oposición que se le haga a su gobierno” (Oblitas, ED, 13.06.2006).

En efecto, sobresale en los artículos presentados, los ejes discursivos referidos a la irracionalidad de los sectores indígenas y campesinos y a la manipulación que ejerció su líder sobre éstos para alcanzar determinados objetivos políticos. Esto lleva a pensar – retomando lo ocurrido en 1952- que dichos sectores entablan su articulación con el líder del proceso, en calidad de agentes obedientes, dependientes, propensos a seguir emocional o irracionalmente los postulados de un caudillo e incapaces de desarrollar sus planteamientos y demandas sectoriales de manera independiente. No obstante, es importante reproducir algunas declaraciones emitidas desde las bases obreras, indígenas y campesinas para poder contrastar con los planteamientos discursivos emitidos por los articulistas. Veamos:

El presidente de la Federación Nacional de Cooperativas Mineras de Bolivia (Fencomin), Pascual Guarachi anunció: El gobierno del compañero Evo Morales debe comprender que no se puede incrementar el impuesto que pagan las cooperativas mineras [...] de no cumplir con nuestro pliego iniciaremos medidas de presión”(ED, 22.05.2006).

El voto resolutivo, firmado por Francisco Chambi, Efraín Mollo, Juan Carlos Vito, Modesto Taco y Sacarías Samo establece: Ratificar su apoyo incondicional al gobierno de nuestro hermano Evo Morales Ayma, presidente de nuestro Kollasuyo marka, hoy República de Bolivia (ED, 31.12.06).

Hoy nos quedamos sin discurso y lo celebramos "Hoy los pueblos hacemos la historia. El primer Presidente indígena está haciéndonos conocer que el indígena sí puede transformar un país y manejar un Estado. [...]El hermano Evo está cumpliendo su misión dentro del sistema estatal, en el que ha sido elegido.[...] El pueblo decide, si el pueblo dice Tahuantinsuyo, entonces Evo tiene que respetar lo que dice el pueblo. Sin duda, hoy la historia la hacen los indígenas (Germán Choquehuanca, LT, 06.05.2006).

Marcha indígena de la Confederación de Indígenas del Oriente Boliviano (Cidob) continúa desde Cochabamba a la Sede de Gobierno, El principal pedido al Gobierno central es la aprobación a las modificaciones a la Ley INRA [...]. Caly Hurtado, responsable de la marcha, advirtió que las comunidades en el oriente boliviano tienen otras necesidades que serán demandas al gobierno de Morales.

“estaremos en constante vigilia y movilización hasta que Evo cumpla con nuestros pliegos” afirmó. (LT, 24.22.2006).

Todas estas son señales de que la relación entre los sectores populares: obreros, indígenas y campesinos, se alejó de las caracterizaciones referidas a la manipulación por parte del líder, al acatamiento obediente de las masas y a la irracionalidad que presentaban éstas en sus planteamientos y actos. Está fuera de dudas de que estas bases brindaron un fuerte apoyo a Evo Morales y a su gobierno, sin embargo referirse constantemente a él como “hermano Evo”, muestra que la relación no se fundaba -como con Paz Estenssoro en 1952- en la idea de un Padre/Líder/Jefe que dirige a su masa; por el contrario lo que más bien se percibe es una articulación en base a una cierta condición de igualdad, no de cargo, sino social-humana.

Resulta llamativo que desde los artículos no se considere este tipo de vínculos y más bien se tienda, con cierta intencionalidad discursiva, a hacer ver a los cocaleros, indios y campesinos como una masa emotiva y dependiente; dejando de lado que el desarrollo de las políticas de gobierno dependen del acatamiento o no de estos actores sociales, que más bien este pueblo boliviano es el que brinda o quita el apoyo al gobierno de Morales, que de alguna manera el protagonismo y la credibilidad del liderazgo del presidente depende de la efectivización de las demandas que plantean estos movimientos sociales.

Cabe destacar también, que existió otro eje discursivo a través del cual se representó al líder de proceso revolucionario. Este caracterizaba a Evo Morales bajo como un liderazgo de tipo dictatorial, totalitario y/o autoritario, sobre todo porque pretendía establecer un *nacionalismo indianizado* (Stefanoni, 2010) sin consensos y sobre todo oponiéndose y rechazando propuestas de sus opositores, los sectores “no indios”. Para *Los Tiempos* y *El*

Diario este rasgo que imperaba en Morales y su gobierno, estaba conduciendo a la fragmentación de la nación.

Quienes solamente pretenden retroalimentarse con su ego, creyéndose dioses porque han sido elegidos por el pueblo y, por tanto, creen que tienen un mandato donde esconder sus incoherencias, sus ligerezas, su agresividad y su desconocimiento del ordenamiento de una nación y de las instituciones que deben ser cuidadas, mejoradas y fortalecidas, cometen el más craso error, que los pone con un pie en el desgobierno dictatorial. [...] Y estoy temeroso de que estemos en camino a hechos que nos conduzcan a la destrucción de la nacionalidad, para que los buitres hagan lo suyo con sus despojos (Ernesto Pereira, LT, 23.04.2006).

Del mismo modo, José Brechner en su artículo *Dictadura de Evo Morales*, se refiere a la confrontación social a la que estaba conduciendo el presidente que tenía indicios de decantar en una guerra racial y sobre los rasgos autoritarios-dictatoriales que caracterizaban a su gobierno.

El fenómeno "Evo Morales" es decepcionante hasta para los más izquierdistas. Inclusive los periódicos radicales de Bolivia dejaron de alabarlo y cuestionan su compromiso con la libertad y la democracia. ¿Cómo les demoró tanto darse cuenta del error de darle su voto, si Morales durante años vino actuando autoritariamente? ¿Cómo se puede concebir que un sindicalista pendenciero, sin ninguna preparación intelectual, maneje un país? [En] Bolivia no [...] existe la obediencia a la ley, que es el punto de partida hacia una comunidad civilizada. Hoy el mayor quebrantador de las normas es el mismo gobierno.

[...] La polarización se hace cada día más notoria y previsiblemente, la mecha que prenderá la bomba, se encenderá con enfrentamientos entre las provincias de Oriente y Occidente, lo que puede degenerar en una guerra étnico-cultural [...] Todo es arbitrariedad, ofensa, irracionalidad. Morales quiere imponerse como Castro después de la revolución (LT, 20.12.2006)

A través del mismo medio, Marcelo Gonzales Yaksic, habló de la *dictadura sindical* gestada por Evo Morales no sólo en el ámbito cocalero sino en el conjunto de la sociedad. Señalaba que ante esta dictadura "el inconsciente colectivo ha modelado un temor reverencial y mucho pavor hacia el gobernador y su entorno, y eso anula cualquier expresión

critica en contra de él o de ellos. [...] la libertad está en peligro. Nos están atropellando y lo sabemos” (LT, 26.03.2006).

Entre tanto, en la página editorial de *El Diario*, se recurrió a hacer un repaso sobre el contenido conceptual de autoritarismo, para posteriormente invitar a los lectores a comparar y formar criterios con respecto a la situación del el país. Desde esta página se señalaba:

Normalmente el autoritarismo se da en regímenes en que el poder es detentado por una sola persona, o un grupo minoritario, que elaboran una constitución a su medida, en la que si bien existen órganos constitucionales, éstos están controlados por el detentador del poder. [...] El autoritarismo tiene notables semejanzas con la dictadura de la que se diferencia en que ésta suele tener carácter ocasional, mientras que el autoritarismo suele tener base ideológica fuertemente nacionalista: exaltación de los valores nacionales encarnados en el detentador del poder que con frecuencia se presenta con rasgos carismáticos.

[...] En Bolivia, está en funcionamiento una Asamblea Constituyente que se aleja de la Ley que la provocó; que pretende asumir en connivencia con el poder ejecutivo, la totalidad del poder al servicio de ese mismo poder ejecutivo; que busca, en el fondo, la permanencia de una autoridad sin límite de tiempo y con las características de un autoritarismo en funcionamiento (ED, 10.11.2006).

La idea del autoritarismo y/o la dictadura era un eje discursivo que se había afianzado en los periódicos para dar cuenta de la forma en la que Evo Morales estaba encaminando el proceso revolucionario y “avasallando” los derechos de las “minorías”. Esa fue la línea que siguió el artículo de César Fernández Rioja, *¿La democracia es la dictadura de las mayorías?* para señalar que las “minorías tienen la obligación y el derecho de tener presencia, no pueden ni deben desaparecer, tienen que asumir su responsabilidad en proporción del respaldo que tienen, omitirla sería caer en el vértigo del poder y asumir que ‘mayoría’ es sinónimo de ‘totalidad’” (ED, 04.04.2006).

La representación que hicieron ambos periódicos sobre el liderazgo autoritario de Evo Morales, estuvo signada bajo la mirada de quienes se consideraban la otra parte del pueblo, una “minoría” avasallada por indios/campesinos. Significaba, en definitiva, la negativa a

aceptar que el poder político había sido arrebatado de las manos de quienes históricamente estuvieron a cargo de la nación, y que para el peor de los casos, en el momento estaba a cargo de la administración de “incoherentes”, “agresivos”, “irracionales”, que buscan regresar al pasado, que además de atemorizar ponían en riesgo la estabilidad del país.

Conclusiones parciales

De todo lo presentado en este apartado, se pueden destacar las siguientes caracterizaciones sobre el tratamiento que los periódicos *Los Tiempos* y *El Diario* le dieron a la presencia de los agentes sociales, en el primer año de la Revolución Democrática-Cultural iniciada el año 2006.

La primera de ellas tiene que ver con que el denominado “proceso de cambio” que se había iniciado a la cabeza del indígena Evo Morales, indefectiblemente había alterado el orden de la política y de las relaciones entre la sociedad civil y el Estado. El resquebrajamiento de la estructura política neoliberal y la establecimiento de un nuevo modelo político sustentado en el discurso político-ideológico del nacionalismo, indianismo, desencadenó, euforia, esperanzas, preocupación e incertidumbre en los escritores de ambos periódicos.

La principal retórica discursiva giró en torno a la construcción nacional a través del reconocimiento de rol protagónico del pueblo boliviano en su lucha por mejorar las condiciones de vida de los bolivianos y de transformar el modo de hacer política en Bolivia. A diferencia de lo ocurrido en 1952, los discursos periodísticos el año 2006 reconocieron como parte fundamental del proceso revolucionario a los movimientos sociales, a indígenas y campesinos; no pudieron eludir esto porque de hecho, dichos actores se constituyeron en el sustento discursivo del gobierno de Evo Morales.

Frente a la irrupción del discurso indianista, desde las páginas de opinión de los periódicos empezaron a establecerse fronteras entre los sectores sociales que apostaban por las consignas oficialistas y los que apelaban por un mayor reconocimiento de los sectores “no indios”.

Ante un panorama social y político supremamente convulsionado, en el que la cuestión indígena-campesina cobraba cada vez mayor relevancia en los espacios de poder; desde la prensa se hizo el llamado a la construcción nacional tomando como eje central el discurso del mestizaje en oposición al discurso de la diversidad étnica-cultural propugnado por los movimientos indígenas y campesinos de oriente y occidente de Bolivia. No obstante, bajo el discurso de crear una nación mestiza y unitaria, se estigmatizó negativamente, bajo el rótulo de racistas, incapaces, incultos, divisionistas, manipulados, subordinados, entre otras calificaciones, a los sectores indígenas y campesinos, representados en la figura de Evo Morales.

Así también, ambos periódicos instaron a través de sus notas editoriales y de opinión a que no se piense solamente en los indígenas, sino que se promueva pactos de inclusión para poder consolidar una Bolivia unificada, enunciado que avecinaba la amenaza del estallido de una guerra civil por los conflictos y confrontaciones políticas y sociales que se iban produciendo en todo el país. Pero lo curioso es que esta exhortación no dejó de lado un posicionamiento opositor a todo lo que representaba las posturas del gobierno.

Es importante destacar, luego de todo este recorrido por los artículos y editoriales de *Los Tiempos* y *El Diario*, a más de señalar que en términos generales existió una concordancia discursiva sobre los ejes planteados, es que ambos medios no se refirieron directamente a los sectores obreros, campesinos e indígenas dentro del contexto de la revolución política. En si las temáticas de reflexión giraron en torno a temáticas más amplias

como la Asamblea Constituyente, las autonomías departamentales, en determinados momentos cuestiones referidas a la tierra y al territorio, entre otros. En todos estos temas, se tendió a identificarlos con las posiciones políticas que estaban en disputa: indios, campesino, obreros fueron catalogados como *masistas* (con toda la estigmatización que este denominativo cargaba), mientras que mestizos, ciudadanos, clases medias, estuvieron incluidos como defensores de la democracia y la unidad nacional.

CONCLUSIONES

Luego de un importante ciclo de insurrecciones populares en contra de las políticas excluyentes de los gobiernos liberales y neoliberales, se abrió paso a la consolidación de dos acontecimientos políticos de gran trascendencia para la historia de Bolivia: la Revolución Nacional de 1952 y la Revolución Democrática-Cultural de 2006. Estos dos procesos revolucionarios marcaron un quiebre importante, fundamentalmente porque era poco usual que campesinos, obreros e indios tomen en sus manos las riendas del Estado y se conviertan en los principales sujetos políticos portadores de la transformación, sepultando así las tradicionales formas de hacer política en el país desde su fundación

Las representaciones que se hicieron sobre estos sujetos de transformación han sido el eje a través del cual giró el presente trabajo y con ese objetivo, se recurrió a analizar los discursos propalados por los escritores de los periódicos *Los Tiempos* de la ciudad de Cochabamba y *El Diario* de la ciudad de La Paz. Una de las estrategias metodológicas empleadas para desarrollar la investigación fue establecer tópicos o ejes discursivos equiparables para ambos casos, con el propósito de establecer las continuidades y rupturas en la tarea discursiva de los periódicos a la hora de referirse a los sectores populares.

Entonces, dado que los años 1952 y 2006 traían consigo la idea de “Refundar el Estado”, uno de los principales ejes discursivos a través de los cuales reflexionaron los intelectuales de la prensa escrita, fue el referido a la “Nación” como fundamento de esa refundación. Pensar en la construcción de una “nueva Bolivia” significaba ante todo, exaltar las reivindicaciones sociopolíticas y las luchas populares libradas contra las fuerzas antinacionales –extranjeras y nacionales-, contra el dominio y el poder de los sectores oligárquicos y también reconocer que los recursos provenientes del Estado, debían ser

distribuidos y apropiados por los sectores populares. Estas ideas fueron expuestas de manera bastante similar en ambos periódicos y en ambos periodos; no obstante dadas las condiciones políticas de la coyuntura del año 2006 en la que el componente indio-campesino o el indigenismo como tendencia política era el rasgo central de la de la nueva nación boliviana, reflexionar sobre esta temática, se convirtió en un verdadero incordio intelectual. Es así que una de las principales misiones de los textos periodísticos fue enarbolar el discurso de la clase media y del mestizaje con el objetivo de afirmar esta identidad como contrapeso a la identidad indígena. Así también se esgrimió el discurso de la “unidad nacional” como una oposición al reconocimiento de la Bolivia multiétnica y multinacional pregonada por las organizaciones indígenas y campesinas.

Otra de las categorías que estuvo fuertemente emparentada con la retórica discursiva de la Nación, fue la del “Pueblo”. Los discursos que se refirieron al Pueblo boliviano en el periodo de 1952 se caracterizaron por asumirlo como una colectividad social unificada e indiferenciada, es decir, que los discursos no especificaban los rasgos propios de este pueblo o quiénes concretamente estaban incluidos o excluidos de esta categoría, creando así una imagen idealizada de un pueblo boliviano sin fisuras y sin exclusiones. Entretanto, se produjo una ruptura discursiva en las representaciones que se hizo sobre el “pueblo boliviano” durante el año 2006, ya que esta categoría, además de referirse a las capas medias-altas de la sociedad, reconoció, incorporó y sobre todo resaltó a los movimientos sociales, a los sectores indígenas y campesinos como sujetos centrales de este pueblo. Pero existe un rasgo que es importante resaltar y que hace alusión a lo que se trató con anterioridad; y es que si bien los discursos de la prensa identifican a los sujetos que forman parte del pueblo, la idea de preservar la “unidad nacional”, de construir una “Bolivia unificada” y sin fisuras y de exaltar la “bolivianidad” como emblema del nuevo momento político, puede ser equiparada con la

noción del “pueblo” pensada en 1952, donde las diferencias étnicas e identitarias se invisibilizaron tras esta noción de unidad.

Ahora bien, los discursos periodísticos reconocían que los procesos revolucionarios estaban alterando el orden y el sentido de la política en país y que la conducción del nuevo Estado pasaba a manos de actores completamente distintos a los que dirigieron en el pasado. Aún así, estos cambios no dejaron de crear tensiones y recuperar viejas caracterizaciones sobre los acontecimientos de violencia y sublevación indígena que se dieron en 1952 particularmente por la defensa de la reforma agraria. Estos episodios insurreccionales en contra de los dueños de haciendas, despertaron antiguos enconos referidos a la incivilización, a la irracionalidad y al peligro que significan los indios para el establecimiento de una guerra de tipo racial, afirmando con esto, la necesidad de crear mecanismos –educativos- que incorporen a estos sujetos dentro de los cánones de la modernidad y de la civilización.

Aunque en el periodo 2006 no se produjo ningún tipo de alzamiento indígena, de igual manera los discursos de la prensa señalaron el *continuum* del “problema del indio”. La presencia de los indios como parte fundamental del (nuevo) contexto político-social boliviano, hizo que se hablara sobre la “venganza indígena” en contra de las clases medias y de las agrupaciones cívicas, suponiendo con esto que se instauraría en Bolivia una guerra civil/racial. Se recurrió también a la vieja idea de la incivilización de los sectores indígenas y campesinos, asociado no solamente a la falta de educación o preparación de estos sectores para conducir la política, sino que hizo referencia también a los elementos y símbolos culturales (vestimenta, ritos y prácticas culturales-ancestrales), considerados éstos como un retroceso al pasado “inca” y como obstáculo para alcanzar la anhelada modernidad.

Existe también otra continuidad discursiva en las representaciones que realizaron *El Diario* y *Los Tiempos* sobre los actores sociales populares en los procesos revolucionarios del

siglo XX y del XXI. Esta estuvo referida al “paternalismo”, a la idea de considerar, particularmente a los indios–campesinos, como propensos a ser manipulados y conducidos por agentes extremistas externos, pero sobre todo, subordinados al mando y dirección de un “líder carismático”. Todas estas caracterizaciones hacen ver a estos sectores como agentes incapaces de desarrollar de manera autónoma sus proyectos y prácticas políticas y carentes de racionalidad ya que siguen de manera obediente y emocional los postulados de su caudillo. En el caso de Víctor Paz Estenssoro, éste fue representado bajo una influencia paternal –con los dirigentes obreros y campesinos- positiva, moderadora y hasta indulgente, mientras que en el caso de Evo Morales, los rasgos paternos fueron mostrados bajo rasgos confrontadores y negativos.

Como se pudo advertir, son más las continuidades que las rupturas producidas en las representaciones discursivas emanadas desde los periódicos con los que se trabajó en la presente investigación. Todas ellas sacan a la luz un racismo internalizado y subyacente en la tarea de los intelectuales de la prensa escrita y que se hacen visibles aún en el transcurso de un poco más de medio siglo.

“Unidad nacional y popular”, “mestizaje”, “problema del indio” son categorías discursivas que esconden tras de sí la permanencia de la mentalidad racista, señorial-aristocrática presente en la cultura política de Bolivia y que se expresa con amplia claridad en la prensa escrita, considerado éste un “espacio intelectual” desde donde se han proyectado estereotipos discriminatorios y prejuicios raciales sobre la presencia de la plebe obrera y de los indios-campesinos en los escenarios políticos. Como señala Máximo Quisbert, la construcción de los estigmas fue una tarea prioritaria de la elite criolla-mestiza boliviana, elite que lucha constantemente por mantener la posición de interlocutores legítimos, influyendo poderosamente en los discursos y la formación de la opinión. “Es una elite que

tiene [...] la capacidad de incidir desde los ámbitos de los medios de comunicación [...] a favor de sus intereses clasistas” (2008:108).

Los prejuicios raciales que han caracterizado la tarea periodística se condensaron en lo que Silvia Rivera denominó *colonialismo interno*, concepto que se refiere a un conjunto de contradicciones diacrónicas que emergen en la contemporaneidad boliviana y en la que opera un modo de dominación subyacente, sustentado en el horizonte de larga data. Estas contradicciones del pasado se insertan y visibilizan en el presente, constituyéndose en un sustrato profundo de mentalidades y prácticas sociales que organizan los modos de convivencia y sociabilidad en la Bolivia actual (1993:33). Existe por tanto, un *continuum* histórico signado por un imaginario colonial que permea en la *intelligenzia* que opinan y juzgan los hechos sociales, pero particularmente la presencia de los sectores subalternizados de la sociedad boliviana (Tórrez, *et.al.*, 2010:293).

Con todo lo anotado se puede concluir que los prejuicios raciales, los racismos tradicionales que consideraron a los indios, a decir de Leopoldo Chávez (1943), como “peso muerto”, sumido en la vida vegetativa, en la relajación de sus costumbres y provisto de una mentalidad no apta para desenvolverse al ritmo de la civilización, sufrieron un profundo desequilibrio, cuando esos sujetos vegetativos se convirtieron en los principales protagonistas de las transformaciones políticos-sociales en Bolivia.

Es a partir de esa transformación que se produjo en la realidad nacional que las representaciones racistas se inclinaron por vincular el protagonismo de los sectores populares con el influjo y manipulación de agitadores externos y de líderes subversores del orden; esto ocurrió como se pudo constatar en el caso de 1952. Entretanto, en lo que respecta al 2006, las representaciones que se hicieron sobre la instauración de un proyecto de país delineado por y

para los indígenas-campesinos, tendieron a calificar a los protagonistas como propulsores del retroceso al pasado, que en definitiva significa la incivilización.

BIBLIOGRAFIA

Albó, Xavier, *¿Bodas de Plata? O Requiem por una Reforma Agraria*, Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA), Cuaderno de Investigación N° 17, La Paz, 1979.

Agambem, Giorgio, *¿Qué es un dispositivo?*, Revista Sociológica, Año 26 N°73, (www.revistasociologica.com/mx/pdf/7310.pdf)

Assies, Willem, La “Media Luna” sobre Bolivia: Nación, región, etnia y clase social, en *América Latina Hoy*, Universidad de Salamanca, año/vol. 43.

Bourdieu, Pierre, *¿Qué significa hablar?* Ediciones Akal S.A, Madrid, 1985.

Brun, Percy, *Representación de la nación boliviana en la prensa de la ciudad de La Paz (1829-1899)*, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 2011.

Calderon Fernando, Dandler Jorge (Comp), *Bolivia: la fuerza histórica del campesinado*, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD)-Centro de la Realidad Económica y Social CERES, 1986.

Diccionario de periodismo, publicaciones y medios, Ecoe Ediciones, Bogotá, 2002.

Drake Paul and Hershberg, Eric, *The crisis of State-Society Relations in the post-1980s Andes*, en *State and Society in Conflict. Comparative Perspectives on Andean Crises*. Pittsburgh, Pa.: University of Pittsburg Press, 2006.

Do Alto, Hervé, Stefanoni, Pablo, *El MAS-IPSP boliviano, entre la protesta callejera y la política institucional*, en *Reinventando la nación en Bolivia. Movimientos sociales, Estado y poscolonialidad*, CLACSO, Plural, La Paz, 2007.

Freidenberg, Flavia, *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*, Síntesis, España, 2007.

García Linera, Álvaro, El evismo, Lo Nacional-Popular en acción, en Movimientos sociales y Gobiernos en la región andina. Resistencias y alternativas. Lo político y lo social, OSAL, CLACSO, ASDI, Año VII -N° 19, 2006.

Giménez, Gilberto, Poder, Estado y Discurso, UNAM, México, 1983.

Gordillo, José, Campesinos revolucionarios en Cochabamba. Identidad, territorio y sexualidad en el Valle Alto de Cochabamba, 1952-1964, PROMEC, Universidad de la Cordillera, Plural, CEP, La Paz, 2000.

Gutiérrez Raquel y García Linera, Álvaro, El Ciclo Estatal Neoliberal y su crisis, en Democratizaciones Plebeyas, Muela del Diablo, La Paz, 2002.

Irusta, Gerardo, Periodismo y Revolución Nacional, Editorial Juventud, La Paz, 1988

Klein, Herbert, Orígenes de la Revolución Nacional Boliviana. La crisis de la Generación del Chaco, Editorial La Juventud, La Paz, 1968

-----, Historia de Bolivia, Editorial G.U.M, La Paz, 2008.

Laserna, Roberto, Villarroel, Miguel, 38 años de conflictos sociales en Bolivia, CERES, Bolivia, 2008.

Mayorga, René, La democracia o el desafío de la modernización política, en: varios autores, Bolivia en el siglo XX, Harvard Club de Bolivia, 1999.

Mayorga, Fernando, Discurso y poder en Bolivia, CERES-ILDIS, La Paz, 1993.

Mendieta, Pilar, Indígena en política. Una mirada desde la historia. IEB, La Paz, 2008.

Mesa, Carlos, Periodismo y política en Bolivia, foro de gobernabilidad y desarrollo humano, Vicepresidencia de la República de Bolivia, PRONAGOB, PENUD, ILDIS, PRESENCIA, 1997.

Moscoso, Eduardo, Historia del periodismo boliviano, Editorial la Juventud, La Paz, 1978

Lavaud, Jean-Pierre, El embrollo boliviano. Turbulencias sociales y desplazamientos políticos. 1952-1982, IFEA-CESU-HISBOL, Bolivia, 1998.

Patzi, Felix, Insurgencia y sumisión . Movimientos indigeno-campesinos (1983-2988), Muela del Diablo, 1999.

Piñeiro, Carlos, Desde el corazón de América. El pensamiento boliviano en el siglo XX, Plural Editores, La Paz, 2004

Puente, Rafael, Recuperando la memoria, Una historia crítica de Bolivia. Tomo 2, Fundación Colonia Piraí, Santa Cruz, 2011.

Quisbert, Máximo, Racismo y elites criollo-mestizas en el gobierno de Evo Morales, en Racismo y elites criollas en Bolivia, Revista Willka, Año 2 N° 2, El Alto, 2008.

Rivera, Silvia, Oprimidos pero no vencidas. Luchas del campesinado aymara y quechua 1900-1980,

-----, La Raíz: Colonizadores y colonizados, en Violencias encubiertas en Bolivia, CIPCA, Aruwiyiri, 1993.

Tapia, Luis, La producción del conocimiento local. Historia y Política en la obra de René Zavaleta, Muela del Diablo, La Paz, 2002.

-----, Movimiento Social. Movimiento Societal y los no lugares de la política, en Democratizaciones Plebeyas, Muela del Diablo, La PA, 2002.

Tórrez, Yuri,*et.al.* , El indio en la prensa. Representación racial de la prensa boliviana con respecto a los levantamientos indígenas/campesinos 18899-2003, PLicare, Cochabamba, 2010.

Van Cott, Donna Lee, From movements to parties in Latin America. The evolution of ethnic politics, Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

Vilches, Lorenzo, La lectura de la imagen: prensa, cine, televisión, Paidós, Barcelona, 1988.

Zavaleta, René, El poder dual, Siglo XXI, México D.F., 1974.

-----, Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia, en: Gonzales Casanova (Comp), América Latina, historia de medio siglo, Sigo XXI, México D.F, 1977.

-----, La revolución es la fiesta de la plebe, en: Tenemos pechos de bronce...pero no sabemos nada. Revoluciones del siglo XX. Homenaje a los cincuenta años de la Revolución Boliviana, PNUD/FES-ILDIS/ASI/PLURAL, La Paz, 2003.

Zavaleta, Diego, Sobresimplificando las identidades: el debate sobre lo indígena y lo mestizo, en Tensiones Irresueltas, Plural, La Paz, 2009.

Zegada, María Teresa, *et.al.*, Movimientos sociales en tiempos de poder. Articulaciones y campos de conflicto en el gobierno del MAS, Plural, La Paz, 2008.

Sitios consultados en internet:

www.lostiempos.com

www.eldiario.net

www.presidencia.gob.bo

www.cidob-bo.org

www.csutcb.org